

10



VBLE. M. JOAQUINA DEL PADRE SAN FRANCISCO.

VIDA Y OBRA

DE UNA INSIGNE EDUCADORA

^{Bta}
la Vble. Madre

Joaquina de Vedruna de Mas

DEL PADRE SAN FRANCISCO

POR EL

Rvdo. P. Ignacio de Pamplona

O. M. C.

mi querido padre y comisionario
M. B. P. Antonio de M.



El Autor



12. Junio. 1926.
SANTIAGO

IMPRENTA CHILE

Morandé 787 - Casilla 120

1925



32,848. - IMP. CHILE, MONASTO 767. - 1925



DEDICATORIA

A la Virgen Santísima, bajo
cuya maternal protección pongo
todos mis trabajos, dedico éste
que es humilde, pero que se hon-
ra comenzando por el dulcísimo
nombre de MARIA.

P. I. de P.

LICENCIA ECLESIASTICA

Nihil obstat.

P. JOSEPHUS A LEGARDA O. M. C.,
Censor.

Imprimatur.

MELQUISEDEC DEL CANTO,
Vicario General.

Santiago, 29 Sept. 1925.

LICENCIA DE LA ORDEN

Nihil obstat.

P. JOSEPHUS A LEGARDA O. M. C.,
Censor.

Imprimi potest.

FR. AUGUSTINUS A PAMPILONA,
Sup. Regularis O. M. C.

Buenos Aires, 8 Sept. 1925.

INTRODUCCIÓN

Permíteme amable lector que, al poner hoy este libro en tus manos abuse de tu benevolencia, sin conocerte, y te pida mucha atención en su lectura.

Trata este libro de la vida de una ilustre dama, de una esclarecida cristiana a quien la Iglesia Nuestra Madre va a poner luego en los altares. Vale decir, es..... la Vida de una Santa. No me digas que esta clase de literatura no excita interés, sino, a lo más, curiosidad y cierta admiración que podría traducirse así... «eso no reza conmigo». Sí, lector amigo: este libro y el otro y los demás que tratan de la vida de los Santos van contigo, y van conmigo, e interesan a todo el mundo.

No respira hoy por doquiera, en las ciencias y en la literatura una atmósfera de empirismo que no consiente a nadie predicar teorías, ni escribir fantasías que no estén contrastadas por la rea-

lidad. Y, sin que me meta yo ahora a discutir contigo ni con nadie el más y el menos de ese empirismo reinante, sino admitiéndolo como una exigencia de los tiempos presentes, puedo adelantarte que el Santo Evangelio, teoría y luz divina es además Libro de Vida, de tal manera que el cristiano que *no lo vive* no merece llamarse tal; y el Evangelio no tiene mejor comentario, ni más auténtica comprobación que la Vida de cuantos se santificaron creyéndolo y practicándolo: y como son tantos y tan insignes y de tan variados aspectos los Santos que van saliendo cada día a la superficie de la Iglesia, cada uno de ellos es el *Evangelio viviente*, personificado en gentes de carne y hueso como tú y yo; de tal manera que tomados en conjunto no dejan escapatoria posible a nuestra pereza y diletantismo religioso, con que admiramos la teoría evangélica, y nos dicen luego, «la santidad no va contigo»... desmintiendo abiertamente la invitación del Maestro divino cuando dijo a todos «sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto».

Ya ves, pues, amable lector, que no te ofrezco un libro de curiosidades, sino de vivas realidades; de un valor apologético y educativo superior.

Justificada así mi petición debo decirte en

confianza el motivo que me determinó a poner mis pecadoras manos en este trabajito. Pasaba por Chile, haciendo Visita Canónica a sus Religiosas, la Rvma. M. Polonia Lizarraga del Stmo. Sacramento, Superiora General del Instituto de M. M. Carmelitas de la Caridad. Era el verano de 1925, y yo tuve la buena suerte de poder ver y hablar un rato a esta dignísima sucesora de la Vble. M. Joaquina. Tenía sumo interés en ello y aproveché para satisfacerlo un poco de tiempo que me dejaron libre mis correrías misionales por estos hermosos campos chilenos. Pero... no me figuraba yo lo caro que iba a pagar este gusto tan inocente; la Rvma. Madre, tan buena, tan amable y digna del puesto que ocupa, me pidió con la llaneza más grande, que escribiera la Vida de la Vble. Fundadora de su Instituto. Te confieso ingénuamente que no tuve cara para negárselo, sino que le contesté a lo chileno «¿cómo no, Madre?» Y... aquí me tienes ahora cumpliendo honradamente mi palabra. Puede ser que este motivo se te antoje fútil, pero para mí fué decisivo. Porque has de saber que, desde que las M. M. Carmelitas llegaron a Chile en 1818, he seguido muy de cerca su trabajo, y soy admirador sincero de ellas. No las conocía antes ni de nombre, te lo confieso; pero hoy las conozco como el que más en España y América. No me preguntes por qué, pues no podría revelarte mi secreto.

La obra que aquí hacen estas santas Religiosas es de una importancia trascendental: traen a esta región, de sangre y habla españolas, el alma de la Madre Patria, su educación, sus ideales elevados, su sentido práctico. Inoculan en las niñas de las más altas clases sociales amor a Dios, a España, al hogar, al trabajo, y les prodigan una cultura superior, sólida, práctica, sin aparato escénico, preparando para la vida real a estas niñas que son la esperanza de estas jóvenes Repúblicas hispano-americanas.

Estas niñas quieren conocer la vida de la Fundadora del Instituto que las educa, y esto es una buena razón para que yo escriba este libro robando tiempo a mi continuo ministerio apostólico.

Pero... ¿no estaba escrita, me dirás, la Vida de la Vble. M. Joaquina?... Sí, lector amigo, y no me enrostrés el que yo vuelva a escribirla como si fuera trabajo inútil. Escúchame un poco. No contando los apuntes sobre el Instituto de las M. M. Carmelitas de la Caridad que escribió el P. Bernardo Sals, benedictino, porque no intentó historiar la Vida de la Fundadora, ni estaba en condiciones de hacerlo, como verás en estas páginas, dos son únicamente los historiadores de la Vble. sierva de Dios. El primero fué el Excmo. Sr. Dr. D. Benito Sanz y Forés,

Arzobispo de Sevilla, y después Cardenal de la Santa Romana Iglesia. Publicó su hermoso trabajo en Sevilla el año 1892. Lo hizo con amor, con la unción que le era propia, y valiéndose para ello de informaciones orales y escritas de las primeras hijas de la Fundadora o de sus inmediatas discípulas; amén de los documentos archivados en la Casa Matriz de Vich. La obra del Emmo. Purpurado es fundamental; muy sobria en noticias y muy instructiva, como cumplía a aquel esclarecido Prelado, gloria del clero y del Episcopado Español en el siglo XIX.

Esta es la primera fuente pública de noticias sobre la M. Joaquina. En ella bebió copiando páginas enteras, el otro historiador de la Madre, R. P. Jaime Nonell de la Compañía de Jesús, que publicó su «Vida y Virtudes de la M. Joaquina de Vedruna y de Mas» en Manresa, el año 1905. Con más datos ilustrativos que el Emmo. Cardenal Sanz y Forés, y con un espíritu informativo muy acentuado, el P. Nonell aprovechó para su obra cuantos datos, documentos, cartas y noticias pudo haber a la mano, entreverándolas con la relación de la vida de la M. Joaquina aunque no tuviesen directa relación con ella. Como gran historiógrafo que era, rebuscador de archivos y avezado a esta clase de tareas, el P. Nonell escribió más bien un arsenal donde los eruditos encontrasen lo que les interesara en cada una de las fases de aquella vida que tuvo que

seguir en su curso el agitadoísimo y turbulento de los tiempos en que se desarrolló.

Dígote de verdad, carísimo lector, que la lectura del libro del P. Nonell es interesantísima pero muy difícil. Toca situaciones históricas muy escabrosas; completa admirablemente el trabajo del Emmo. Sr. Sanz y Forés, pero es excesivamente minucioso, y no sirve para los que buscan en esta clase de lecturas un piadoso deleite literario, junto con un espejo de vida y de virtud donde mirarse y animarse para seguir la suya por las sendas que Dios marca.

En estos dos distinguidos autores, citados y autorizados por la Sgda. Congregación de Ritos en el Decreto de Introducción de la Causa de Beatificación de la M. Joaquina, me he inspirado yo; además he aprovechado cuanto se ha hecho y escrito en estos veinte años pasados desde el trabajo del P. Nonell; y no busques en las páginas que siguen, citas, notas y llamadas al margen; sábetelo de una vez, y créeme, que cuanto escribo está sacado de lo que está escrito y autorizado por cartas y documentos auténticos. En los puntos más delicados copio al pie de la letra y lo pongo entre comillas, para que veas que no lo he redactado yo; pero en lo demás escribo la Vida de la Madre tal cual yo la he sentido y visto estudiando y meditando lo que he leído y lo que me han dicho. Sírvate esta noticia para todo el libro; si en algún punto me en-

cuentras exagerado, consulta los autores-fuentes, sobre todo al gran historiógrafo P. Nonell S. J., y verás que me quedo corto, y que mis apreciaciones sobre ciertas cosas y casos son pálidas junto a las vivas pinceladas con que las relata el doctísimo Jesuíta.

Aquí tienes pues, mi libro, lector amable; léelo y notarás luego que está escrito con cariño, como quien alguna parte tiene en lo que cuenta. Porque, aunque otra cosa parezca, la Vble. M. Joaquina de Vedruna y su Obra, que no es sino la continuación de su espíritu, tienen sabor franciscano, no obstante el nombre carmelitano que llevan con gloria hace un siglo.

Un santo capuchino fué su inspirador, el que formó el alma de aquella mujer heroica para los destinos a que Dios la llamaba; el ferviente hijo del Serafín de Asís le dió sus Reglas, sancionadas por la Santa Sede hace setenta años, y por una vida centenaria de virtudes y de éxitos innegables. No podía pues yo escribir la Vida de la dirigida del P. Esteban de Olot, sin sentir el calor fraternal, y una como obligación de marcar bien en estas páginas la acción preponderante del espíritu franciscano en esta obra de Dios.

Nada más; cuando hayas leído mi trabajito bendice a Dios en sus Santos, pídele que no sea

en vano para mí lo que para otros escribo, e invoca en mi favor la protección de María.

P. Ignacio.

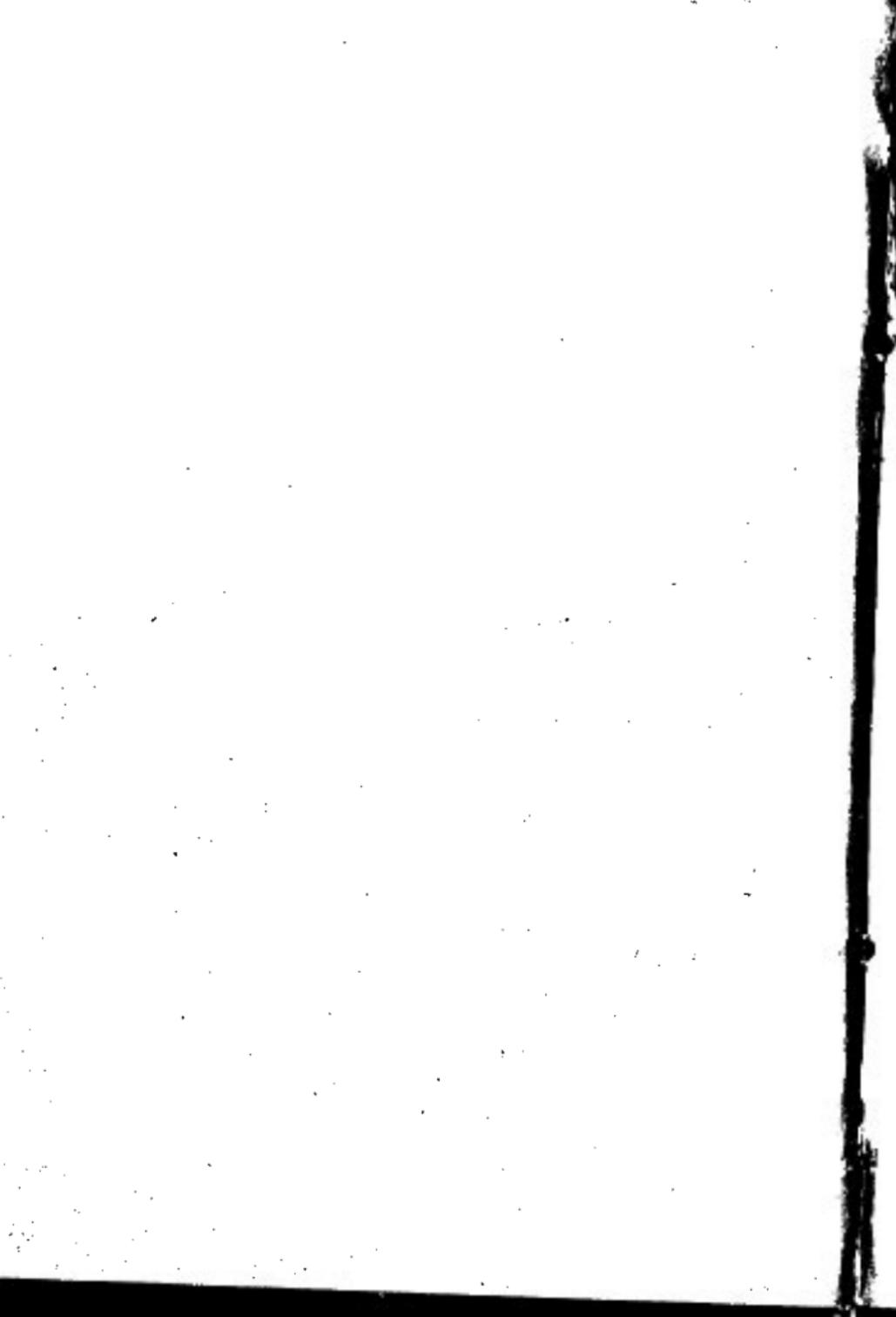
O. M. C.

Santiago de Chile.—Agosto 15 de 1925.



PROTESTA

Como verdadero y humilde hijo de la Iglesia Católica y obedeciendo gustoso lo mandado por nuestro Smo. Padre el Papa Urbano VIII en 13 de Marzo de 1625 y en 15 de Junio de 1631, declaro que toda palabra, título o apreciación de la santa, de sus palabras o de sus hechos, queda sometida al juicio infalible de la Iglesia; y por lo mismo acepto de antemano toda corrección o interpretación que ella quiera hacer en cuanto escribo de la Vble. sierva de Dios Madre Joaquina de Vedruna de Mas del Padre San Francisco.



CAPÍTULO I

LA PALOMA EN SU NIDO

Joaquina de Vedruna Vidal.—Un poquito de fillosóffa.—El primer vuelo.

Joaquina de Vedruna Vidal.—Her-
mosa, pura y blanca era la niña a
los seis años: jugaba y revoloteaba
en los jardines de la casa paterna, y «si aconte-
cía manchársele el vestido con tierra o lodo,
escondíase luego y, sola, lavaba su trajecito, po-
nía-lo al sol y poníase ella a rezar candorosamen-
te al Niño Jesús y a las Benditas Almas para
que se secara pronto». Era un espejo de limpie-
za; no podía sufrir manchas ni aún en su ropa,
ni quería con ellas ofender por un momento la
vista de su buena madre.

Tan buena y delicada era Joaquinita de Ve-
druna. Había nacido el 16 de Abril de 1788, en
la hermosa ciudad de Barcelona, capital del

Principado de Cataluña. Sus padres D. Lorenzo de Vedruna y Doña Teresa Vidal, formaron su hogar como un nido de amores cristianos a prueba de todos los sacrificios: eran ricos y nobles. D. Lorenzo ejercía el cargo de Procurador de número en la Audiencia del Principado, y vió bendecida su unión sagrada con numerosa prole. Doña Teresa era una de aquellas mujeres fuertes alabadas por el Sabio; noble, hacendosa y mártir de su deber en cada uno de los angustiosos pasos de su maternidad, a los que se preparaba recibiendo los santos Sacramentos, arrojando luego animosa el dolor con el alma puesta en Dios.

Pero cuando llegó al mundo Joaquineta, puesta de antemano bajo la protección del Santo Patriarca, padre de la Stma. Virgen, todo fué alegría y pura felicidad; huyó el dolor ante aquel ser que nacía para aliviar cuantos encontrase al paso en su larga y fecunda vida: ella fué augurio de paz y se granjeó luego un cariño de predilección en el corazón de todos. Criada en el regazo materno, obediente y sumisa a la institutriz y aya que, como maestra y ángel tutelar la señalaron, sintió al despertar su razón en los besos amorosos de su santa madre el aliento de lo divino, y brotó en su alma la primera revelación de su destino en cuanto supo amar a Dios.

* * *

Un poquito de filosofía.—Contemplaba una vez a la niña un sacerdote amigo de sus padres y de visita en la casa, sentadita en la sala e intensamente ocupada en su labor; hacía calceta, y en ella estaba totalmente abstraída. Y como el sacerdote lo notara con palabras de elogio para su laboriosidad, Joaquina hizo dentro de sí esta reflexión, que después confió a su madre: «es preciso que me aplique a trabajar mucho; si no sería mentira lo que ese señor dice de mí y yo sería responsable de ella»... ¿que es mucha dosis de filosofía para una niña de siete años?... Sin duda; pero advierta el lector que nuestra pequeña pensadora vivía muy cerca de Dios, y recibía de lleno la luz de arriba, y sabía de las cosas del alma a los siete años infinitamente más que las almas vulgares a los treinta. Su propia madre, profundamente cristiana y que observaba complacida la prodigiosa floración moral y espiritual de su pequeña *regalona*, no pudo menos de admirarse y le preguntó un día cómo hacía para estar siempre tan dispuesta para la oración recogida y fervorosa. Y cuál no sería su sorpresa cuando oyó de aquellos labios de carmín estas palabras dichas con admirable sencillez y candor: «mamá, lo que yo hago creo que puede hacerlo cualquiera. Cuando en el jardín arranco a mi paso una mala hierba, pido a Dios que arranque de mi corazón todo afecto

pecaminoso; cuando pongo los alfileres en la almohadilla y cuando trabajo en mi encaje o en el bastidor, pienso en las espinas que clavaron la frente del buen Jesús con la corona tejida de ellas; hazlo tú igual y verás qué bien haces oración».

¡¡Dichosa madre que tales palabras oyó de su pequeña hijal!... demostraba ésta que había aprendido filosofía y teología cristiana en el tibio ambiente familiar; y que a su tiempo sería la piedra más preciosa de la corona de su buena madre!

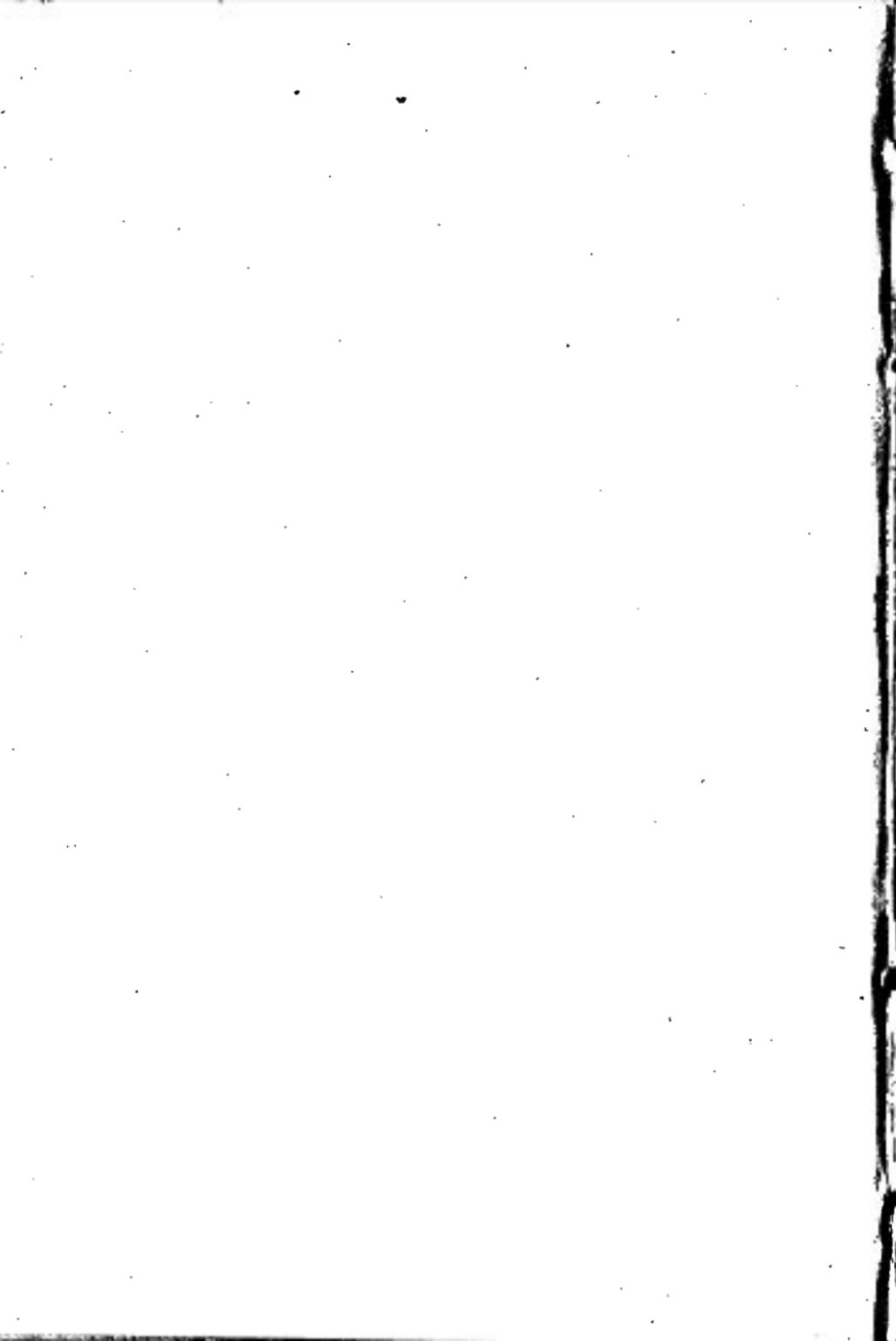
* * *

El primer vuelo.—Era pues de presumir que aquella niña de tan precoces disposiciones para la vida espiritual, intentaría remontarse pronto al seguro donde viven los que viven para Dios. Con los años crecía en Joaquinita el ansia de lo divino; al primer contacto plenamente consciente con las cosas de la tierra, cuando asomaba en la niña la pubertad, notó luego el vacío que dejaba en su alma lo de acá abajo; le parecía todo juguetes indignos de ocupar su corazón, y así, lanzándose con valor fuera del nido donde había nacido, fué a las puertas del Convento de M. M. Carmelitas de Barcelona pidiendo con insistencia el santo hábito: tenía doce años. No fué, por cierto, admitida su humilde demanda; era jovencita y las Religiosas no creyeron pru-

dente ni aún mantener sus expectativas para corto plazo.

Volvióse pues al hogar paterno: allí haría el indefinido noviciado que la preparase para los designios de Dios sobre ella. Se la vió siempre humilde, dócil, desprendida, al mismo tiempo que su espíritu se refinaba en el trato íntimo con Dios en la oración y frecuencia de Sacramentos.

Sobre esta base se edifica todo lo que dura en la vida; la joven Joaquina fué una prueba de ello con la maravillosa adaptación espiritual que adquirió para todo lo grande y heroico; de modo que en el momento preciso de recibir el impulso exterior para emprender su destino se halló lista, aún cuando, humanamente hablando, contrariaba el ideal de pureza y soledad que siempre había acariciado.





CAPÍTULO II

UN NUEVO HOGAR

Una sorpresa.—Almendras en dulce.—La esposa.
—La madre.—Prueba dolorosa.

Una sorpresa.—Trabaja un día Joaquina en sus labores domésticas ayudando, hacendosa, a su madre y hermanas mayores, cuando oyó la voz de D. Lorenzo que la llamaba aparte. Acudió ella puntual y, cual no sería su estrañeza, cuando vió que su querido padre abordaba la cuestión de su matrimonio!! Sonrojada, invadida totalmente por el temor ante lo desconocido, y viendo que se le proponía aceptar un esposo, y sin comprender en su candorosa inocencia todo el alcance de aquel paso, dominóse luego, y, habituada a obedecer, y a ver en su padre la autoridad indiscutible, aceptó su indicación. Tenía quince años cumplidos.

Puesta confiadamente en manos de Dios dejó a su providencia lo futuro, y quiso complacer a su padre. Pero ¿quién era el joven que había puesto los ojos en aquella flor de pureza tan bien guardada?... Era el heredero de un mayorazgo nobilísimo, situado en las proximidades de la ciudad de Vich, en la provincia de Barcelona. Llamábase D. Teodoro de Mas, piadoso, profundamente cristiano y que había pensado en su mocedad hacerse religioso franciscano, de lo que hubo de desistir por indicación de sus padres que veían ligado a su persona el patrimonio paterno y el apellido de su linaje, según las leyes de herencia del derecho catalán.

Trasladóse después a Barcelona dedicándose a la abogacía. Fué Procurador de número con D. Lorenzo en la Audiencia de la ciudad Condal, y de esa relación de oficio vino la amistad con la familia de Vedruna.

* * *

Almendras en dulce.—Viéndose pues D. Teodoro por su edad y por su independendencia económica en situación de fundar su propio hogar, pidió a Dios que le deparase la mujer compañera de su vida.

Visitaba la casa de D. Lorenzo, trataba indistintamente con sus tres hijas mayores y pensó elegir una de ellas: con este intento presentóse una tarde de visita llevando un cucurucho de

almendras confitadas para obsequiarlo a las niñas: decía para sí: aquella de las tres hermanas que con sencillez y llaneza reciba mi obsequio, será mi esposa.

Ofrecióselo en efecto a las tres, pero las dos mayores, un tantico ofendidas por lo infantil del regalo, le contestaron ¿por quién nos ha tomado Ud. D. Teodoro?... eso está bueno para Joaquina; déselas a ella. «Sí, sí, respondió la aludida, sin remilgos, con candorosa alegría, deme a mí las almendras»; y se gozaba interiormente de la humillación en que sus hermanas pretendieron envolverla; y envuelta en esa escondida virtud encontró el joven pretendiente la perla preciosa que iba a ser engastada en el blasón de su noble casa y solar.

* * *

La esposa.—Nada dijo D. Teodoro, pero en su corazón quedó hecha la elección; y sin pérdida de tiempo la pidió a D. Lorenzo, el cual realmente no pensaba en Joaquina, sino más bien en una de sus hijas mayores para colocarla en matrimonio. Ya hemos visto como notificó a su hija la pretensión del heredero de la casa Mas. ¿Qué sería de los anhelos de soledad y de oración en el amado claustro?... ¿querría el Señor darle facilidad para satisfacerlos aún dentro de la vida conyugal, y que llegara con rodeo tan largo al término de sus innatas aspiraciones?...

Debidamente aconsejada por su confesor, resignada al divino beneplácito, comunicó a sus padres que estaba dispuesta a todo y el día 24 de Marzo de 1799 dió su mano a D. Teodoro de Mas y fué bendecido su matrimonio solemnemente en la Iglesia Parroquial de Ntra. Señora del Pino, en Barcelona; quedó así fundado un nuevo y cristiano hogar.

Todo el santo afecto y cariño que en su corazón despertó el que le demostró D. Teodoro: todo el cariño de su buena madre al entregarla cubierta de besos y de azahares; toda la alegría y los regalos del día de la boda provocaron en el espíritu de Joaquina una reacción dolorosa: era la nostalgia de su celda de carmelita. La realidad inesperada de sus deberes de esposa le produjo un estado de abatimiento, bien disimulado ante su amado esposo, pero desahogado con torrentes de lágrimas cuando podía ocultarse. Llorando así la encontró un día D. Teodoro; sintió que se le partía el alma, pues la quería entrañablemente y bendecía a Dios en cada momento, por haberle hecho dueño de un tesoro tan rico y tan puro: preguntóle pues la causa de sus lágrimas. Joaquina confesó ingenuamente el motivo de su pena y entonces fué cuando D. Teodoro, a su vez, le reveló el secreto de sus primeros años, y las razones que habían desviado del claustro la vida que a ella había consagrado. Esta revelación dió a la joven esposa la medida



ESCUDO DE ARMAS DE LAS CASAS DE MAS Y VEDRUNA



de la comprensión exquisita que podía esperar de aquel hombre tan bueno; tranquilizóse luego y entraron en amoroso coloquio de alma a alma, a la altura de la región donde lo humano se transforma en divino; conviniendo en hacer de su hogar regalado un templo de Dios, y de los hijos que él les diera ángeles adoradores.

* * *

La madre.—Aquí comienza la historia íntima de aquella mujer extraordinaria; todo su amor a Dios, a la pureza, a la oración y al trabajo se tradujo maravillosamente en ternura indecible para sus hijos. Al recibir la primera hija en su regazo comprendió su misión y se entregó de lleno a cumplirla; fué el premio de su pureza y de su confianza absoluta en el Señor.

Amada de Dios y de los hombres, reina de hogar noble, madre de siete hijos era Joaquina la admiración de cuantos la conocían; consiguió hacer agradable su conversación y trato a todos, enderezándolo siempre al cielo con exquisito tacto y prudencia.

La señora de Mas no cambió en nada la fisonomía moral de Joaquina de Vedruna: todas las virtudes de la hija reaparecieron en la dueña de casa, realzadas por la majestad que impone la virtud. Solía, muchas veces, buscar con habilidad modo de quedarse sola en la casa, mandando a los criados afuera con distintos pretextos,

y, libre de miradas extrañas, ejecutaba los quehaceres más humildes: barría la casa, preparaba la comida, lavaba los platos; y cuando fatigada sentía sed, bebía agua servida, en memoria de la hiel y vinagre que gustó Jesús en su agonía; se inmolaba a la vista de Dios sólo.

Pero... tenía testigos: testigos aparentemente inconscientes, sus pequeños hijos que revoloteaban en derredor de ella mientras trabajaba; que miraban a su santa madre en aquel retiro y faenas, radiante de gozo sobrenatural que ellos sentían como una luz imborrable impresa en su conciencia. ¿Cómo no había de modelarse su alma para la santidad en aquel ambiente saturado de virtudes? Ya veremos más adelante en todos ellos el sello de los besos consagrados de su adorada madre, preservándolos del mundo y de sus vanidades. Asomémonos ahora un instante al corazón de aquella sierva de Dios en un momento difícil.

* * *

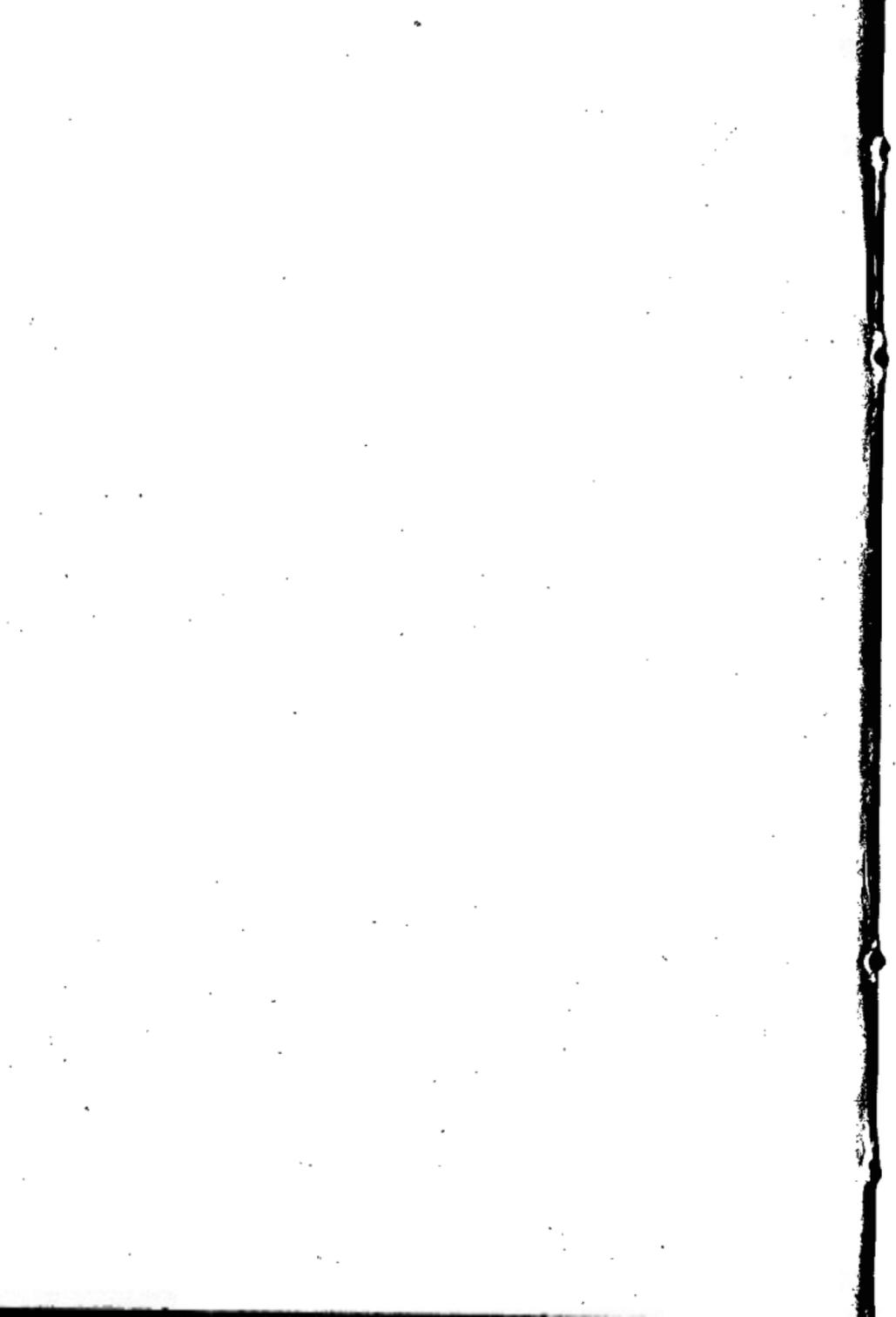
Prueba dolorosa.—Había pasado casi un año de su matrimonio, y todavía Joaquina no conocía a los padres de su esposo. Sin detenernos a examinar las causas de esta anomalía familiar, parece un hecho comprobado que D. Teodoro no comunicó a sus padres su determinación sino cuando ya era irrevocable y había contraído esponsales con Dña. Joaquina. Vivían aquellos en su hermosa residencia señorial del Mas del Es-

corial, cerca de Vich, y el nuevo matrimonio estaba instalado en Barcelona. Quiso pues D. Teodoro presentar a sus padres su querida esposa y fué con ella al Escorial. El recibimiento fué en extremo frío y desconcertante: los suegros no tuvieron para la joven esposa ni una palabra de agrado, sino de desvío y repulsión, como si ella fuera la causa del desacato que veían en las determinaciones de su hijo.

Doña Joaquina se humilló, trató con sus maneras señoriles, delicadas e insinuantes de aplacarlos, pero tuvo que volver a Barcelona con su marido sin haber conseguido disipar aquella nube que obscurecía el cielo de su hermoso hogar.

Es cosa providencial y muy digna de notarse que en aquella misma casa solariega de Mas donde la sierva de Dios había de ser, andando el tiempo, modelo, maestra y luz de humildad y penitencia, y de la cual había de salir formada la gran obra divina a ella encomendada, sufriera la humillación más dolorosa de parte de sus padres políticos y recibiese en su corazón generoso un germen de amarguras domésticas que no cesaron jamás y la pusieron en trances heroicos, como veremos más adelante.

La llegada al mundo de su primera hijita fué el puente para con los abuelos que supieron admirar y amar después a tan santa madre y prodigarle muchos consuelos.





CAPÍTULO III

MUERE DON TEODORO DE MAS

Dos heroísmos.—La viudez.—El Manso del Escorial.—Corona de la madre santa.

Dos heroísmos.—Tiempos aciagos corrían para España en la primera decena del siglo diez y nueve. Las tropas napoleónicas habían invadido la Península sembrando la desolación y la muerte doquiera hallaban resistencia; y...la hallaron en toda la frontera pirenaica desde el mar Cantábrico hasta el Cabo de Creus en el Mediterráneo. Cuando Europa entera apareció pisada impunemente por las armas del gran Corso, los españoles supieron humillarlo y hacerlo pagar muy caras su menguadas conquistas. Todos fueron soldados y héroes; se organizaron milicias nacionales, y el heroísmo dejó de aparecer tal en fuerza de practicarlo todos hasta la muerte.

Don Teodoro de Mas, noble por tradiciones de sangre y de valor militar, no desmintió su linaje; y dejando las pingües ganancias que le daba su ocupación en la Magistratura de Barcelona, se retiró con su familia a Vich, para tomar parte en la defensa desesperada de la patria. Alistose en el ejército formado por el heroico Baron de Sabasona que lo nombró su ayudante de campo, y en el mes de Abril de 1807 se le encuentra en cinco batallas sangrientas con las que aquellos héroes disputaron palmo a palmo su hollada tierra a los omnipotentes ejércitos franceses.

Entraron éstos en Vich el 17 de Abril a sangre y fuego, y don Teodoro batióse en retirada épica, causando al enemigo estragos tales que neutralizaron su miserable hazaña. Entre tanto Doña Joaquina hubo de abandonar la casa solariega de Mas, refugiándose en las montañas de Ripoll con sus pequeñas hijas. Ni una queja por la ruina de su pueblo y de su hogar; ella era del mismo temple de alma para la patria y además poseía el heroísmo de la virtud y de la madre cristiana.

Una vez pasada la tromba, se recogió al Manso del Escorial, y allí soportó las penurias de la escasez a que no estaba acostumbrada; pero no se desalentó; mientras su esposo peleaba en otros campos por la patria y por su Rey, y después que reunió de nuevo su hogar en Barcelona y

comenzó a trabajar nuevamente en su oficio de Procurador, Joaquina hacía su labor fecunda y silenciosa de madre. Tuvo siete hijos: dos niños y cinco niñas. Los amaba con una ternura inefable; pero como observara que su segundo hijo varón llamado Francisco, era de un carácter pendenciero y rebelde, sufría intensamente y rogaba a Dios que se lo llevara al cielo, si en la tierra había de extraviarse y ofenderle. Oyó Dios el grito angustioso de aquella madre heroica, y el niño Francisco murió a los cinco años, antes que la malicia trastornase su mente y su corazón.

* * *

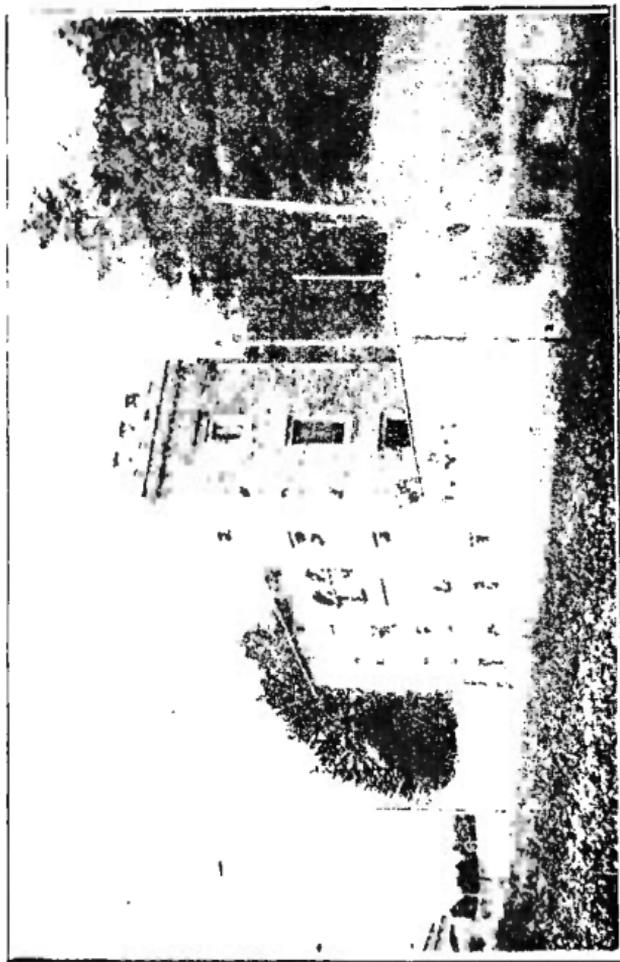
La Viudez.—Consolábase apenas de aquel agudo dolor la buena y santa madre, cuando Dios Nuestro Señor la previno bondadosamente para otro golpe más rudo. Estaba un día en la mesa rodeada del cariño de su esposo y de sus hijos cuando, repentinamente, quedó traspuesta y vió en su imaginación el cadáver de D. Teodoro. Aquella imagen lúgubre desgarró su alma; pero dominóse pronto y ahogó dentro de sí aquel triste augurio.

Su esposo trabajaba con tesón por su hogar querido; meditaba nuevas hazañas para su patria; consiguió que el Gobierno del Rey Fernando VII, vuelto del destierro, reconociera sus méritos y grados militares con intención de hacerlos valer en su vida y en los blasones de su no-

ble escudo; todo lo cual apenaba hondamente a su esposa que veía acercarse la muerte sobre aquel hombre joven, gastado por las tremendas luchas pasadas y lleno de méritos ante Dios.

Como a los seis meses del aviso del cielo cayó ella enferma gravemente de una terrible erisipela y en los mismos días enfermó D. Teodoro de tal suerte, que desde el primer momento los médicos diagnosticaron el fatal desenlace. No se alteró la calma del cristiano caballero; recibió piadosamente los últimos Sacramentos de la Iglesia, y aceptó adolorido la pena de no poder despedirse de su amada esposa. Esta, atendida por su anciana madre, sufría terriblemente por no poder cuidar al moribundo.

He aquí cuál fué el último recuerdo que Don Teodoro confió a su suegra cuando le pidió que le despidiese de Joaquina. «Ella será religiosa, lo verá Ud.: siempre noté en ella tan santa inclinación». Fueron estas casi sus últimas palabras, pues murió luego, a los cuarenta y dos años de una vida llena de méritos y de gloria. Este triste acontecimiento dejó viuda a Doña Joaquina de Vedruna de Mas a los treinta y tres años de vida y diez y siete de matrimonio. No hubo necesidad de anunciárselo; pues cuando al día siguiente, de parte de la familia que lo había disimulado, un P. Carmelita entró a decírselo con toda clase de precauciones, se adelantó la enferma y le habló de la muerte



VISTA DE LA FACHADA N. DE LA CASA DEL ESCORIAL.



de su esposo con una seguridad y con un dominio de sí misma, que puso admiración en todos. Lo sabía. Dios se lo había dicho; y como ella refirió después a una religiosa de su confianza, en el instante mismo en que espiró D. Teodoro, le pareció oír que el Crucifijo colgado a la cabecera de su cama le decía: «Ven... ahora que pierdes a tu esposo, te elijo por esposa mía».

* * *

El Manso del Escorial.—Desde aquel instante quedó formada su resolución; en adelante sería toda de Dios; y en cuanto lo permitiera la edad de sus hijos, abrazaría el estado religioso. Persuadida de que la soledad del campo le sería más favorable que el bullicio de Barcelona para entregarse de lleno a sus deberes de madre y de cristiana, levantó luego la casa de la ciudad y con todos sus hijos fué a establecerse definitivamente en la casa solariega heredada por su hijo mayor a la muerte de D. Teodoro.

Allí la esperaba el Señor para revelarles sus secretos. Era el Manso del Escorial una hermosa posesión señorial rodeada por todas partes de jardines y huertos: el majestuoso panorama que desde ella se divisa se extiende por el Norte hasta la cordillera del Pirineo; se divisan las alturas de Ntra Sra. del Coll por el Este; al Sur se descubre el bellísimo campo de Montseny; y por el Oeste el Tagamanont que domina el

Vallés. Fuera de los muros que rodean la casa señorial vivían entonces hasta siete familias de colonos en sus blancas casitas, circundadas de sendos huertos y jardines, todos abundantemente regados. Entre estos colonos y sus pequeñuelos hijos hizo Doña Joaquina el primer ensayo de apostolado enseñándoles la doctrina cristiana y fomentando en todos la frecuencia de sacramentos; era la señora y la madre de todos sus felices inquilinos.

* * *

Corona de la madre santa.—Pero donde el corazón ardiente y puro de la sierva de Dios cifró todos sus anhelos fué en la educación y santificación de sus seis hijos. Hay que decirlo para gloria suya y edificación de cuantos esto lean, que Joaquina de Vedruna, nacida, al parecer, sólo para el claustro, dió al mundo la sorpresa de criar cuatro hijas santas para el claustro; y para el mundo al heredero de la estirpe de su marido, y una hija, tan buena esposa y madre como ella.

Fijemos un momento la mirada en aquellos florecientes renuevos del corazón de Joaquina para juzgar de sus futuras resoluciones. La primogénita del hogar era Doña Ana de Mas y de Vedruna; fué el consuelo de su madre en los días de su viudez, y la precedió en su consagración al Señor que realizó en el Monasterio de Monjas Franciscanas de Pedralbes;

allí murió en olor de santidad a los setenta y dos años. Doña Teresa, que vistió el hábito seráfico en el mismo Monasterio que su hermana mayor; era tan buena y tan empeñosa en imitar a la santa Avilesa que hizo de esto una sublime manía y lo consiguió: murió a los setenta y tres años, dejando perfumado el ambiente con sus angelicales costumbres y pura alegría. Doña Teodora, precoz despreciadora de un mundo que la halagaba por su hermosura y nobleza, voló al claustro en el Real Monasterio de Vallbona, no sin sufrir en su amada soledad terribles vejámenes de propios y extraños movidos por el despedido pretendiente, que no reparó en ninguna infamia para hacer fracasar aquella vocación tan firme. En ella murió santa y mártir de Jesús, a los setenta y cuatro años. En el mismo Real Monasterio entró y profesó la menor de las niñas de Mas y de Vedruna, llamada Carmen, nacida en 1815, un año antes de la muerte de su padre; fué hechura y reproducción de su adorada madre, prudente, laboriosa y sacrificada: tuvo el cargo de Maestra de Novicias durante veintitres años, y doce años el de Priora y Presidenta de aquella venerable Comunidad, falleciendo a los sesenta y ocho.

El varón sobreviviente de aquel hogar cristiano, heredero del apellido paterno fué D. José Joaquín de Mas y de Vedruna. Por uno de esos impulsos que el mundo achaca a prevenciones

de familia, este joven a los diez y seis años sintió la nostalgia de la soledad y fué a golpear a las puertas del Monasterio de la Trapa de Grenoble: ocho meses pudo soportar la austeridad de la vida trapense, pero minada su salud, tuvo que abandonarla y volver al lado de su buena madre, hasta que contrajo matrimonio en 1823 y fué digno continuador de aquella raza de santos y de nobles patriotas.

Cosa análoga le aconteció a la segunda de las hijas de Doña Joaquina llamada doña Inés. También ansió por el claustro; pero debidamente aconsejada por un santo capuchino, de quien nos hemos de ocupar largamente, llamado P. Esteban de Olot, desistió de su propósito, y a su debido tiempo fué unida en matrimonio con un noble caballero del que tuvo numerosa prole. Háiale pronosticado el P. Esteban que no sería ella monja, sino que Dios le pediría dos de sus hijas: pronóstico cumplido exactamente, siendo su hija Magdalena carmelita en Sarría, y Teresa en el primer Real Monasterio de la Visitación de Madrid.

Tal fué la gloriosa prole que formó para la tierra y para el cielo la santa viuda del Escorial, saturado todo de virtudes heroicas y donde algunas veces viéronla sus hijas arrobada en dulces coloquios con el Amado para quien trabajaba aquel jardín viviente.

CAPÍTULO IV

EL PADRE ESTEBAN DE OLOT

El hombre de Dios.—Mensaje del cielo.—Últimos preparativos.—Frente el nuevo director.

El hombre de Dios.—En el capítulo precedente hemos nombrado al P. Esteban de Olot cuando aconsejó a Doña Inés de Mas desistir de su propósito de ser religiosa. Vimos cómo se cumplió a la letra la profecía que le hizo. Era el venerable capuchino uno de esos hombres extraordinarios que aparecen providencialmente en la historia en momentos de grandes trastornos civiles y sociales: tales eran los tiempos que siguieron en España a las épicas luchas contra la invasión francesa, al principio del siglo XIX. Todo yacía en tierra con el desorden traído por la invasión; las doctrinas de la Revolución Francesa se infiltraron

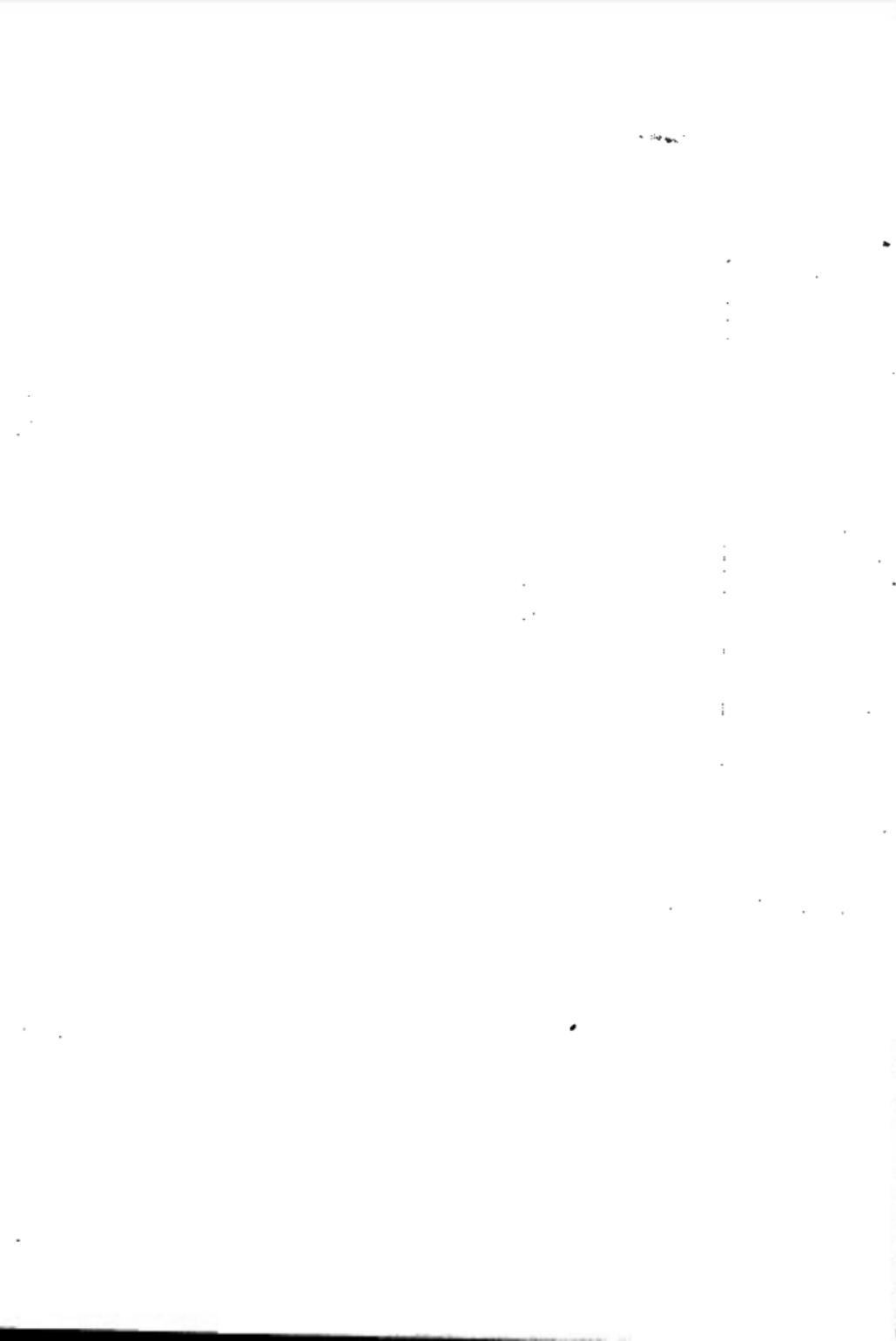
sordamente en la Madre Patria, arruinando la base del orden cristiano y poniendo a los mejores en trance difíciles para defender la religión y el honor de su conciencia.

Había nacido el P. Esteban en la preciosa villa de Olot, provincia de Gerona el año 1774 y había entrado a los quince años en el Convento —noviciado de Capuchinos de Sta. Eulalia en Sarriá, soledad amable, impregnada de santos recuerdos y perfumada aún del más acendrado ambiente seráfico, cuando, el que esto escribe, la visitó en 1890; después de casi un siglo de profanaciones salvajes, todavía cada rincón del claustro y cada gruta del huerto evocaba el aliento de los santos hermanos que allí vivieron.

Uno de ellos era el P. Esteban, hombre de Dios, muy versado en las sagradas letras y en las ciencias eclesiásticas, de las que fué lector y maestro hasta el año 1805. Pidió entonces y obtuvo de sus Superiores dedicarse al Apostolado de la palabra ardiendo en celo por la gloria de Dios en cuanto sintió el primer vaho revolucionario que trasmontaba el Ampurdán. De esa frontera catalana le vino el nombre de gloria que se conquistó: fué el Apostol del Ampurdán. El P. Esteban quiso montar la guardia en los Pirineos a su Dios y a su patria y supo sacrificarse heroicamente por tan altos ideales. El huía del aura popular; hacíase el necio delante de los hombres para que le despreciaran, pero el Señor se com-



EL P. ESTEBAN DE OLOT, CAPUCHINO.



placía en autorizar su vida y su palabra con el poder del milagro y de la profecía que ponía el sello a la fama que le precedía doquiera predicaba. El vió desde el destierro en Francia, a donde e habían confinado los liberales afrancesados de España en el año 1822, cómo entraban en Madrid las tropas del Duque de Angulema el día 24 de Mayo: «ahora entran en la capital de España, dijo a sus compañeros, los que a sí mismos se llaman sus libertadores». Tal era el hombre extraordinario que el cielo destinaba para decir a la noble señora del Mas del Escorial, Doña Joaquina, el porqué de su vida, y de la accidentada serie de acontecimientos que ya conocemos.

* * *

Mensaje del cielo.—Moraba el P. Esteban en el convento de Olot, y aconteció que un día, acudiendo toda la Comunidad al refectorio al toque de la campana, notaron que faltaba el siervo de Dios. Habíase entregado a la oración en el coro sumergiendo su pensamiento en las terribles desgracias de la Iglesia y de la Patria; pedía al Señor que interviniera, que enviase almas puras y santas que se dedicaran a las obras de caridad y a la enseñanza de los niños para reparar con ello la pérdida de tantas almas: él predicaba a los grandes, pero veía los hospitales abandonados del espíritu cristiano, y abandona-

da la educación de los pequeñuelos. Prolongóse así su oración más que el tiempo señalado, cuando, buscándolo en varias partes, el P. Guardián envió quien le buscara en el coro: avísole el Hermano y, volviendo en sí, y recobrándose humildemente, siguió tras él y entró en el rectorio. Postróse en tierra, pidió perdón de la falta de puntualidad, y acabada la comida, fué interrogado a solas por el P. Guardián sobre el motivo de su tardanza. Confesó entoces humildemente lo que había acontecido, añadió con sencillez y seguridad admirables que, en aquel arrobamiento, Dios Ntro. Señor le había hecho saber que en Vich habitaba una señora viuda destinada a realizar los planes de caridad y educación que él proponía en su oración: aún más, que él era el llamado a encaminarla en su Obra y que debía trasladarse a aquella ciudad con dicho objeto. Deliberando luego los Superiores sobre lo que debería hacerse, creyeron que no podían oponerse a los designios de Dios, y el P. Esteban fué destinado al Convento de Capuchinos de Vich, a donde llegó en 1820, entregándose luego al ministerio de la palabra con todo su ardor apostólico.

* * *

Últimos preparativos.—Entre tanto la santa viuda elaboraba sus planes de consagración a Dios. Despejábbase poco a poco el camino del

claustró intentado hacía ventiocho años y estorbado por designios inescrutables. Llevaba ya siete años de viudez inmaculada, de su segunda virginidad, durante los cuales crecía en ella por momentos el ansia de vivir sola con Dios. Ya su hijo mayor y jefe heredero de la familia entraba en su mayor edad; fiel trasunto de su heroico padre, supo luchar con las armas en la mano denodadamente contra los liberales constitucionalistas que intentaban borrar la fisonomía de España con las doctrinas enciclopedistas francesas; contrajo matrimonio y de hecho quedó al frente de la familia de su buena madre. La hija mayor había profesado en el Monasterio de Pedralbes; y las otras tres niñas, educadas convenientemente, vivirían seguras esperando la hora de Dios bajo la doble tutela de su hermano don José Joaquín de Mas y de Vedruna, y la que de ellas aceptaba gustoso don Ramón de Vedruna, su tío materno. Todo hablaba a doña Joaquina de lo que ella soñaba desde niña: del claustro.

Tuvo que soportar aún intrigas de familia, resabios de la malquerencia inicial de sus suegros y cuñados que reclamaron de ella partes de la herencia de D. Teodoro: se desprendió por darles gusto de grandes sumas de dinero, y en cuanto no perjudicaba a los sagrados derechos de sus hijos cedió siempre gustosa, feliz de librarse de aquellas trabas tan ruines. Era la mu-

jer prudente de las sagradas letras, fué modelo de doncellas, modelo de esposas, modelo de madres; fué igualmente modelo acabado de fortaleza, pureza y resignación cuando viuda; como a tal la conocían todos los que la trataban cotidianamente en Vich, y on los frecuentes viajes que hacía a Barcelona para arreglar satisfactoriamente los negocios de su familia. Así ocupada encontró la salida definitiva hacia el destino que Dios le deparaba con tantos rodeos.

* * *

Ante el nuevo Director. Vamos a escuchar la candorosa palabra de la sierva de Dios que lleva todo el sello de la verdad y de lo sobrenatural. «A los pocos días de haber llegado desde Olot a Vich, el P. Esteban, contaba doña Joaquina a una de sus hijas religiosas, regresaba yo de Barcelona cabalgando en un jumentillo: llegaba a Vich, y pensé oír misa, como de costumbre, en la Iglesia de M. M. Carmelitas que tenía al paso. Intenté detener el jumentillo con este fin a la puerta de la Iglesia, pero no hubo fuerza humana capaz de pararlo; rebelde, contra su costumbre, no quiso parar hasta que me llevó a la puerta de la Iglesia de los P. P. Capuchinos; allí se detuvo, me apeé y entré para oír la Santa Misa. Ahí conocí por vez primera al P. Esteban de un modo totalmente providencial»: y fué éste, como refiere una de sus nietas, oído a su

santa abuela, que, «entrando ella a la Iglesia vió en el presbiterio a un venerable capuchino en oración: acercóse respetuosamente a él y le preguntó si habría luego misa. Levantó la cabeza el P. Esteban, (pues él era el que allí oraba), y mirándola le dijo que sí, que a ella estaba esperando para comenzar el santo Sacrificio. Entonces doña Joaquina le pidió por favor que antes la oyera en confesión, pues quería comulgar, a lo que accedió inmediatamente el Padre»; y aquella primera confidencia tan casual, tan inopinada y ligera al parecer, fué la revelación primera inconfundible que Dios lo hizo para orientarla en su vocación. Intervino Dios, dice ella misma, «y desde ese día el P. Esteban empezó a dirigirme confiándome yo todo mi espíritu, y me sujeté a la Voluntad divina manifestada en sus santas palabras».

Manifestó la humilde penitente al hombre de Dios su antigua y siempre nueva voluntad de encerrarse en el claustro, pero oyó con gran estupor suyo que aquél le dijo: «no es esa la voluntad de Dios, sino que quiere de Ud. una Congregación de Hermanas con el doble objeto de asistir a los enfermos, y de enseñar y educar niñas en los Colegios».

Ya podemos calcular la situación de su espíritu ante la transformación súbita del escenario en que se había movido hasta entonces: preguntó entonces ella «y ¿dónde hallaré yo esas her-

manas»?... «Ellas llegarán» le dijo el P. Esteban; y con esto, y poniéndose humildemente a las órdenes que del cielo le venían, se entregó en manos de su santo director, bien segura de que Dios la guiaba, como a los quince años, por caminos recónditos que ella adoró entonces y rendida adoraba ahora.

CAPÍTULO V

LA HERMANA JOAQUINA DE SAN FRANCISCO DE ASIS

**Simpatía entre la santidad, el dolor y la inocencia.—Terciaría franciscana.—El Obispo de Vich.
—Tendencia reformista de la revolución.**

Simpatía entre la santidad, el dolor y la inocencia.—No era del todo extraño al espíritu fervoroso de la sierva de Dios el vigoroso impulso que recibió de su santo director: ella confesaba sencillamente que repetidas veces, en sus horas de oración había sentido ardientes deseos de apostolado, y aún de pasar a tierra de infieles para conquistarlos a la Fe de Cristo.

Pero predominaba siempre en su alma la honda simpatía por el claustro, por la soledad. Por eso, cuando en la voz autorizada del P. Esteban

reconoció la inspiración íntima en su trato con Dios, manifestada imperativamente se ofreció sin condiciones; y a la santa impaciencia de ella por ir al Africa a convertir infieles, respondió el venerable capuchino con estas palabras sobrias y muy gráficas: «no Señora; no ha de salir de España para fundar su obra: bastantes negritos hay aquí que salvar».

El torbellino revolucionario arrastró o la cárcel primero y después al destierro al V. P. Esteban de Olot: no tardó en seguirle Doña Joaquina con toda su familia. Emigraron a Francia y al regreso, en Mayo de 1823, se instaló con su hijo mayor en Igualada hasta poder volver con sus hijas al Mas del Escorial en Vich.

Fiel a su vocación buscó luego en aquella ciudad lugar y tiempo para comenzar a trabajar en obras de caridad para con los enfermos. Dedicó dos noches en cada semana para velar en el Hospital Municipal lleno de soldados heridos y apestados: luego se declaró su madre, y aquellos desgraciados confiaron en aquella santa mujer, que más parecía ángel, todas sus penas; los regalaba como a niños y fué la enfermera imprescindible aún para los mismos administradores.

El principal era un Sr. José Estrada, muy buen cristiano, que admirado del heroísmo de Doña Joaquina, viéndola cargar con los cadáveres, lavarlos, amortajarlos, y enterrarlos, se asoció a ella a una con su esposa y otra señora amiga, y

en poco estuvo que Igualada fuera la base de la fundación de la Obra que ya nacía y se robustecía en el corazón de la noble viuda.

Cuando tuvo que ausentarse dejó de manifiesto una honda necesidad, se notó bien cuanta simpatía existe entre el que sufre abandonado y las almas que viven cerca de Dios. Todos la reclamaban como veremos más tarde. Pero su deber de madre, y la obra fundamental suya estaban en el Manso del Escorial. Vuelta allá y dedicada enteramente a la oración y penitencia, recogió cuantos niños y niñas pudo y se dedicó a enseñarles el Catecismo, a ser su verdadera Madre.

¡¡Cosa admirable!! nadie supo mejor que doña Joaquina ponerse en contacto con aquellas almas inocentes; si el dolor y el abandono de los enfermos habían encontrado en su hermosa alma el eco más intonso y la ternura más exquisita, los niños y las niñas encontraron desde entonces en su cálido regazo algo que inconscientemente anhelaban, a Dios, el ambiente del cielo. A nadie se confían mejor los niños cuando su razón despierta que a quien trata de cerca con Dios: de aquí el éxito admirable de los Institutos de enseñanza fundados por los siervos de Dios. Podrán los profanos, los que no quieren ver las cosas por adentro, extrañarse de ello, y aún revelarse contra el hecho histórico; pero Dios sabe desmentir todas las cavilaciones humanas y fundir en un solo ambiente de amor,

de luz, de paz y de confianza al niño inocente y a la religiosa pura y abnegada: lo mismo que poner en sus labios, consagrados por los ósculos del Crucifijo, palabras que lleven el consuelo al que sufre.

* * *

Terciaria Franciscana.—Arreciaban los males en España por los años 1824 y 1825: el espíritu del mal se hacía más osado, y los triunfos efímeros de unos bandos políticos contra otros no hacían sino agravar la situación moral y religiosa del país.

Vuelto el P. Esteban del destierro a su convento de Vich, urgía a la elegida de Dios; la preparaba para su obra; ordenaba las reglas fundamentales del Instituto, y quería informarlo del espíritu ardoroso y de conquista del Serafín de Asís.

Para probar más el temple de alma de doña Joaquina, le sugirió la idea de vestir el hábito de San Francisco y llevarlo públicamente en aquella misma ciudad de Vich, donde todos la conocían como gran señora: y, al efecto, conseguido el beneplácito del Ilre. Sr. Vicario Capitular de la diócesis de Vich, el día 5 de Agosto de 1825, dejó su traje seglar y recibió con toda solemnidad de manos del P. Guardián de los Capuchinos el hábito y cordón de Terciaria, llamándose la Hna. Joaquina de S. Francisco de Asís.

Ya tenía su librea de penitencia y de acción. Todos los grandes hombres del Catolicismo a contar del siglo XIII, lo mismo que las mujeres magnánimas que desde aquella época han brillado en los anales de la santidad y del apostolado han comenzado por ser terciarios. Parece que el Pobrecillo tiene privilegio de marcar con su sello de fuego seráfico las almas escogidas por Dios para grandes hazañas. Pero, por lo mismo, desde el día en que la hidalga señora viuda de Mas, renunció públicamente al mundo y apareció en la calle con el hábito y cuerda franciscanos, tuvo que soportar las primeras burlas y desprecios a que no estaba acostumbrada. Su generosidad para con Dios sufrió ruda prueba: a vuelta de algunos pocos que respetaron su determinación y quedaron edificados de verla vestida del pobre sayal, el vulgo, la mayor parte, sus parientes, los niños vagos de la calle se creyeron autorizados para insultarla y vejlarla a todo sabor. La llamaban aquellos gazmoña, exagerada, visionaria: éstos le tiraban de la cuerda y del hábito y la tomaron al pronto como objeto de diversión. Muchos de su familia se avergonzaban de ella, echándole en cara el desdoro que caía sobre su casa y apellidos; pero la Hna. Joaquina siguió imperturbable su camino bajo la dirección del varón de Dios; el cual quiso todavía aquilatar más la virtud de la sierva de Dios; pues cuando su paciencia, mansedumbre

y dignidad ingénitas se impusieron al público y cesó la extrañeza por su nueva vida, el P. Esteban le mandó ir con frecuencia a la Casa Misericordia de la ciudad, pedir allí de limosna su comida, y aún ganarla sirviendo a los asilados en compañía de las Hnas. de la Caridad, con las cuales ella adquirió el compromiso de que dejaran a todos que la pisotearán por amor de Dios, mientras repetía humildemente esta oración: «Señor, tened piedad de esta pobre pecadora».

Podrá esto parecer absurdo a la menguada razón humana, pero en la razón divina es el crisol del santo y la garantía del éxito. Así lo creyó el P. Esteban antes de entregar a la Iglesia aquel precioso instrumento que Dios había elegido para tanto bien: lo probó y con suma prudencia lo dió por bueno, ordenándole en ese mismo año, reunir algunas compañeras e inaugurar el Instituto con el nombre de «Hermandad Penitente de San Francisco de Asís».

* * *

El obispo de Vich.—Con esto creyó el humilde capuchino cumplida la orden que recibiera del cielo: buscaba un Prelado que autorizara la Obra, para poder él continuar sus trabajos apostólicos, y Dios proveyó misericordiosamente.

Casi dos años hacía que la Sede Episcopal de Vich, estaba vacante, desde el sacrílego asesina-



ILMO. SR. D. PABLO DE JESÚS DE CORCUERA
 OBISPO DE VICH.



to perpetrado en 1823 en su santo Prelado el venerable Strauch, por los sicarios revolucionarios. El 17 de Abril de 1825 cesó la orfandad dolorosa de aquella Iglesia a cuya Sede fué elevado el Ilmo. Sr. D. Pablo de Jesús Corcuera. Era éste un sacerdote según el Corazón de Dios: vino a ocupar la vacante producida por un martirio sangriento, y fué digno sucesor del que lo sufrió por los derechos de Dios y de la Iglesia. Uno de los rasgos característicos del nuevo Obispo era su devoción entusiasta a la Virgen Stma. del Carmen: y en cuanto tomó posesión de su Sede y tuvo conocimiento de los intentos de la Hna. Joaquina de San Francisco, vió en ellos el poderoso auxiliar que Dios le deparaba para sus planes de reforma y de Apostolado.

El primero que habló al Ilmo. Sr Corcuera de la M. Joaquina, fué su amigo de Igualada, administrador y cooperador suyo de la obra de Caridad del Hospital de aquella ciudad, D. José Estrada; y con tanto entusiasmo debió recomendar los intentos de su santa amiga al Prelado, que éste no pudo menos de exclamar: «sepa Ud. señor Estrada, que es un pensamiento grande; porque, en particular la educación de las niñas es aún más necesaria que la de los niños; pues una mujer mal educada es capaz de hacer el mal a una población entera: diga, pues, a dicha señora que venga cuando quiera, que la recibiré

con mucho gusto y protegeré sus buenos deseos».

Estas palabras textuales transmitió el Sr. Estrada a la Hna. Joaquina y fueron las que la indujeron a entrevistarse luego con el nuevo Prelado. Bendíjola emocionado ante la virtud sólida y el celo ardiente que se transparentaba en cada una de sus palabras; pero le dijo que el Instituto había de estar bajo la advocación de la Virgen del Carmen, y no de San Francisco de Asís, como lo había querido el santo P. Esteban.

Las razones que parece haber dado el Prelado de este cambio fueron la excesiva austeridad del espíritu franciscano, poco a propósito, a su juicio, para una vida consagrada a la caridad y a la enseñanza: pero no podemos menos de ver en este designio del Prelado, el de Dios, que, por fin, concedió a su sierva lo que desde niña deseaba, el hábito de Carmelita, sin figurarse ella que al pedir al cielo un Prelado devoto del Carmen, como lo hacía, conseguiría para sí el cumplimiento de sus anhelos de hacía treinta y dos años.

* * *

Proyectos reformistas de la revolución. - La oportunidad de un Instituto tal cual lo proyectaban el Sr. Corcuera y el P. Esteban con la M. Joaquina de Vedruna, era del todo palpable

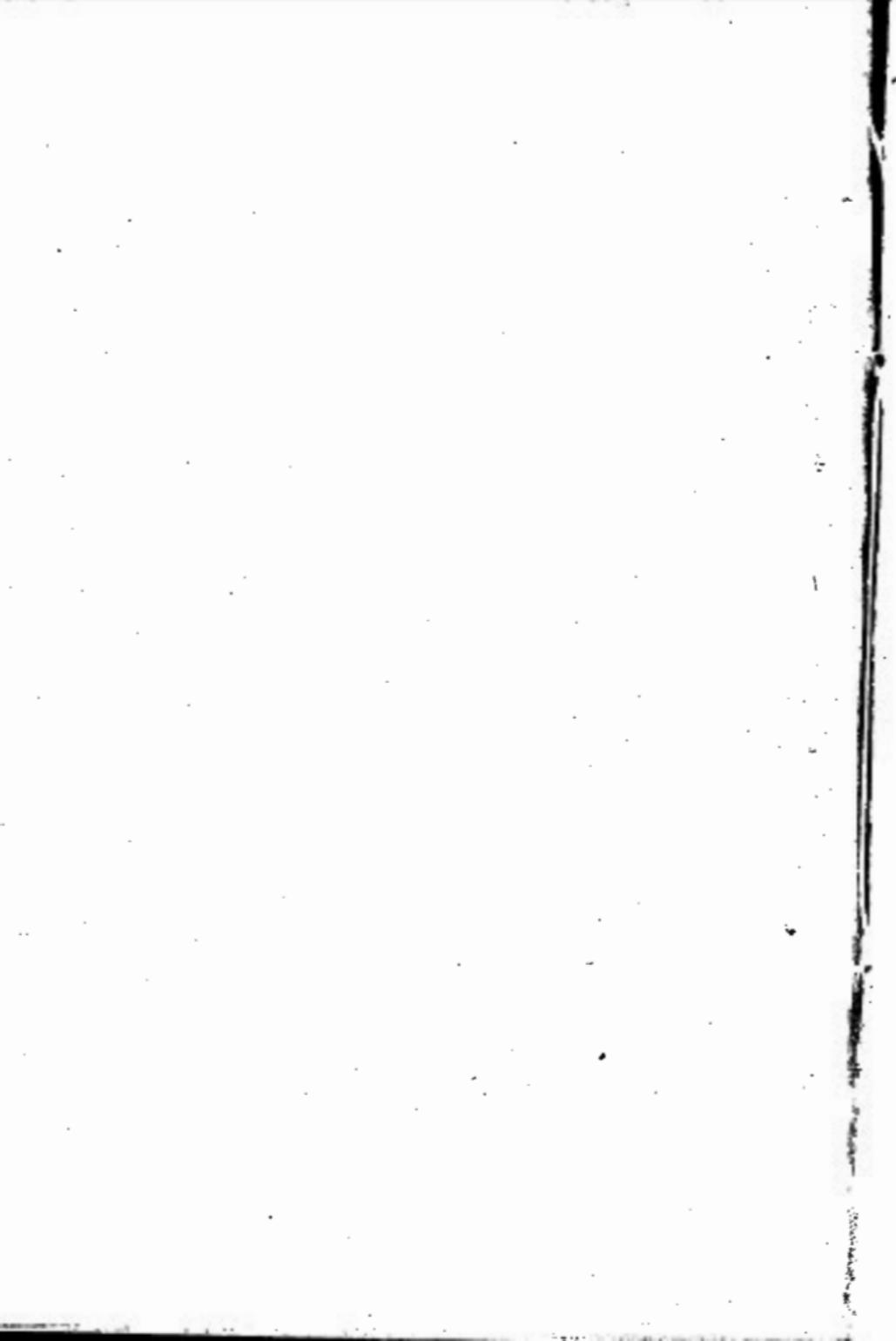
y manifiesta. Las famosas Cortes Constituyentes de Cádiz del año 1812 habían planeado una reacción educacional en la nueva España que pretendían crear sobre los escombros acumulados por la invasión napoleónica y por la más funesta invasión enciclopedista: los soldados del gran corso fueron batidos por el valor indomable de los peninsulares; pero las ideas liberales revolucionarias, que contenían en germen todos los males caídos sobre España en el siglo XIX, se filtraron sordamente en las inteligencias de los que no supieron comprender el heroísmo legendario del pueblo. Entonces, como ahora, la revolución pretendió conquistarse las generaciones futuras y comenzó por mandar enfáticamente en el artículo 371 de la Constitución de Cádiz publicada el 19 de Marzo de 1812, que en todos los pueblos de la monarquía se establecieran escuelas de primeras letras; manda que se enseñe el catecismo de la Religión Católica «el cual comprenderá también una breve exposición de las obligaciones civiles». A renglón seguido, en el mismo artículo, declaran los constitucionales que «todos los españoles tendrán, en adelante libertad absoluta para escribir, publicar e imprimir sus ideas, sin ninguna revisión o licencia».

Proclamada así la libertad de imprenta, se proclamó la libertad de negar, atacar y ridiculizar el dogma católico: de manera que cuanto

más difundida estuviera la instrucción primaria mandada; cuantos más fueran los que supieran leer y escribir, tanto mayor difusión y arraigo tendrían las ideas racionalistas de los políticos reinantes y las páginas volterianas importadas a España; y esta nación eminentemente católica, que, apoyada en su fe religiosa, sostenida por su clero y guiada por su sentido práctico y coraje indomable, había vencido las hordas invasoras expulsándolas del suelo patrio, en pocos años más perdería su tradicional fisonomía y podría soportar gobiernos afrancesados, contagiados de los errores de allende los Pirineos.

Así fué, desgraciadamente. El voluble y tímido Rey D. Fernando VII fué juguete de ambiciosos y provocó imprudentemente las primeras guerras civiles carlistas que tanto y más tenían de defensa de la religión que de los derechos de la rama masculina de los Borbones al trono español. En el año 1825 el rey firmó una real cédula reglamentando las escuelas primarias. En ella, artículo 197, se habla especialmente de escuelas para niños, dejando a las Juntas Municipales y Ayuntamientos el cuidado de establecer escuelas especiales para las niñas. En este momento llegó providencialmente la orden de Dios, como si saliera al paso a las perversas intenciones de los liberalizantes de Cádiz: un Instituto de santas mujeres surgía en España, fra-

guado por el amor de Dios y de los niños y niñas en el corazón de un venerable capuchino; inspirado a una gran señora, conocedora como nadie de la época en que vivía y de las necesidades sociales. Y mientras los Ayuntamientos fundaban escuelas rudimentarias para cumplir la Ley, la Hna. Joaquina, impulsada autorizadamente por el Prelado vicence, se presentaba en escena para encauzar el movimiento educador y oponerse con la misma Ley a las mal disimuladas intenciones de sus inspiradores.





CAPÍTULO VI

EL INSTITUTO DE CARMELITAS DE LA CARIDAD

La esposa de Cristo.—El Noviciado.—El primer Colegio de niñas.—La Regla del Instituto.



La esposa de Cristo.—El cambio de nombre y de colorido que el lltmo. Sr. Corcuera impuso a la Obra de la Hna. Joaquina, púsola en un trance difícil. Hallábase a la sazón ausente de Vich, entregado de lleno a su ministerio el mensajero de que Dios se había servido hasta entonces para comunicarla todos sus designios: ella no podía ni debía ocultar nada al P. Esteban, quien, al entregarla de hecho en manos de su Superior jerárquico, continuaba desde lejos siendo su mentor espiritual, y fué aquel momento durísimo para la sierva de Dios. Con suma prudencia y tacto hizo saber a su confesor la voluntad del

Prelado; pero como el asunto se ventilaba entre almas tan escogidas, se allanaron todas las dificultades y vió ella con alegría que el siervo de Dios aceptaba bondadosamente la determinación del Prelado, y que éste veneraba cada día más al santo capuchino, y aún le confiaba la tarea de escribir las Constituciones del Instituto que él mismo había inspirado. Conservó siempre ella su primer nombre llamándose Hna. Joaquina de San Francisco de Asís, y se dispuso a hacer su profesión de religiosa en manos del Obispo.

Después de haberse frustrado un empeñoso intento del señor Estrada de fundar la primera Casa del Instituto en el Hospital de Igualada, determinó la Hna. Joaquina escribir al Sr. Obispo una carta con fecha 19 de Diciembre de 1825, pidiéndole permiso para «reunir en su casa del Mas del Escorial algunas almas que siguiendo a Jesucristo en la Santa Pobreza quisieran vivir como religiosas».

Nueve fueron, al parecer, las que se recogieron con la Santa Madre en su quinta campestre, esperando el momento de consagrarse a Dios. Y llegó por fin el ansiado día 6 de Enero de 1826, destinado por el Prelado para recibir la profesión religiosa de tan bien probada novicia como era la sierva de Dios. Recibidos los Santos Sacramentos en la Capilla episcopal, y en presencia de las jóvenes que habían de ser las primeras novicias, arródlada y con voz emocionante

y firme pronunció esta solemne profesión: «Yo, Hermana Joaquina de San Francisco de Asís, resuelta y determinada de hacer de mí misma un sacrificio entero a Dios con más fuerza y perfección, desconfiando de mí, y confiando en la gracia del Señor, en la protección de María Santísima, mi Madre del Monte Carmelo, y de todos los Angeles y Santos, en particular de mi Santo patrono; libre y espontáneamente hago voto y prometo por toda mi vida de vivir en obediencia de mi Prelado y Padre, el Illmo. Sr. Obispo y quien él me mandare, como también de la Prelada o Madre que me sea puesta por Superiora, en altísima pobreza y perfecta castidad; como igualmente de observar las Ordenaciones y Estatutos de nuestra Congregación, aprobados por el Illmo. Sr. D. Pablo de Jesús, Obispo de Vich; y finalmente propongo entregarme en todo a la más fervorosa caridad con los enfermos, y a la cuidadosa instrucción de las jóvenes que se me confien. Así deseo cumplir todo lo prometido y propuesto, para mayor gloria de Dios. Amén».

En el momento de perder a su esposo D. Teodoro, Jesús le había dicho desde su cruz: «ahora te elijo por esposa mía»: quedaba hecho el pacto y ratificado ante la Iglesia solemnemente: comenzaba la nueva vida de una gran mujer y de una grande Obra.

* * *

El noviciado.—Va a cumplirse un siglo desde la fecha de la consagración a Dios de Doña Joquina de Vedruna y hoy, mejor que entonces puede verse el significado de aquel testamento otorgado ante Dios, y que obliga más a Dios que a quien le otorga, si vale la expresión; pues compromete la Divina Omnipotencia y Providencia a verificar un prodigio constante en favor de quienes tan plena y absolutamente fían de El.

Entró Doña Joquina por su renuncia del mundo y de cuánto poseía a gozar del patrimonio de su nuevo esposo Jesús; éste sería su seguro y el de sus hijas que llegarían luego, según las palabras proféticas del P. Esteban.

De una carta de este siervo de Dios escrita a la V. Madre desde Manresa el 8 de Febrero de 1826, se deduce que desde el 2 de aquel mes vivían en el Escorial las que habían ensayado su vocación desde el 6 de Enero. Antes de entregarse de lleno al cuidado de sus nuevas hijas espirituales, dispuso de todas sus cosas temporales; luchó por centésima vez con la avaricia de sus cuñadas que la molestaron con pleitos inacabables por la herencia de su marido; y, asegurado el patrimonio de sus hijos, principalmente de las tres hijas solteras que quedaban bajo la tutela de su hermano D. José Joaquín

de Mas y de su tío materno D. Ramón de Vedruna, hizo abdicación total de toda posesión, reservándose sólo el usufructo del Escorial para primera mansión y cuna del Instituto de las Hnas. Carmelitas de la Caridad, mientras Dios disponía otra cosa.

Es verdaderamente admirable el hecho constante en la historia de estas almas heroicas; emprenden cosas arduas y humanamente impracticables, sin dinero ni riquezas de la tierra; desprecian el oro, déjalo como un despojo en manos de quienes se lo disputan en la tierra, y luego se entregan de lleno a su obra desafiando todos los cálculos mundanos, y triunfan admirablemente en una lucha desigual seguras de tener siempre de su parte a Dios. Así lo hizo el genial santo educador de fines del siglo XVIII, en Francia, San Juan Bautista de la Salle, cuando, por todo presupuesto para el Instituto de los Hnos. de la Escuelas Cristianas, renunció su prebenda de la Catedral de Rouen y su rico patrimonio familiar; y así lo hizo nuestra heroína a principios del siglo XIX, cuando en España inaugura su obra educadora en días tan tormentosos como los que vivía la madre patria, ahogada por la revolución de los peninsulares y de las colonias americanas.

Todo preparado llegó el día 26 de Febrero del año 1826, fiesta de la Virgen Stma. de Guadalupe, elegido por la sierva de Dios para inau-

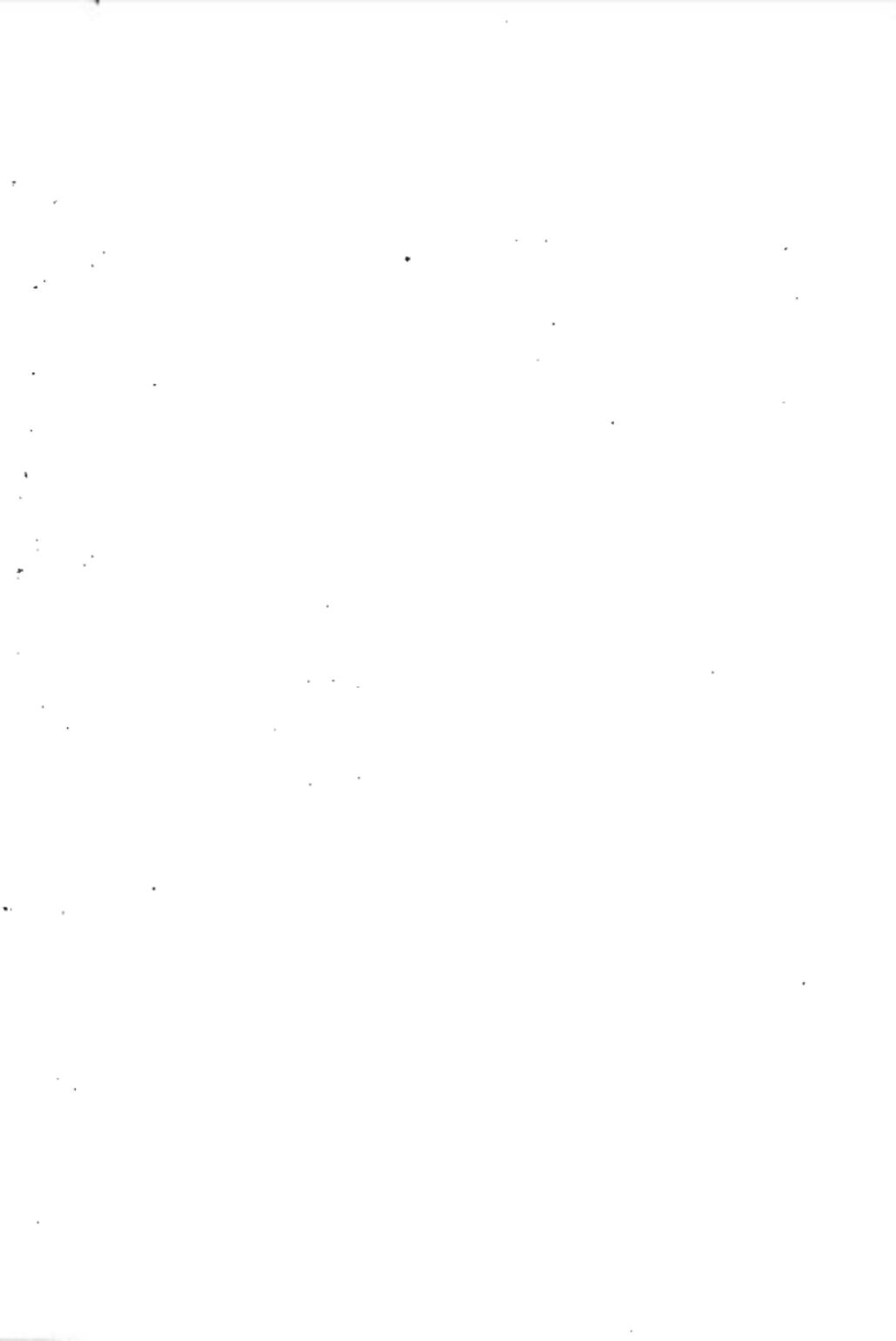
gurar canónicamente el Noviciado y el Instituto: reunidas en el amable retiro del Escorial, cinco de las nuevas primeras postulantes ya probadas, se dirigió con ellas a la Iglesia de P. P. Capuchinos de Vich; recibieron allí los Santos Sacramentos, y rezando en corporación el piadoso ejercicio del Vía-Crucis, se volvieron al Escorial. Quiso la Venerable Madre Joaquina orar por última vez con sus hijas, que eran los fundamentos de su Instituto en aquella misma Iglesia y ante aquellos humildes altares que habían recibido su primera consagración a Dios, y ante los cuales Dios la había tan maravillosamente preparado. En el altar de la Divina Pastora había depositado sus joyas de esposa, y a Ella pidió en retorno la primera bendición para sus hijas espirituales, joyas que obsequiaba a su nuevo esposo Jesús.

* * *

El primer Colegio de Niñas. — Mirando la exuberante floración que en sus cien años de vida ha demostrado el Instituto de las M. M. Carmelitas de la Caridad, sus hermosos Colegios y los millares de niñas de todas las clases sociales que ellas educan e instruyen brillantemente, el observador superficial podría apenas congeturar los humildes principios que tuvo la obra. Pero las obras de Dios no comienzan jamás aparatosa-mente: llevan la vida en sí y se desarrollan co-



HABITACIÓN DEL MANSO «EL ESCORIAL», DE VICH,
DONDE SE RETIRÓ LA SANTA FUNDADORA, TESTI-
GO DE SUS GRANDES PENITENCIAS.



mo la vida... calladamente: no necesitan escenario.

Se trataba en 1826 de preparar las primeras discípulas de la Madre y las primeras maestras de las niñas. El Manso del Escorial, convertido en noviciado y colegio, presencié los primeros humildes ensayos. Abrió la V. Madre una escuela primaria donde recibió las niñas pobres que hubo a la mano: ella personalmente y las mismas novicias les enseñaban a leer, escribir, sacar cuentas, obras de mano y el Catecismo de la doctrina cristiana: y ese pequeño núcleo es el germen, la célula que dió vida práctica y fecunda a las aptitudes pedagógicas de aquellas jóvenes que, guiadas por un instinto divino llamado vocación y gracia de estado, adquieren luego adaptación conveniente para ulteriores progresos como veremos más adelante. Al mismo tiempo la buena Madre salía a ocuparse de los enfermos en el Hospital de Vich, y aún en las casas de los desvalidos.

Ella misma cuenta estas primeras ocupaciones de sus hijas en carta al señor Estrada del 17 de Abril de 1826: «Desde media cuaresma, le dice, tengo en mi compañía nueve hijas espirituales, con aprobación del señor Obispo. Nos aplicamos a las niñas y a velar de noche a los enfermos. Trabajamos para comer; Dios lo bendice todo, porque si el trabajo no alcanza El toca el corazón de alguna alma buena. Todo lo hacemos se-

gún su dulcísima y amabilísima voluntad. Cuando una persona se echa en brazos del buen Jesús, El acude a ella y así lo hace con nosotras ahora». He aquí levantado un poco el velo que encubre la vida íntima de aquel Noviciado cuya maestra, madre y alma era la Hna. Joaquina de S. Francisco de Asís.

No pocas veces carecieron de todo y Dios proveyó milagrosamente. Otras veces la tribulación venía de los desfallecimientos de las Hermanas menos firmes en su primer propósito, lo cual affigía incomparablemente más a la buena madre. Ya el día que propuso inaugurar la vida religiosa convocando a las nueve postulantes a la Iglesia de los Capuchinos le fallaron cuatro; y una de ellas contrajo compromiso matrimonial aquel mismo día, lo cual dió lugar a una profecía de la M. Joaquina, anunciándole que su infidelidad a Dios le acarrearía terribles desgracias en el estado que proyectaba abrazar, como sucedió, y después lo contaba la misma víctima a las buenas hijas del Instituto, dando testimonio tardío de la santidad de la Fundadora.

* * *

La Regla del Instituto. — Corría, pues, venturoso para la Madre el primer año de la Obra de Dios: cada día era mayor el número de piadosas jóvenes que se acogían a sus sabios consejos y dirección; el Noviciado aumentaba y ya se divi-

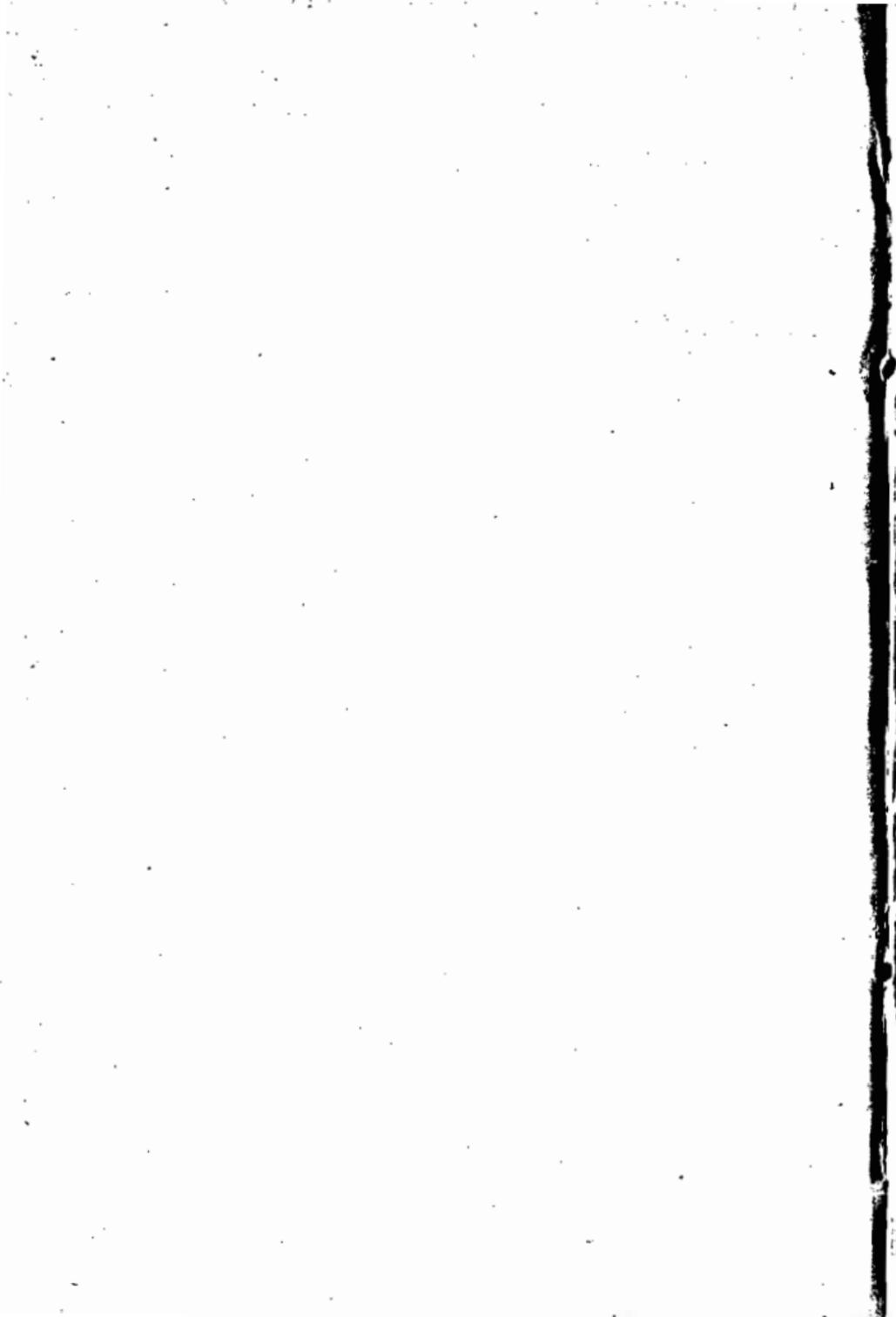
habían intentos de llamarla para otras fundaciones. Esto fué sin duda lo que movió al Ilmo. Sr. Carretera a encomendar al P. Esteban de Olot, que incansable predicaba misiones por villas y lugares de su diócesis, que diera forma definitiva a la Regla por la cual se guiaría el nuevo Instituto. A fines, pues, del año 1826 el venerable fundador entregó escritas de su puño y letra las Constituciones que son trasunto fiel del seráfico espíritu del autor, y amoldadas de intento para el alma generosa y grande de la Madre, tan bien conocida de su antiguo director y maestro espiritual. Llama el P. Esteban a las Religiosas «Terciarias Carmelitas»; define en lacónicas frases el fin del Instituto; da admirables consejos de perfección; distribuye el tiempo y los oficios de tal manera que el Instituto mantenga mucho de la vida contemplativa, tan amada del autor y tan acariciada por su discípula: no puede desconocerse que su autor es un austero penitente y que habla para penitentes, por eso les señala una vida de austeridad y sobriedad, compatibles sí con sus oficios de la vida activa, pero muy acentuadas. En la ordenación quince los habla con fervor de Apóstol de los ejercicios de caridad para con los enfermos, y, con entrañable cariño, de la instrucción y cuidado de las niñas que han de educar y formar para Dios y para la sociedad.

Por más que el P. Esteban encarece mucho que el Instituto ha de estar penetrado de la devoción particularísima a la Virgen del Carmen, cuyo hábito llevan sus hijas, todo el escrito respira espíritu seráfico; santa alegría franciscana, notada en todas partes por los que de cerca conocen a los Carmelitas de la Caridad; un espíritu admirable de llaneza y distinción en su trato y conversación, de paz y unión fraternas, nutridas por la observancia de unas Constituciones hechas por un hijo de San Francisco para religiosas que profesan el espíritu amable, activo, alentador y gallardo de Sta. Teresa de Jesús: «Para que esta Regla, dice un artículo adicional de la misma, se imprima bien en vuestro corazón, os ordeno que la leáis cada Viernes»; lo mismo que se usa en las órdenes franciscanas con su Regla propia. En la revisión posterior de las Reglas se determinó que fueran leídas una vez al mes.

Hablando de estas Constituciones la V. Madre Fundadora solía decir: «que el P. Esteban, antes de morir aseguró haberlas escrito sin mirar el papel, sino con los ojos fijos en las llagas de Jesucristo». Y la misma Madre Joaquina contó a la Hermana Catalina de Jesús que cuando el P. Esteban le entregó las Constituciones le dijo: «aquí tenéis el camino del cielo, si lo seguís, os santificaréis». Y sucedió que reunidas todas las Hermanas para oír por primera vez la lectura de

las Constituciones, la Hermana mejor dotada para leer bien y en voz entonada tomó el cuaderno, se sentó, y, al querer dar principio a la lectura, notó que no podía; no veía las letras, sino unos puntos diminutos. Manifestó sencillamente a la Madre lo que le pasaba, y ésta recogida un momento en oración, díjole: «arrodílese y así las leerá»; obedeció al punto la Hermana, y, arrodillada leyó muy bien todo lo escrito.

«Sucedió esto, recalca la Madre Joaquina, porque Nuestro Señor ha querido darnos a conocer la veneración, estima y aprecio en que debemos tener las santas Reglas». Criterio sobrenatural admirable que las Carmolitas han sostenido en sus cien años de vida, durante los cuales no se ha hecho modificación ninguna substancial, ni ha habido glosas o dispensas que debiliten el vigor de la primitiva Regla; lo cual es, a los ojos de algunos teólogos, una especie de canonización del Instituto y reclama la de su M. Fundadora.



CAPÍTULO VII

LA PRUEBA DE DIOS

Vía dolorosa. Fundación de Tárrega.— Muerte del P. Esteban.— Nuevas fundaciones.— Se satisface una curiosidad.



Vía dolorosa.— El año 1826 tocaba a su término; este año marca en la historia del Instituto de M. M. Carmelitas la edad heroica y decisiva; y es preciso que nuestros lectores noten claramente la acción providencial de Dios en sus primeros pasos. La divina intervención para poner junto a la M. Joaquina un guía y consejero tan seguro como el P. Esteban queda bien demostrada en estas páginas: ellas mismas nos han dicho la suma prudencia con que el célebre capuchino condujo por las vías de la más alta perfección a aquella mujer extraordinaria: como probó y aquilató

su virtud. Pero Dios se reservaba aún sus propias pruebas: la tribulación y el dolor vinieron luego a poner en el crisol al mismo Instituto mecido hasta entonces en los brazos paternales del Señor. Ya no sería el P. Esteban sino Dios quien llevaría a la fundadora por la abrupta pendiente de la contradicción.

En carta que ella escribió al Sr. Estrada desde Vich, el 25 de Octubre le dice: «Tengo en mi compañía trece hijas espirituales: enseñamos a cincuenta niñas, y otras nos han hablado de venir». Crecía, pues, el pequeño grano de mostaza: pero en cuanto comenzó a hacerse pública su florescencia y a ser una amenaza para los planes de los sectarios, éstos le juraron odio y exterminio. Jóvenes disolutos y de ruines almas, diéronse la tarea de rondar todas las noches la apacible morada del Escorial donde vivía la buena Madre con sus queridas novicias, las cuales soportaron en silencio por algún tiempo los indignos denuestos y las piedras de aquellos malvados: amaban ellas su retiro y esperaban confiadas la hora de Dios. Cuando el Sr. Obispo lo supo, y vió que era plan preconcebido y que no cesarían de molestar a las Religiosas, creyó prudente trasladar su residencia al centro de la ciudad donde alquiló una casa por el momento. Tuvo, pues, la Madre Joaquina el dolor íntimo y muy hondo de tener que abandonar su querida soledad; aquel rincón delicioso,

testigo de tantas escenas de amor divino y de amores purísimos de la tierra; era lo único que se había reservado del patrimonio rico de su marido; el usufructo de la mansión del Escorial.

Instaladas en Vich, y quedando todo aparentemente muy tranquilo, la buena Madre resolvió hacer un viaje para la fundación de Tárrega; pero en cuanto sus hijas quedaron solas el espíritu del mal se apoderó de aquella pobre vivienda. Comenzaron a sentirse ruidos estrepitosos, carcajadas sarcásticas, golpes y estruendos tales, que la mansión de la paz parecía invadida por una turba de locos furiosos. Las religiosas, presas del mayor espanto, querían arrojar por las ventanas y huir de aquella casa; fué preciso que la Hna. Veneranda, que hacía las veces de Superiora, cerrase puertas y ventanas y las asegurase, empeñada en calmar a sus hermanas. En esta terrible situación se hallaban cuando, repentinamente, oyeron en pleno día una voz conocida, amiga, que las llamaba desde la escalera: era la voz del P. Esteban, que con energía pronunciaba el Santísimo nombre de Jesús, produciéndose en el acto el silencio y la calma. Era el siervo de Dios en persona que, avivado por revelación de la rabia del infierno y del peligro en que estaban sus hijas espirituales, se puso en camino desde Olot, donde se encontraba, y, después de un viaje

con visos de milagroso, llegó a tiempo de conjurar aquella maldita canalla infernal.

Más tenaces que los demonios fueron todavía algunos parientes de la buena Madre; como si aquellos, despechados, los hubieran tomado por instrumentos para hacerla sufrir, renovaron en la misma época pleitos viejos por parcelas y derechos a la herencia de Dn. Teodoro de Mas: se burlaban de la santa viuda echándole en cara el haber dilapidado sus bienes, y rebajado el esplendor de su apellido vistiendo el hábito religioso, tan odiado en aquellos días nefastos de la historia de España; hasta su hermano D. Raimundo, que siempre había comprendido a doña Joaquina y la había defendido, comenzó a sentirse humillado y a mostrarse indiferente con ella. En una palabra, como decía un venerable religioso que la veía sufrir por todos lados; «la Madre bebió a grandes sorbos el caliz de Jesús». Estaba puesta en la prueba de Dios: en la tribulación.

* * *

Fundación de Tárrega.—Mientras tanto pasó el año del primer noviciado: era preciso atender las insistentes peticiones que de varias ciudades de Cataluña recibía la Madre Fundadora para que les enviara algunas de sus nuevas hijas. La primera ciudad que intentó tenerlas fué Igualada, donde el antiguo amigo de la Madre, D. José

Estrada, no se daba punto de reposo para conseguir llevar las Carmelitas al Hospital y escuelas que preparaba.

Pero fué tal la polvareda que los enemigos de la religión levantaron en derredor de aquel intento, cuando ya parecía próximo a convertirse en realidad, que no hubo más remedio que desistir. Lo menos que decían los sectarios era que preparaban salas y cuartos, no para enfermos y niños, sino para instalar el odiado tribunal de la Inquisición; cargando al buen Estrada con el sambenito, mofándose de él públicamente, y dañándole en su persona, en sus bienes y en su libertad. Ante aquella situación la sierva de Dios devoró en silencio muchas amarguras, sin arrojarse por ellas, y aceptó confiada las proposiciones ventajosas que le había hecho el Municipio de Tárrega en la diócesis de Solsona, cuyo Prelado tomó como suya la fundación hasta que consiguió verla realizada.

Para la instalación de las Religiosas en el Hospital de la Villa se señaló el día 28 de Octubre de 1828.

Fuó aquel un día de fiesta, triunfo y gloria; la Madre y las hijas fueron recibidas por el Prelado, el clero, las escuelas, el Municipio y el pueblo entero con un regocijo extraordinario: todo parecía asegurado y firme: pero... bien pronto saboreó la M. Joaquina los heces de la amargura.

En los mismos días bañados de luz, de congratulación y halagadoras promesas, tuvo noticia de que D. José Joaquín de Mas y de Vedruna, su querido hijo y heredero había sido vilmente calumniado, y encarcelado. No podían perdonarle los furiosos sectarios su religión y caballerosidad cristiana en defenderla denodadamente. Oigamos la voz de cariño y de aliento que su buena madre le envía a la prisión, escribiéndole desde Tárrega. «Hijo mío, sigue a Cristo: El volverá por tí y hará ver tu inocencia. Ten paciencia, pues bien sabes que al cielo no van los que viven en regalos sino aquellos que llevan la Cruz de buena gana. Te aseguro que si no tuviera yo este clavo tuyo atravesado en el corazón, experimentaría ahora grandes alegrías al ver como hemos sido recibidas en la Villa. Pero, hijo mío, conozco que Dios no quiere darnos gustos sino mezclados de amargura. El todo lo hace bien. Entre tanto suplica al cielo que te consuele y bendiga, tu humilde y triste madre. Joaquina».

¡¡Cómo vibra el amor de aquella santa Madre!!
¡¡cómo siente las penas de su hijo y lo consuela y lo arrulla dulcemente!!... No desmiente aquel corazón tan puro, del todo consagrado a Dios, los latidos de la madre llena de ternura, descendiendo de las alturas del mundo sobrenatural donde vive y queriendo elevar allá el pensamiento del ser querido que sufre.

Pero quedaba algo más humillante y terrible en las pruebas de Dios: la buena Madre sabría luego que su fundación en Tárrega se convertiría en su corona de espinas, y sería affigida en lo mismo donde ella ponía todo el éxito de su vida y de su vocación. Apenas habían pasado unos meses desde que dejó ella instaladas sus Religiosas y ya los enemigos de la Obra de la M. Joaquina prepararon un plan hipócrita para hacerla fracasar ruidosamente. El Municipio pretendió desligar por completo de su M. Superiora a las religiosas allí instaladas: para eso redactó un Reglamento del Hospital, en el que se declaraba único responsable de toda su asistencia: se reservaba el nombramiento de la Superiora y su remoción, y aún exigía que no se diese cuenta a otra cualquiera autoridad. Aquellas religiosas, o muy cándidas o muy pagadas de sus primeros éxitos, se dejaron engañar y subscribieron el disparatado compromiso por el que quedaron al arbitrio de la administración civil. Fué aquello negar abiertamente la obediencia a su legítima Superiora y Fundadora, e introducir el germen de discordia que podría llevar la disgregación y la muerte a la Obra de Dios.

Tuvo la Madre que soportar el escándalo dado a sus buenas hijas por aquellas ilusas rebeldes: tuvo que presenciar la salida ignominiosa de éstas mismas del Hospital y su desgracia,

pues nadie las quiso en ninguna otra Congregación; y saber además la alegría insensata de los enemigos que tan arteramente habían preparado y obtenido el derrumbe de lo que ella había con tanto amor construido. Fué terrible la situación creada al Instituto que apenas salía de la cuna y comenzaba a andar. Y más cuando, por la misma razón y como obedeciendo a la misma diabólica consigna, fracasó también la fundación hecha aquel mismo año en Manresa, donde el Municipio tuvo habilidad para dividir las cuatro Hermanas que allí había puesto la Madre, obligando a las dos que permanecieron fieles a refugiarse junto a ella dejando a las otras dos que corrieran su desventurada suerte. Trances amargos para la fundadora, capaces de desalentar a otra que no estuviera tan bien fundada en humildad y confianza en Dios como lo estaba la M. Joaquina, la cual tuvo valor para sí y para infundirlo a sus fieles hijas.

* * *

Muerte del P. Esteban.—Todavía no estaba completa la prueba de Dios. Debía quedar su escogida a cubierto de toda contingencia futura, apoyada exclusivamente en el Señor que la llamó y quería ser el único responsable de sus éxitos.

Cuando estaba en las tribulaciones que acabamos de referir ya no tenía el amparo, ni el

consejo de su Venerable P. Esteban. La muerte se lo arrebató el día 14 de Julio del año 1828, a los 52 años de edad. Esto solo hubiera bastado para dejarla desolada y como desorientada aún en las circunstancias normales de su naciente Instituto. Pensemos, pues, qué sensación de vacío y soledad experimentaría la sierva de Dios en coyuntura tan difícil, viéndose privada del ángel tutelar que de cerca y de lejos la había llevado por los caminos de Dios durante diez años. Alcanzó la muerte al varón apostólico cuando estaba entregado a misiones y búsqueda de almas, lejos de Vich. No vió él los primeros éxitos de la M. Joaquina, sino que, como le escribió para consolarla el Obispo de Solsona, en carta del cinco de Setiembre, «había sido trasladado al cielo para prodigarle desde allí una ayuda más eficaz»: y por cierto que fué necesaria la intervención de aquel siervo de Dios para que su obra no fracasara en sus primeros pasos.

A la muerte del P. Esteban quedaron en poder de la Fundadora unos apuntes íntimos que él le había dictado como complemento de la Regla para ellas compuesta. Estos apuntes de la Madre, y la misma Regla manuscrita del P. Esteban, conservados hoy con veneración en el archivo general del Instituto, anduvieron varios años copiados de mano en mano entre las Carmelitas, hasta que, hecha la prueba canónica,

y redactados después en una sola Constitución, sin cambio alguno substancial, fueron impresos y aprobados por la Iglesia.

El Fundador de las Carmelitas de la Caridad murió en olor de santidad como lo testifican los contemporáneos quienes no fueron, por desgracia, muy diligentes en conservar de él una imagen ni muchos más datos biográficos que los que andan mezclados con la obra de la M. Joaquina. La última profecía que hizo y que lo acreditó de hombre de Dios, fué precisamente relativa a la fundación de Tárrega tan ruidosamente fracasada. Cuando unos meses antes de su muerte se trataba de ella a raíz del abandono del proyecto de Igualada, dijo así: «Ojala tenga Tárrega la suerte que, a su tiempo, tendrá Igualada». Cuando los acontecimientos narrados ponían a prueba el Instituto, se acordaron todos de aquellas palabras del P. Esteban de Olot.

* * *

Otras fundaciones.—A pesar de los estorbos puestos de intento en su camino, el Instituto naciente tomaba cada día más auge: las jóvenes más distinguidas pedían asociarse a la M. Joaquina, y el noviciado de Vich estaba floreciente. La guerra civil, con toda su secuela de males y calamidades poblaba los hospitales en villas y en ciudades catalanas, y de todas ellas pedían Hermanas para cuidar heridos y enfermos. El

primer establecimiento grande donde la V. Madre instaló a sus hijas y trabajó ella personalmente fué la Casa de Caridad de Barcelona, a donde entraron el 12 de Noviembre de 1829. Puso al frente de ella a una de sus más fieles hijas, la M. Veneranda, que llegó a merecer bien de toda la población sin distinción de bandos políticos y aún de ideas religiosas; tal fué su tacto, prudencia y abnegación.

Queremos relatar aquí una anécdota edificante que acaeció a la Madre Fundadora estando en Barcelona en los trabajos de la fundación. Iba un día por la Rambla cuando le salió al paso una joven modestamente vestida. Por un secreto impulso de Dios, acercóse a ella, la detuvo y le dijo sencillamente: «tú te llamas Paula, y has de ser Hermana de las mías». La joven había llegado a la capital del Principado para ver y tratar distintas Congregaciones Religiosas, y conocer así cuál era la que mejor se amoldaba a su ideal de vida perfecta y activa. Sorprendida pues por el inesperado saludo de aquella religiosa a quien no había visto jamás, le contestó enseguida: «es verdad que me llamo Paula, pero no puede ser lo que Ud. dice que yo sea de las suyas, pues no las conozco». No hubo más aquel día.

Peró a los pocos días la encontró de nuevo la Madre, la saludó y la repitió con más seguridad aún que sería Hermana de las suyas. Paula, que

para entonces había adquirido algunas noticias del nuevo Instituto, aludiendo al oficio de enseñar que tienen las Carmelitas, le replicó que ella no podía serlo, porque sabía muy poco. ¿Traes algún libro? repuso la Madre. — Sí, dijo Paula; pero es mi devocionario, y de su lectura Ud. no podría deducir ni siquiera que sé leer bien, pues lo digo casi de memoria». Habían trabado confianza, y siguieron hablando hasta llegar a la Casa de Caridad, donde la Madre examinó a la joven y le dijo resueltamente: «ya sabes bastante».

Retiróse Paula muy confusa e indecisa pensando cuál sería la voluntad de Dios: conocerla y cumplirla pedía insistentemente en su oración. Volvía, pues, un día de la iglesia, donde había orado con más devoción a la Virgen Santísima pidiendo que la iluminara en su camino, cuando al llegar a su casa se encontró con una carta de la M. Joaquina, que ya estaba en Vich, donde le decía: «Hija mía, no resistas más. Es voluntad de Dios que seas Hermana de las mías: ven cuanto antes a Vich; es verdad que aquí hace mucho frío, pero... nos calentaremos en el fuego del Sagrado Corazón de Jesús».

Esta llamada fué decisiva y Paula Delpuig fué sin demora a echarse en brazos de la Fundadora que había visto, con luz sobrenatural y profética, los tesoros de gracia, de sabiduría y de virtud que Dios depositaría en aquella joven, la cual efectivamente fué desde el principio dechado

de novicias y profesas, y con el tiempo, la columna robusta del Instituto, Vicaria General de la M. Fundadora y su primera sucesora en el gobierno de todo el Instituto, y que hoy la sigue en el camino de los altares.

Con tales rasgos demostraba ésta vivir enseñada y guiada del cielo en medio de cruces y adversidades. Después de la Casa de Barcelona fundó la sierva de Dios su Congregación en los Hospitales de Solsona y de Cardona, en medio de las odiosidades y de las miserables intrigas sembradas por los impíos, que preparaban la expulsión y matanza sangrienta el año 1835, de los religiosos y cuando la guerra civil de los noventa años llenaba de estragos el suelo de la Madre Patria.

* * *

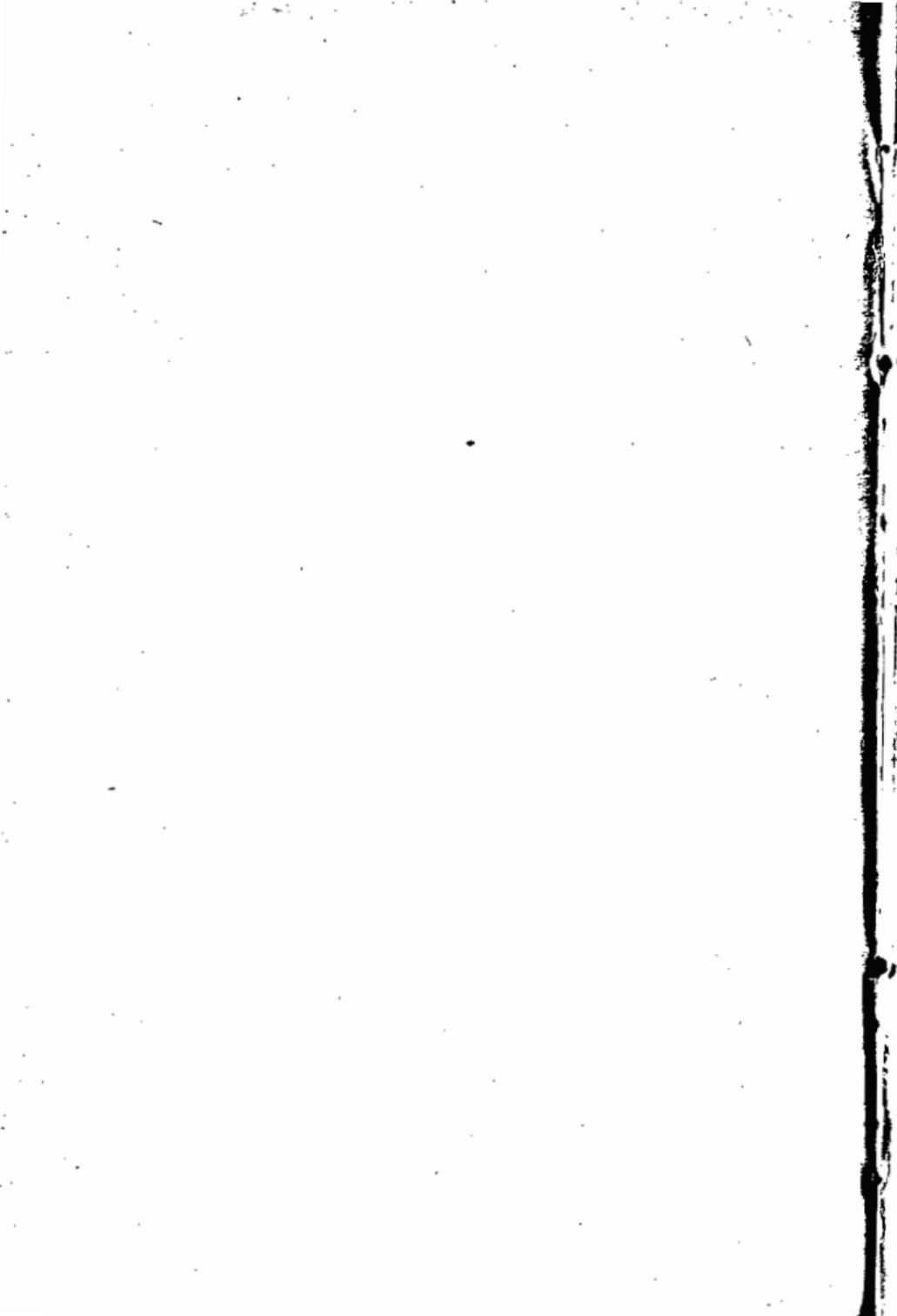
No satisface una curiosidad.—Llegados aquí y antes de relatar los terribles trances que pasó nuestra heroína en aquellos tiempos calamitosos en que le tocó vivir y actuar tan intensa y públicamente; cuando parecía un delito vestir el hábito religioso, y título suficiente para ser odiado de la plebe sectaria, queremos responder a un reparo, y satisfacer una curiosidad que habrán opuesto y sentido muchos de nuestros lectores, repasando las páginas que preceden. ¿Por qué el P. Esteban de Olot, la V. M. Joaquina y el Prolado de Vich, juntaron en una sola deno-

minación el oficio de caridad y enseñanza, poniendo por finalidad del Instituto de M. M. Carmelitas esas dos actividades aparentemente antagónicas? Nosotros mismos pensábamos en ello, antes de conocer a fondo la Obra, la época en que surgió y el marco histórico dentro del cual tuvo que desarrollarse en sus primeros veinticinco años. No veíamos claro cómo las mismas religiosas podrían dedicarse intensamente al cuidado de los enfermos y a la enseñanza de las niñas; y nos afirmábamos más en esa dificultad viendo que el Instituto ha tomado, desde hace medio siglo, dirección predominante hacia que los colegios hoy están florecientes y le han dado días de tanta gloria. Pero pensando que esta benemérita Institución fué mecida en su cuna por el torbellino de la invasión francesa, por el huracán de las revoluciones políticas que siguieron en España a la invasión, y por los grandes trastornos que sobrevinieron a España con las guerras civiles, y la sañuda persecución religiosa del año 1835, se comprende luego cuán providencial fué que las M. M. Carmelitas se preocuparan en sus primeros tiempos, con preferencia, de las obras de caridad en los Hospitales.

Sentíase, en verdad, necesidad urgente de escuelas y colegios cristianos, y a esa necesidad acudió el Fundador y los Prelados que aprobaron la Obra; pero el odio sectario hubiera dado buena cuenta de ella si no hubieaa llenado un

lugar insustituible en la Beneficencia Pública que siempre fué inspirada por la Iglesia, y no le fué disputada por las sectas hasta nuestros tiempos, que pretenden arrebatarle esa flor de su inmarcesible corona. Los impíos del siglo pasado miraban como los del nuestro con preferencia a la conquista de los niños, para asegurar los progresos del error y de la herejía.

Hó aquí por qué, a despecho del odio al hábito religioso que estuvo de moda en España después de las Constituyentes de Cádiz hasta que lo desterraron del suelo patrio, las M. M. Carmelitas pudieron arraigar, y crecer, y prodigar inmensos beneficios a las almas, saliendo al paso, con inagotable caridad, a las plagas privadas y públicas de su tiempo. Así las sacó Dios a flote, y pasada la ola revolucionaria, pudieron dedicarse del todo a la enseñanza y conservar como un timbre de gloria de familia los sacrificios heroicos de sus primeros tiempos por tantos enfermos y desgraciados.



CAPÍTULO VIII

'NUEVOS AVANCES Y NUEVAS CRUCES

La casa de Caridad de Vich.—Traslado de la Casa Matriz y muerte del Ilmo. Sr. Corcuera.—La Madre Joaquina en la Cárcel.—Desde Berga al destierro.

La Casa de Caridad de Vich.—Llenando ya una necesidad públicamente sentida, el Instituto de las Carmelitas era solicitado con insistencia de todas partes a donde llegaba su noticia, y no era justo que la ciudad que le había dado cuna para nacer se viera privada de sus valiosos auxilios de caridad.

Por eso el Ilmo. Sr. Corcuera consiguió habilitar el llamado Hospital de Peregrinos, convirtiéndolo en Casa de Caridad para Vich.

No podía la M. Fundadora disponer de mu-

chas religiosas para esta nueva Casa, pero menos podría desentenderse de la justa pretensión de su Prelado, así es que, en Diciembre de 1830 quedaron instaladas tres hermanas, las únicas que tenía preparadas para comenzar aquella fundación, y ser el consuelo de los vicenses.

Para hacer más llevadero el trabajo de las religiosas se le ocurrió a la Junta Directiva colocar allá como auxiliares en la sección de varones un hombre y una mujer casados que dependerían de las Madres en todo el servicio. Nunca lo hicieron: en poco estuvo que aquel matrimonio diera en tierra con la obra comenzada; descontentos de todo; llevando chismes de adentro para afuera y cuentos y quejas a los señores de la Junta; sisando de la comida de los asilados, y reclamando todos los días porque no se les atendía debidamente, tuvieron la habilidad de sembrar la cizaña, indisponiendo a la Junta contra las buenas hermanas, y aún provocando una investigación del Prelado. No podía pasar desapercibido a los enemigos de la religión cuanto podían temer de la acción callada y piadosa de las hijas de la M. Joaquina, y se valieron de aquellos intrigantes para poner a prueba la virtud de las mismas. El malhadado hombrecillo pretendió demostrar prácticamente que los niños pasaban hambre y aún que podían ser envenenados por la poca y mal condimentada comida que las hermanas les daban. Al efecto,

guardó una olla de comida varios días, y cuando la comisión nombrada para verificar los cargos la vió y la probó, encontróla tan sabrosa y rica como si estuviera recientemente condimentada; lo cual fué tenido como un prodigio del cielo en favor de las Religiosas. Determinóse por lo mismo despedir al matrimonio; con lo cual reinó la paz y la abundancia, y prosperó la Casa de Caridad de Vich, en favor de la cual repetidas veces Dios intervino con limosnas tan providenciales que bien pudieran llamarse milagrosas, como lo afirma la M. Paula Delpuig que vivía allí, y dió de ello testimonio al Emmo. Sr. Cardenal Sanz y Forés, biógrafo de la V. M. Fundadora.

Hasta las criaturas insensibles se prestaban a veces a la voluntad de la sirva de Dios. Estaba en cierta ocasión la Hermanita cuidadora del lavado y planchado de la ropa en la Casa-Noviciado muy afligida porque la persistente humedad del tiempo no permitía que se secase la ropa lavada y necesaria con urgencia. Fuese con esta cuita a la buena Madre y ésta le dijo: «Vete a la huerta y dí al sol: sol, sal; la Madre lo manda». Obedeció candorosamente la Hermana e hizo sin vacilar la prueba: y, cosa admirable, en el acto rasgáronse las espesas nieblas y el sol, radiante, despejó totalmente el cielo de nubes, con lo que en pocas horas pudo la ropa secarse, y ser planchada y entregada oportunamente al

servicio. Y cuando la Hermana fué a contar lo sucedido a la Madre, ésta le dijo: «¿creías, tú, hija mía, que el sol no tiene también obediencia?» elevando así su pensamiento a las cosas de la virtud y descartando su personal intervención.

Traslación de la Casa Matriz y muerte del Hlmo. Sr. Corcuera.—Ya dijimos en el capítulo pasado cómo la sierva de Dios tuvo que abandonar su querido retiro del Escorial y pasar con las primeras novicias y habitar en el centro de la ciudad de Vich, a cubierto de los atrevimientos impíos de quienes quisieron estorbar la Obra de Dios. Creciendo luego el número de novicias hizose insuficiente la casa alquilada: habían pasado cuatro años, y de nuevo fué trasladada la casa Matriz y Noviciado a la calle de Capuchinos donde se arrendaron dos casas juntas. Instaladas en ellas tuvieron siempre que sufrir estrecheces y penalidades, pero mucho más la obstinada enemiga de los impíos que no perdían ocasión de insultarlas y vejarlas cuando, para oír la Santa Misa, salían diariamente a la calle. Puede decirse que el conato de la M. Joaquina y de las Carmelitas para lucir el hábito religioso públicamente en época de tan fiero apasionamiento antirreligioso fué casi heroico, y lo sostuvo varonilmente, mal que pesara a los

enemigos y aún a los tímidos amigos: éstos se avergonzaban de ellas porque veían que aquellos las denostaban, las arrojaban piedras y lodo y pretendían encerrarlas en el ostracismo y aún aniquilarlas. ¿Cómo pagaba la Santa Madre aquellos malos tratos? Con amor, con caridad y especial cuidado de los mismos que la injuriaban como le aconteció aquellos días en Vich. Iba a la iglesia acompañada de algunas Hermanas, cuando un joven libertino tomando una piedra hirió a la Madre. Notó ella al punto el disgusto, la indignación de sus buenas hijas... y saliéndoles al paso dijo: «cuidado: no digáis nada: dentro de pocos días tendremos a éste bajo nuestro cuidado». Y, efectivamente; sobrevinole luego al desgraciado atrevido una horrorosa enfermedad, y fué cuidado maternalmente por la misma sierva de Dios, que reservó para sí aquella gracia.

El Señor recompensó su magnanimidad y sus constantes sacrificios, valiéndose de la piedad de la Excm. Sra. Baronesa de Sabasona a quien el V. P. Esteban de Olot había encomendado al morir, sus hijas espirituales. Ella fué quien el día 27 de Febrero del año 1835, en plena efervescencia contra las religiosas, proporcionó a las Carmelitas cuatro espaciosas casas, adosadas a la antigua capilla de Santa Eulalia, donde quedó definitivamente instalado el Noviciado y Casa Madre del Instituto. Poco después consi-

guieron que se les permitiera abrir una puerta de acceso por el interior a dicha capilla, para no verse obligadas a salir a la calle; pero como aún para ésto tuvieron que sufrir no pocas humillaciones y trabas, en 1844, el Venerable Capítulo Catedral les otorgó a firme aquel servicio de la capilla, y en 1857 obtuvieron el usufructo perpetuo de la misma, llamándose desde entonces hasta hoy del Carmen, y convertida en 1900 en la actual hermosa iglesia.

En medio de las íntimas alegrías que tuvo nuestra biografiada viendo definitivamente instalada la cuna de su Instituto, y que aflúan a él cada día más jóvenes deseosas de consagrarse a Dios, tuvo una prueba muy grande, quedándose otra vez huérfana del apoyo firme que le quedaba en la tierra. El día 5 de Junio del año 1835 murió santamente el Illmo. Sr. Corcuera, Obispo de Vich. La hora no podía ser más crítica, ni la prueba más terrible: aquel Prelado tuvo como suyo el Instituto que él meció en su cuna y apoyó en sus primeros años, y guió en tiempos tan difíciles. Desde el momento en que Dios se lo llevó al cielo, (como piadosamente creemos) cayó sobre la M. Joaquina todo el peso de grandes responsabilidades. Y para que la prueba pusiera de manifiesto la grandeza de alma de aquella mujer fuerte, a los pocos meses murió también el prebendado señor Amaltó, nombrado Director de

la Casa Matriz, por el difunto Prelado cuando ya presentía su fin.

Otra vez se vió la sierva de Dios tan colgada de la mano del Señor, tan segura de El, y tan confiada en la salida del laberinto en que aparecía como perdida, que fué la admiración de cuantos sabían sus íntimos sufrimientos y las tremendas dificultades de la época en que le tocó vivir y trabajar.

La Madre Joaquina en la Cárcel.—Cuando los émulos de la obra de Dios vieron caer los pilares humanos que, a su juicio, la mantenían en pie, se atrevieron, como valientes, a arremeter con fiereza a la débil mujer que le servía de instrumento. El día 7 de Febrero de 1837 se vió llegar a las puertas de la Casa Matriz un oficial bien armado con ocho soldados, los cuales, con aparato inútil de fuerza apresaron a la Vble. Madre y se la llevaron ostentosamente por las calles hasta la cárcel pública, dejando desoladas a sus pobres hijas y bañándose en agua de romero a los héroes escondidos de la hazaña.

¿Qué había sucedido? Para nadie era un misterio que el hijo de la M. Fundadora y heredero de los blasones de la Casa Mat., D. José Joaquina era fervoroso católico, enemigo jurado del liberalismo imperante, y su opugnador irre-

ductible en los campos de batalla donde se disputaba en aquellos años la dinastía y la fe de la España tradicional. Toda la familia de Mas y de Vedruna sufrió por ello vejámenes irritantes de los sectarios, los cuales, viendo que la madre del héroe de la buena causa, llevaba adelante un Instituto que se les oponía en el camino de sus ideas desquiciadoras, pensaron sencillamente en destruirlo, tomando por pretexto las ideas políticas del hijo. El tiro parecía certero: espartarla, inutilizarla ante el público, desacreditarla como intrigante política, y acabando así con la fundadora, dar en tierra con su obra.

Tal fué la razón dada para aquel atropello tan injustificado. Cuando el pelotón de soldados metía en la cárcel a la *insigne culpable*, uno que estaba de guardia, creyendo sin duda ganar méritos entre sus jefes, le dió recio golpe con la culata del fusil; pero la sierva de Dios, no solo no se quejó, ni dijo palabra en su defensa, sino que, trabándose ruidosa contienda entre los mismos soldados contra el atrevido, y queriendo ellos castigarlo por su barbarie, la M. Joaquina se puso a defenderlo y consiguió calmar los ánimos de todos. Así entró en la prisión que duró cinco días, durante los cuales los enemigos trataron inútilmente de encontrar algún motivo para retenerla y condenarla; pero no pudiendo aún justificar el indigno atropello, tuvieron que soltarla y dejarla volar a su querido retiro don-

de sus desoladas hijas, llorando su ausencia, hacían violencia al Corazón de Dios para que confundiera á sus verdugos.

Ante aquel cinismo se comprendió luego lo que se podría temer contra la Vble. Fundadora si permanecía en Vich, por lo cual los Prelados y cuantos la querían fueron de parecer que debía irse a Barcelona donde estaba más segura: acordaron también suspender por el momento, la admisión de nuevas postulantes, hasta que amainara la borrasca levantada contra los Institutos Religiosos.

* * *

Desde Berga al destierro.—El estrago de la guerra civil llenaba los hospitales de Cataluña de heridos pertenecientes a los dos bandos beligerantes. El Sr. Obispo de Solsona en una carta con la que expresaba a la sierva de Dios su satisfacción por tener tan bien atendidos en Cardona y Solsona, dominadas por tropas gobiernistas, los soldados heridos, le pedía que enviara a Berga un grupo de sus hijas para que trabajaran allá en obra tan caritativa: era ésto el 17 de Febrero de 1835. Pero la Madre no pudo entonces complacerle, estorbada por las mismas perturbaciones de la guerra que culminaron en Vich, con los sucesos ya relatados. Pero apoderándose de la ciudad de Berga los ejércitos Carlistas en 1836, los mismos jefes dispusieron

que esta ciudad fuese el centro de las ambulancias de la tropa, y que se recogieran en su hospital todos los heridos y enfermos de la región. Insistió entonces el Prelado diocesano en su petición a la Madre que ya estaba retirada en Barcelona por los vejámenes que hemos visto. Entonces ella, aprovechando la forzosa paralización del Noviciado, dejó en la Casa Matriz dos hermanas para su guarda, y trasladóse con las demás a Berga, donde comenzó su apostolado con un fervor admirable, sin las trabas que los menegados esbirros le pusieron en Vich.

¡¡Con qué santo ardor cuidaba ella y hacia cuidar a aquellos robustos jóvenes caídos en los campos de batalla por una causa que ellos identificaban con la de la Religión!!... ¡¡Cómo los aconsejaba y reprendía maternalmente, y los ayudaba a morir santamente!!... Los soldados y los jefes, y toda la población de Berga las bendecía llamándolas a boca llena los ángeles de la Caridad. Cuatro años estuvo allá con sus hijas; pero las vicisitudes de la contienda fratricida cambiaron de repente el escenario: las tropas gobiernistas seguían victoriosas reconquistando las ciudades perdidas: los legitimistas estaban en franca derrota y Berga debía caer muy pronto en poder de los ejércitos triunfantes.

Propagóse luego la amenaza con todas las alarmas exageradas que siempre se inventan,

nadie se creyó seguro, y todos pensaron en poner en salvo a las buenas religiosas que habían enjugado tantas lágrimas y que serían blanco especial de las venganzas de los vencedores. Obligadas pues por los magistrados y por el mismo Sr. Capellán Vicario General Castrense D. José Sors, abandonaron el hospital entre las lágrimas y sollozos de los pobres soldados; y llevando consigo apenas lo necesario que pudieron reunir en la precipitación de la huida, caminaron de prisa para refugiarse en las montañas. Todo se temía de la soldadesca desenfundada y sedienta de venganza. La Madre Joaquina mantuvo el orden y la confianza en propios y extraños: su continente grave y tranquilo en medio de la confusión y apresuramiento de los más espantados, dió a todos la medida de la grandeza de aquella alma toda unida a Dios y siempre fiada de El.

Cinco días duró la primera jornada, terriblemente penosa, por ser en plena canícula, con un calor sofocante: la sierva de Dios, trabajada con tantos sufrimientos, no decayó de ánimo un momento y sostuvo el de sus hijas que la seguían confiando en salvarla, pues sabían por triste experiencia cuanta saña guardaban los enemigos contra ella personalmente.

Los fugitivos traían cada uno nuevas más alarmantes que otro, aumentando la confusión; pero la Madre hacía oración; peregrinaba con

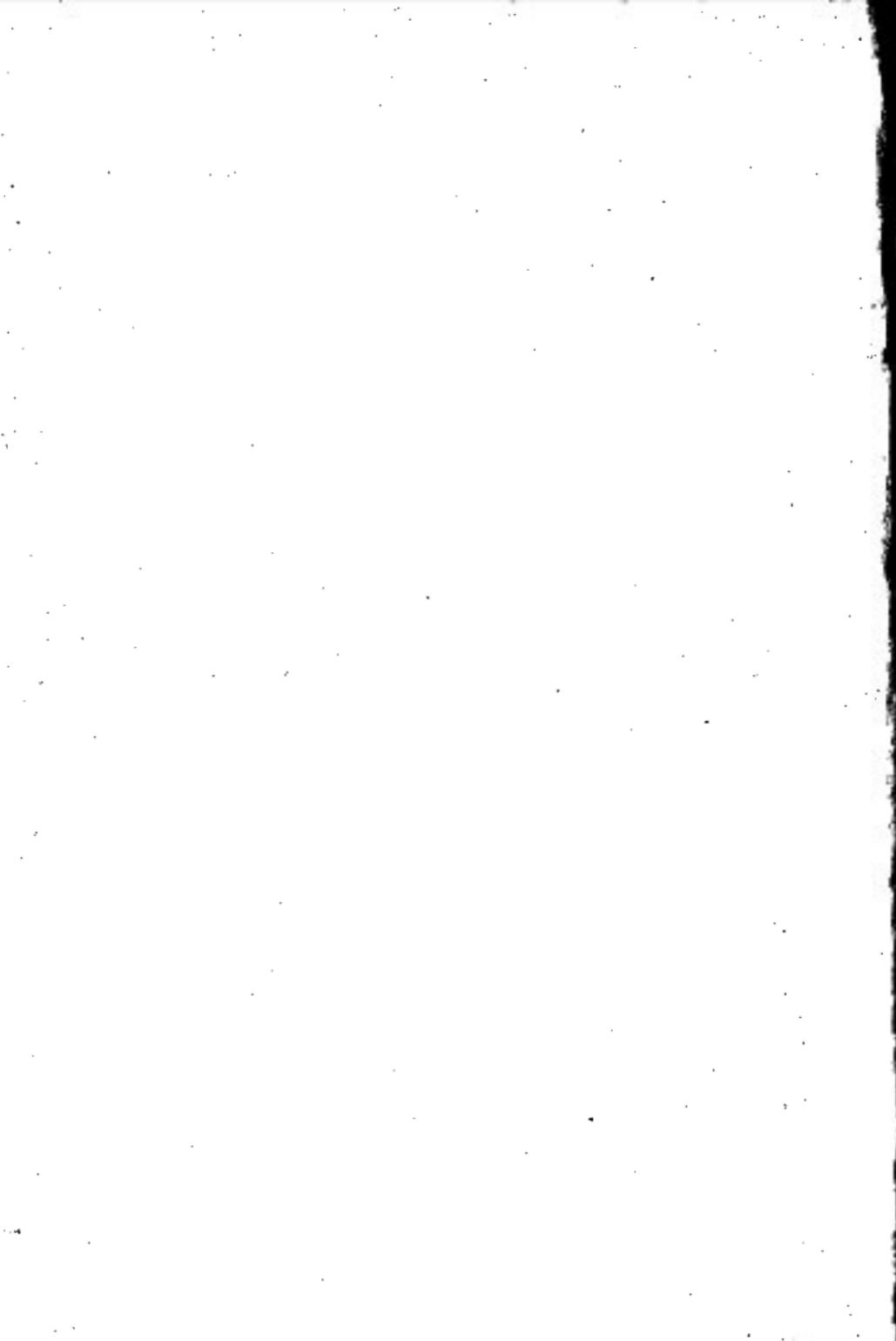
sus hijas acompañando a la Virgen y a San José en su huida a Egipto con Jesús Niño, y no se dejó acobardar por nada. Así llegó la caravana Carmelitana hasta Castellar d'en Nuch donde pudo reposar un poco y reponer sus fuerzas para emprender de nuevo el camino, en demanda de la frontera. Tuvieron que soportar en esta jornada la humillación de la Virgen cuando caminaba a Belén: se les negó hospedaje en una casa de campo que encontraron al anochecer en el camino; pasaron la noche al sereno y jamás perdieron su habitual alegría y valor cristiano. Así lo cuenta la Hna. Vicenta Coders, novicia fervorosa, que quiso seguir a la fundadora en todas sus peripecias. Ella nos dice cómo en repetidas ocasiones, durante aquel penoso viaje la Madre refrigeró la sed de las Hermanas milagrosamente, tendiendo su pañuelo sobre un turbio charco que se convirtió en cristalina fuente. Otra vez mandándoles que movieran con sus delicadas manos tres enormes piedras, asegurándoles que allí encontrarían agua cuando no había de ello el menor indicio: y refiere la novicia que las piedras cedieron suavemente al primer contacto de sus manos, y... demostraron que la Madre tenía razón y todas bebieron agua pura y fresca.

«Cuando estábamos ya internadas en las montañas fronterizas, dice la Hna. Vicenta, me ofrecí yo a velar el sueño de las viajeras por la no-

cha a campo raso, y como a las dos de la madrugada, llegaron cerca de nosotros dos apuestos jóvenes quienes amablemente se dirigieron a mí para prevenirme que estábamos en peligro. Levántense todas, fué la voz de alarma; y emprendiendo de nuevo el camino, púsose uno de los jóvenes delante de nosotras, y otro guardándonos detrás, y nos indicaban los pasos que teníamos que dar: y cuando clareaba el día, diciéndonos así: «Hermanas, ya están en salvo» desaparecieron instantáneamente y no supimos más de ellos, aunque mucho lo preguntamos».

La sierva de Dios creyó siempre que Dios N. Señor le había enviado al Arcángel San Rafael, de quien era muy devota, para librarlas de algún grande peligro en aquel penoso camino, y el Instituto conserva siempre devoción especial a este celestial Espíritu.

Así llegaron al primer pueblo de Francia, llamado Prades, a donde se les había anticipado un mensaje del Sr. Vicario General Castrense de Berga que escribió con un propio a unos religiosos que allí vivían, rogándoles que recibieran a las Hermanas Carmelitas que huían y llegarían en aquellos días. Hicieronlo así los Religiosos, procurándoles alojamiento en el pueblo para ocho días, ayudándolas en cuanto pudieron, hasta que al cabo de los ocho días salieron para Perpignan donde debían encontrar el lugar de su largo destierro.



CAPÍTULO IX

LA GLORIA DE LA HIJA DEL REY

La Madre Joaquina en el destierro.—El alma del Instituto. Fisonomía genial de la V. Fundadora. Doblemente madre.

La Madre Joaquina en el destierro. Precipitada y violenta como fué la emigración de la sierva de Dios acompañada de doce de sus mejores hijas y de dos valerosas novicias: la prolongada permanencia en Francia que duró cuatro años largos, y la penitencia del Instituto en España durante tan terrible crisis, manteniéndose valerosamente las religiosas distribuidas en sus puestos mientras llegaban mejores días, son hechos históricos que nos invitan a detener por un momento el curso de nuestra narración, para llamar la atención de nuestros lectores hacia el

interior de aquella mujer fuerte, agitada por todos los vientos de la contradicción y no obstante siempre fiel a su vocación y a la grave responsabilidad adquirida ante Dios y ante la Iglesia. Toda la razón de la exuberancia de virtudes demostrada entonces por sus hijas hay que buscarla en el interior de la hija del Rey: allí está toda su gloria: en lo interior de la Madre.

Llegada a Perpignan con su caravana pobre, desconocida y abrumada de graves pensamientos, encontró nuestra heroína frío recibimiento en la ciudad: ¡¡eran tantas... eran extranjeras... eran religiosas!!... Partíasele el alma a la buena Madre viendo sufrir a sus hijas y, pensando un día con lágrimas qué haría para asentar pie firme con su familia espiritual en suelo extraño, recordó que en aquella ciudad vivía la Excm. Marquesa de Puertonuevo, amiga antigua suya en Barcelona. Levantóse sin tardanza y buscóla hasta que la encontró. La cristiana aristócrata española recibió gran consuelo con la visita de su santa amiga de la infancia y se consagró desde el mismo momento a socorrer de todos modos a las Carmelitas: acomodólas decentemente en una buena casa, les buscó director espiritual en un Padre del Oratorio, español emigrado también, y la dió a conocer entre lo más selecto de la población, donde a poco andar, las extranjeras fueron queridas y respetadas;

la buena Madre era consultada como una alma santa en todos los negocios graves, y la acción de las Carmelitas comenzó luego a dar óptimos frutos. Hasta tal punto llegó el aprecio del Prelado, del Clero, de las niñas y del pueblo por sus queridas refugiadas, que, llegada la hora de su vuelta a la patria, fueron lloradas como se llora la pérdida de algo propio que ha creado una necesidad. La V. Fundadora podía apenas comunicarse por escrito y tardíamente con sus hijas dejadas en España; pero éstas supieron corresponder admirablemente a lo que Dios y su Madre esperaban de ellas en las anormales circunstancias que atravesaban: habían recibido el valor y el aliento del alma misma de la M. Joaquina.

* * *

El alma del Instituto.—Hagamos pues alto ante este fenómeno del orden moral: miremos atentamente ese grupo de religiosas dispersas por la persecución cuando las más antiguas contaban apenas doce años de vida religiosa, y viendo el espíritu y el carácter religioso de todas tan bien cimentado pensemos en la Maestra.

Era la Madre Joaquina, en lo humano, hija de su tiempo y de la región donde nació. La religión estaba identificada en el alma española con todos los caracteres de la raza, y con todos sus nobles sentimientos de dignidad, de pudor,

de caballerosidad y de espíritu de sacrificios. La ola antirreligiosa de principios del siglo XIX, que llegaba arrollando la patria y el hogar, y trayendo el lógamo del materialismo y de la voluptuosidad como avalancha de lodo sobre el suelo de España tan próximo al gran foco revolucionario de Francia, intentó asfixiar el alma española que no pudo resignarse a morir sofocada en aquella atmósfera irrespirable: alzóse por instinto de propia conservación contra ella y salió victoriosa con lo más selecto de la Madre Patria. Esta situación imprime carácter a las generaciones de la primera mitad del siglo pasado.

El hogar de la Madre Joaquina era uno de los vigorosos auxilios de reacción salvadora del alma nacional, y ella, desde niña refleja ese carácter sobrio, valeroso y cristiano del catalán, indomable siempre que se le impone algo contra su Dios o su patria. Era catalana, profundamente española; toda olla era cristiana. En nombre de Dios se le podían pedir todos los heroísmos. Dios... Dios... Dios era todo para aquella niña privilegiada.

Aquí entra el elemento divino. La vimos cuando enseñaba a su buena Madre a encontrar a Dios; cuando dió su mano a su prometido esposo, pensaba en Dios; a Dios eligió por esposo el día de su viudez; a Dios llevaba sus hijos y criados y a cuantos la trataron en su retiro del Escorial, y por Dios y para Dios emprendió la

Obra providencial de caridad y enseñanza que la tiene por fundadora. En todo cuanto de ella se conserva escrito o por tradición oral se nota esa orientación a lo divino que la guía en todos sus variados y aparentemente contradictorios estados, dando a su vida unidad asombrosa.

«Solo el amor de Dios, decía a sus primeras novicias, lo encontramos siempre; lo demás todo pasa y se muda; busquemos lo firme lo que siempre dura». «Todo por amor de Dios, escribía otra vez, nada por fuerza: en la galera real del amor divino no hay ningún marinero forzado». He aquí la razón oculta de todas las obras de la M. Joaquina: en ese amor purísimo se inspiró desde la cuna hasta el sepulcro. Por eso su estado de oración era casi continuo: invadía el espíritu divino en cualquiera ocupación hasta ponerla en santo arrobamiento; y cuando alguien la sorprendía en momentos tan deliciosos quedaba toda avergonzada, como si temiera que aquellas visibles demostraciones pudieran arrebatársela el tesoro de luz y de amor que ella guardaba solo para Dios. Fué siempre enemiga de virtudes de escenario: la sobriedad propia de su carácter la llevó siempre a lo real y práctico aún en sus intimidades con Dios.

No faltó a la M. Joaquina uno de los caracteres de las grandes almas cristianas, la devoción tierna y afectuosa al Misterio de la Santísima Trinidad. No es para almas vulgares la intui-

ción de las profundidades de la vida de Dios; vuelo y vista de águilas, como los del grande Agustino, son precisos para elevar su mirada y poner su mansión en esas alturas deslumbradoras. Oraba en cierta ocasión, la sierva de Dios, acompañada de su hija Inés, todavía jovencita, cuando ésta empezó a notar que el rostro de su madre palidecía intensamente como si fuera a desfallecer: estaba así mirándola con ansiedad cuando oyó salir de sus labios con voz fuerte y distinta estas tres palabras marcadas con tres pausas notables: ¡¡Padre... Hijo... Espiritu Santoll... recobrando luego naturalmente su rostro su habitual placidez.

En otra ocasión rezaba con sus religiosas el Trisagio y, de repente, quedó arrobada, repitiendo sin cesar, Santo, Santo, Santo, lo cual interrumpió algunos momentos el rezo de la Comunidad, causándole luego tal sonrojo que fué a encerrarse en su celda por largo tiempo como humillada ante aquellos resplandores que, sin ella quererlo, salían de su alma.

Solamente estudiando a esa luz de arriba la figura de nuestra biografiada, puede el lector marcar bien su fisonomía moral inconfundible, estampada en su Instituto.

Fisonomía genial de la fundadora.—Cuando en el capítulo II de este libro describíamos

la escena familiar ocurrida entre la niña Joaquina a los diez y seis años, y D. Lorenzo de Vedruna su padre, que le proponía matrimonio con don Teodoro de Mas; al ver la sencillez con que la joven aceptó aquella proposición tan contraria a sus anhelos de vida religiosa, pensaron sin duda algunas 'niñas y... algunas grandes también, poco favorablemente de la novia, tachándola o de muy ilusa cuando pretendió ser Carmelita de clausura a los doce años; o, si entonces fué sincera, de muy ligera y voluble al cambiar tan fácilmente de opinión y aceptar la mano de un esposo en la tierra. Y no faltará quizá quien encuentre en aquel episodio justificación a veleidades propias o ajenas en cosa tan seria como la elección de estado.

Tomemos pues, pie de esa aparente ligereza de nuestra heroína y juzgemos luego su fisonomía moral. No es posible comprender a un alma estudiándola en un momento de su vida aislándola del conjunto, de lo que le precede y le sigue. En tesis general y discurriendo por lo que comúnmente sucede, podríamos decir, sin conocer a la M. Joaquina, que, o fué ilusa o tuvo debilidad de carácter. Pero, a la altura en que ya nos encontramos en el relato de su vida, sabemos bien que aquella escena familiar, marcó el rasgo característico de la sierva de Dios, sostenido durante toda su accidentada vida. Juntábanse en su espíritu dos cualidades difícilmente avenibles,

sino es en seres privilegiados, *firmeza de carácter* a toda prueba y *plasticidad* maravillosa para adaptarse a todas las circunstancias que ella, con su fe robusta y clarividente, consideraba como providenciales. Que su vocación al estado religioso era segura y de buena ley, demuéstralo de sobra la tremenda desazón que de ella se apoderó cuando, contraído matrimonio, se dió cuenta de la realidad insospechada de sus deberes conyugales; sus lágrimas sin consuelo fueron las que arrancaron del corazón de su esposo D. Teodoro el secreto de su juventud tan parecido al de ella, y las que sellaron aquel pacto de divinizar su estado, haciendo de su hogar el templo de Dios, y de su prole, ángeles adoradores, como lo hemos visto realizado. La vigorosa reviviscencia de sus ideales de soledad claustral al quedar desatada de los vínculos conyugales, proclaman, también el arraigo de su vocación primera a los doce años.

Pero, a un tiempo, y como si todo ese mundo ideal hubiera muerto en su alma, vemos a la esposa y a la madre identificada con sus deberes, viviendo para su marido y para sus hijos con entrañable ternura difícilmente superable. ¡¡Qué prodigio de adaptabilidad no representa aquella vida placentera siguiendo todas las revueltas del camino extraordinario por el que Dios la llevaba a su destino en la tierra!... Nadie realizó mejor que ella el ideal de una madre so-

heita, hacendosa, defensora del patrimonio de su marido contra los infinitos pleitos de sus parientes a fines para menoscabarlo y quitárselo a los herederos de D. Teodoro de Mas. Es curioso el fenómeno que pone de manifiesto el P. Nonell cortando el por menor y entreverándolas con el relato de la vida de la M. Joaquina en todos los capítulos, las reclamaciones, las instancias, los recursos civiles y aún criminales con que molestaron toda la viudez de la sierva de Dios. Ella, ocupada intensamente en la Obra de Dios, no desdeña un punto lo que a sus hijos pertenece; pero parece que la Providencia quiso realzar la maravillosa unidad producida en aquella alma austera probada por el dualismo desconcertante de tan opuestas atenciones.

Aún colocadas sus hijas mayores en la Casa de Dios y su hijo y heredero en su hogar propio, y cuando anhelaba por llegar al terreno firme de su vocación de fundadora, jamás desatendió a sus hijas menores y a sus nietos.

El epistolario de familia que de ella se conserva da testimonio irrecusable de lo que aquí apuntamos: y la historia íntima de sus hijitas menores nos dice cómo las cuidó, y regaló y guió personalmente hasta que dieron con la postura firme en la que el Señor las quería. De las que vivían en el Monasterio de Vallbona sabemos que recibían carta mensual de su adorada madre; y aunque no conste lo mismo de las otras

tres hermanas, podemos y debemos suponer lo propio, pues la M. Joaquina era la ecuanimidad y la ternura en su más nítida expresión. Su hijo don José Joaquín, perseguido por sectarios y adversarios políticos, metido en la cárcel, destituido de su empleo en Barcelona, prófugo en Francia, o despojado de su patrimonio del Escorial, encontró siempre en su madre el paño de lágrimas, la voz de ternura, íntimamente consoladora, llevándolo hacia Dios, santificando sus penas y aconsejándole como si no hubiera tenido que hacer otra cosa aquella mujer abrumada de responsabilidades de un orden espiritual, incompatible para la mayoría, con las preocupaciones de carne y sangre.

Admiremos, pues, esa unidad de carácter en situaciones tan antagónicas: admitamos de buena gana que, pese a todas las apariencias, doña Joaquina de Vedruna nació para vivir de Dios y para Dios, y lo realizó; pero que al mismo tiempo vivió para sus deberes del mundo, se adaptó a ellos con una ductilidad prodigiosa, que hacía resaltar más su firmeza y tenacidad congénitas. Supo ser firme sin ser exclusivista y obstinada: supo ser flexible sin ser voluble ni antojadiza. Desde las alturas de su fe religiosa, iluminada constantemente por la oración y comunicación con Dios, pudo desafiar todas las antinomias de su vida: supo esperar contra toda esperanza; y si el santo director que Dios le de-

para la desvía de su camino hacia la soledad del claustro, ella sigue el desvío como tomó la curva del matrimonio para llegar a donde Dios quería; la misma dualidad casi irreductible del objeto propio del Instituto que fundó y de la que dimos la razón en otra parte, exigió de la M. Joaquina, con la fijeza de su carácter, la adaptación a cosas tan variadas como son enseñar en colejos a las niñas, educarlas y cultivar su alma, y asistir a los enfermos en sus casas y en los Hospitales; realizándolo todo tan a maravilla, según las circunstancias, que no había más que pedir, ¿Que esto mismo era acentuar demasiado su vida activa con menoscabo de la vida contemplativa?... No lo pensemos: aquel espíritu magníficamente dotado y equilibrado sabrá imprimir a su Instituto lo que todos podemos notar, una mezcla de *acción y de oración* tan bien proporcionada que da a sus hijas la propia y amable fisonomía de la Madre. Este es, a nuestro juicio, el rasgo de fisonomía que caracteriza bien a la fundadora de las Carmelitas de la Caridad: es un alma fuerte, firme, segura siempre de sí misma; y al propio tiempo blanda, amorosa, dúctil, para desarrollar energías y bondades donde la reclame Dios para la niñez o para la humanidad doliente: lo que conocemos de su vida nos convence de ello, y lo que resta nos lo confirmará.

* * *

Doblemente madre.—Pero donde el carácter de la M. Fundadora desarrolló una vida más intensa fué en aquel instinto maternal que surgió en ella desde que el P. Esteban de Olot le dijo en nombre de Dios, que debía ser madre espiritual de muchas religiosas y que «ellas vendrían luego». Levantemos un poco siquiera el velo del misterio que oculta el tesoro de bondad, de prudencia y de fuerza sorprendentes prodigadas en la formación de sus Carmelitas.

Ya hicimos notar en su lugar que todo el espíritu y forma de vida de la sierva de Dios transpiró siempre el olor del movimiento inicial hacia San Francisco de Asís, el Pobrecillo, el Serafín de la tierra, la imagen más acabada de Cristo en ella. El espíritu de fervor, de emoción profunda que el P. Esteban depositó en aquel vaso precioso durante diez años de dirección trasciende después en toda su obra. Ella fué maestra de novicias hasta las perturbaciones sobrevenidas a la Casa Matriz en 1836 cuando fué necesario cerrarla. Decía una vez a la M. Josefa Casañ de S. Luis: «luego que una joven entra en el Noviciado, la amo como si siempre hubiera vivido conmigo». Las jóvenes que Dios le envió para fundamento de su Obra fueron, casi sin excepción muy selectas, almas elevadas y de prendas

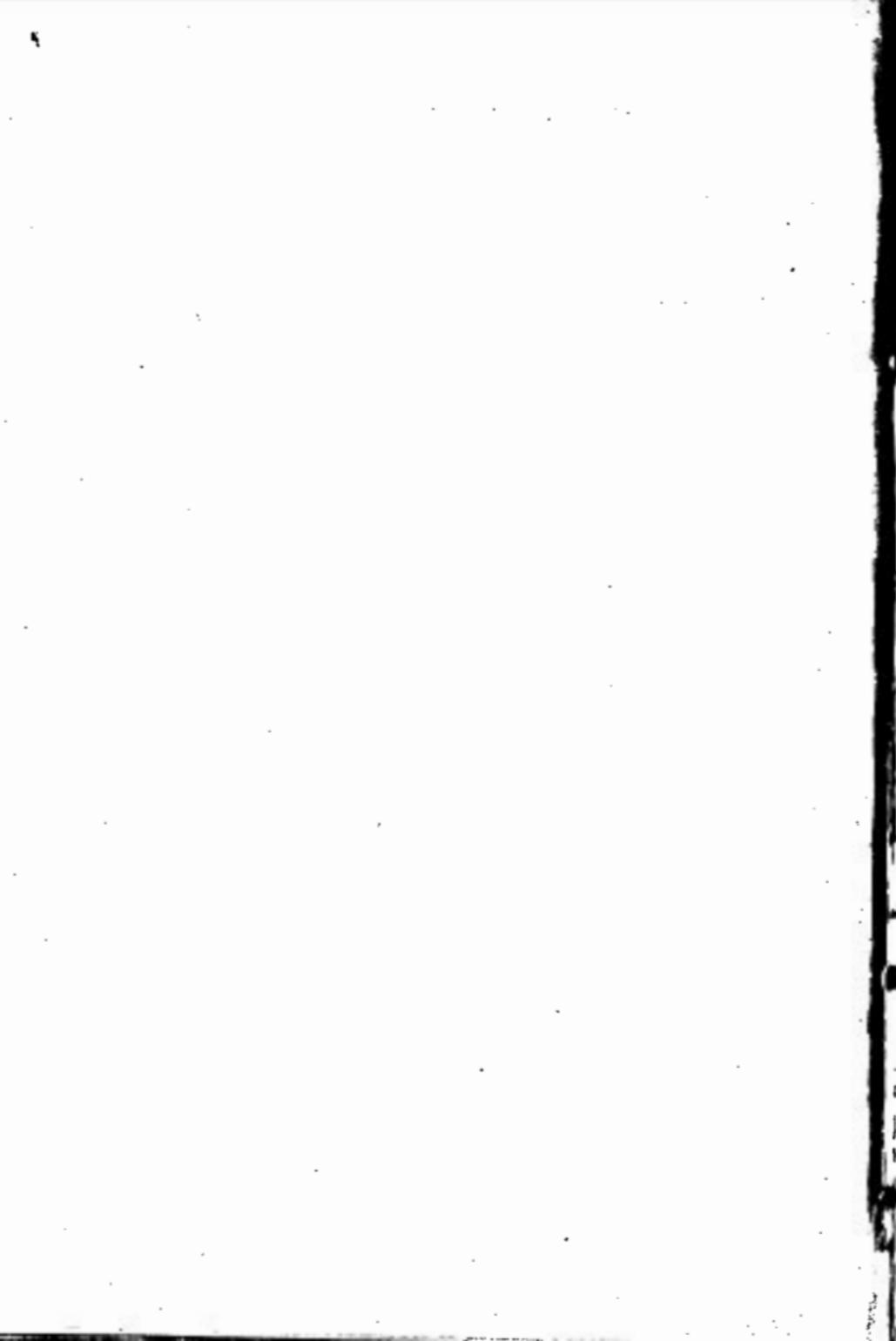
excelentes: por todas se desvivía, servíalas con cariño solícito y minucioso, dedicóse a su formación espiritual como quien sabía lo esencial de los primeros pasos en la senda de la vida religiosa: y cuando eran buenas y dóciles, no reparaba en sacrificio alguno para mantenerlas junto a sí, aunque en sus enfermedades fuera preciso gastar dinero que *no* tenía, contrayendo deudas, y procurándoles todo el alivio que su situación requería.

Las cartas, avisos, conversaciones y consejos, que se conservan escritos de aquella edad heroica del Instituto respiran sabiduría, celo ardiente, criterio práctico y desvelos maternos admirables. «Dios me conceda la gracia, decía en carta del 14 de Enero de 1846, de que entre todas mis hijas espirituales no reinen sino las virtudes, la caridad, docilidad y humildad verdaderas: que sean siempre movidas por un corazón todo de Jesús». «Sé humilde, decía a una novicia, obediente y sufrida; porque encontrarás personas que no simpaticen contigo. Sé siempre sencilla con la Madre: ten un corazón de cristal. Hay que contar siempre con los defectos de las personas con quienes se vive, so pena de no alcanzar virtud ni cantidad». ¿Quién no vé en estas sencillas exhortaciones el pensamiento profundo de la maestra, la prudencia consumada de la Madre y la dirección eminentemente práctica

de quien ha sufrido, ha probado los estados de la vida y pretende educar para Dios y para la Iglesia hijas buenas y prácticas?... Preguntaba, en cierta ocasión, a una que llegaba de afuera: «¿No has encontrado en el camino alguna cruz?...» No, Madre, le respondió muy tranquila. «Pues no habrás mirado bien; a veces hasta con pajas caídas al suelo como al acaso, se forman cruces bien pesadas: y... hay que recogerlas y llevarlas. Nosotras no amamos las cruces si no son de oro o esmaltadas con perlas. Pero... somos esposas de Jesús, no glorificado, sino crucificado. Las verdaderas cruces, hija mía, no son de madera preciosa y olorosa sino de madera abyecta y de mal olor. Esta vida es tal, que en ella es forzoso tragar más hiel que miel».

Podríamos seguir estampando aquí frases sobrias, de intenso realismo ascético, de una verdad absoluta, con las que alimentaba la vocación incipiente de las novicias y sostenía el valor sobrenatural de sus hijas tan dignas de ella. De esas palabras y de tales convicciones podremos deducir cómo sería la M. Joaquina junto al lecho de los enfermos y frente a las dificultades de su vida tales como las hemos visto desarrollarse hasta aquí. Exigía a las que habían de ser sus hijas que estuvieran dispuestas a todo cuanto la obediencia pudiera pedirles. A una que sufría mucho de sueño le escribía: «hija

mía, no duerma: mire que no hay tiempo que perder: hay que trabajar mucho». Este fervor y actividad sobrenatural llenan los años del ocaso de su vida cuando vuelta del destierro reconstituyó su Noviciado y comenzó el Instituto a extenderse por toda la península.



CAPÍTULO X

A VELAS DESPLEGADAS

Al volver del destierro.—Reapertura del noviciado. Los votos perpetuos y públicos, de las Carmelitas. —Nuevas fundaciones.



Al volver del destierro.—A mediados del año 1842 quedaban en Perpignan con la V. M. Fundadora tres hermanas solamente y dos jóvenes postulantes que la habían seguido al destierro. Tres de las emigradas habían muerto santamente en Perpignan y las seis restantes habían regresado a España conforme los acontecimientos políticos lo permitieron. La buena Madre ansiaba también volver luego, y así lo esperaba, como se lo manifestaba en carta del 3 de Septiembre, a la M. Veneranda, Superiora de la Casa de Caridad de Barcelona. En la misma deja entrever algunas de las

muchas penurias que pasaba en Francia y de las grandes preocupaciones que afligían su corazón. Le ruega que entregue a determinada persona de Barcelona unos diez napoleones que le había prestado la marquesa de Puertonuevo: apurábala en ésto, manifestando exquisita delicadeza de conciencia: y a renglón seguido le habla de enojosos asuntos de su familia que siempre la mortificaron, y le da reglas para la selección que debe hacer entre las muchas jóvenes que pedían ser admitidas en el Instituto esperando su regreso. «No recibas las que son criadas (sirvientas) no nos convienen: que no lleguen las que admitas a los veinte años, o que no pasen mucho: que sepan leer bien el latín y obras de mano y todas las labores de su sexo: ya puedes despachar a muchas; tenemos que acomodar bien las admitidas, después de mirar mucho las que tenemos». Inclúyete también cartas cerradas para sus dos hijas de Pedralbes, permitiéndose un desahogo por donde podemos conjeturar lo que sufría: «tengo, dice, el corazón partido y hecho pedazos por muchas partes».

Muchas y muy crueles heridas estaba efectivamente recibiendo, mientras preparaba su regreso a la patria. Una de las más dolorosas era, sin duda, la internación en Francia de su hijo D. José Joaquín, obligado a establecerse en Bourg-en-Bresè, sin esperanzas de verlo restituido a su hogar. Mientras en Vich, desde el

5 de Febrero de 1841 se hacía riza del patrimonio del Escorial, con ejecuciones judiciales urdidas tenazmente por sus cuñadas.

Cuando se piensa que la Madre demoraba el regreso, a pesar de los vivos anhelos de reunirse con sus hijas espirituales, mientras enviaba por delante a otras de las emigradas, se adivina fácilmente la razón que tenía en esa dolorosa tardanza. No podía, no quería hacerse parte en pleitos de herencia: además su presencia como madre del gran patriota cristiano, perseguido con saña especial por los liberales triunfantes, hubiera más bien empeorado su situación, mientras se desmembraba el solar noble de su difunto esposo y salían sus tierras a pública subasta. Publicábase esta, primero en conjunto de todos los bienes, el día 1.º de Abril de 1842; y después en parcelas o lotes, el día seis del mismo mes, por no haber habido postores para la primera publicación. ¡¡Que doloroso es, aún para nosotros que lo vemos a tanta distancia, leer el acta notarial que declara «ejecutados a los ausentes Dña. Joaquina y D. José Joaquín de Mas y de Vedrunall... Calculemos, pues, cómo sufriría la V. Madre desterrada... Finiquitáronse por fin los pleitos el día 14 de Agosto, quedando reducido a la mitad el rico patrimonio: aunque no permitió Dios N. Señor que se enajenara la casa principal del Escorial, santificada por la Fundadora y sus primeras hijas, y cuna del Instituto.

Desvanecida así la causa que retenía a la M. en Perpignan, resolví la vuelta y repasó la frontera el día 16 de Setiembre de 1843. Existe archivada en Vich, una carta de la Madre Paula Delpuig donde encontramos algunos detalles de la llegada a España de la V. M. Joaquina. «Entró, dice, por Figueras, y al día siguiente se fué a Barcelona, mandando directamente a Vich a la Madre María Farriol de Sta. Clara con las dos postulantas valerosas que tanto tiempo la habían acompañado en el destierro. Ya pueden figurarse cuál sería la alegría y contento de las pocas Hermanas que estaban en la Casa Matriz, las de esta Casa de Caridad y las de Barcelona al vernos otra vez en compañía de nuestra cariñosa y buena Madre, de la que por espacio de más de tres años habíamos estado separadas, y privadas de su caritativas y maternales instrucciones».

Y a este mismo propósito conviene copiar aquí unas palabras notables del P. Bernardo Sala, primer historiador del Instituto, el cual refiriendo aquel fausto acontecimiento dice: «El decenio de triste memoria que había transcurrido desde el principio de la guerra fatricida había sido tan funesto al Instituto como a todas las otras Asociaciones pías o religiosas. Bajo este aspecto parecía inevitable la ruina de este utilísimo edificio. Mas como estaba fundado, no sobre movediza arena, sino sobre la sólida piedra de la oración y de la abnegación de las Herma-

nas, tuvo la consistencia necesaria para resistir, con la ayuda de Dios, a la acción corrosiva de tantos y tan variados elementos de destrucción; y en cuanto llegó la Madre, bastó su sola presencia para comunicarle una nueva y vigorosa vitalidad, lo cual, en verdad, no es extraño puesto que ella era su corazón, su cabeza y su todo».

He aquí un testimonio contemporáneo harto glorioso y elocuente en favor de la Madre y de las Hijas. Pensemos nosotros en la íntima satisfacción de la Madre al recibir los primeros abrazos de sus queridas hijas con las consoladoras noticias que luego le llegaron de todas partes, demostrándole que no había trabajado en vano. Las dos firmes columnas que habían dado vigor a la obra emprendida por la M. Joaquina, fueron, en Vich, la Madre Paula Delpuig y en Barcelona, la Madre Veneranda Font. Tenemos sobre ésto un testimonio brillante que no debemos dejar sin transcribir aquí, siquiera sea en parte. El General Espartero había bombardeado la ciudad condal el 3 de Diciembre de 1842. Las escenas de confusión y de dolor que sucedieron entonces no son para describir; pero en lo que se refiere a nuestro propósito se destaca entre ellas como figura valerosa y providencial la Madre Veneranda que tuvo alma y coraje para conservar la serenidad en los más críticos momentos, y aún para comunicarla a todos. Lejos de ponerse en salvo con los que hufan despavoridos, ella con

las Hermanas de la Casa de Caridad fué el consuelo de los que se quedaban y resistían y caían heridos. Así se desprende del valioso documento firmado por el Presidente de la Junta de Barcelona el Barón de Baltá, en 18 de Diciembre de 1843, que dice: «Dignamente ejerce V. el cargo en esa casa de Caridad. Su Instituto puede envanecerse de contar a Ud. y a sus Hermanas en su seno. La Junta sabe que V. y sus compañeras han sido constantes en el servicio de los pobres en los pasados días de trastorno; y que en las horas fatales del bombardeo no tuvo V. otra idea que la de recorrer constantemente la Casa, dando las más acertadas disposiciones con un celo y diligencia muy superiores a su sexo». Sigue -después el Presidente en otras elevadas consideraciones y concluye pidiendo al cielo «que recompense a las Madres ya que la Junta no sabría qué darles digno de su heroísmo».

La M. Paula, al frente de la Casa de Caridad en Vich había merecido un testimonio análogo de la Junta Municipal en 1844, aplaudiendo su labor en la educación de las niñas y en el cariño maternal con los desamparados. Una buena prueba de la influencia positiva que las Hermanas tenían entre lo más selecto de la ciudad es la que dieron los vicensés al ver puestos en remate los bienes de la M. Joaquina de Mas: pues no se presentó postor alguno de la ciudad en la primera publicación: y en la segunda, por lotes, el

postor que se quedó con ellos tuvo como un remordimiento de poseer cosa sagrada y propuso devolver todo al nieto de la Fundadora

¡¡Qué consuelo para el corazón de esta santa mujer palpar el ambiente de cariño, de respeto y de veneración que sus buenas hijas se habían conquistado en su ausencia!! Pues lo que sucintamente hemos podido comprobar de las de Barcelona y Vich se repitió respecto de las de Cardona y Solsona, que se mantuvieron en sus puestos de honor sirviendo a los heridos y enfermos y defendiendo la propia vocación en trances apurados que, a veces, les obligaban a esconderse durante varios días en la montaña.

* * *

Reapertura del Noviciado.—Así se comprende bien el gran número de jóvenes piadosas que pretendían tomar el santo hábito del Instituto, como lo notificaba la M. Veneranda a la Fundadora: y la cuidadosa selección que pudo hacerse admitiendo las mejores, en cuanto se reabrió el noviciado en la Casa Matriz de Vich. Esto es lo primero que preocupó a la sierva de Dios. Traía consigo del destierro a una de sus primeras discípulas, la M. María Sabatés, en quien podría descansar la carga de Maestra de novicias, como lo hizo, y tuvo la suerte de encontrar en ella una dignísima continuadora de su espíritu, como luego veremos. Para esto conviene que mire-

mos un momento, con cariño y respeto, al interior de aquel plantel de almas elegidas, núcleo vigoroso que reanimó para una vida ya secular la obra de la M. Joaquina. A los apuntes de una novicia que tuvo la suerte de vivir en compañía de la Santa Madre desde 1848 a 1850 debemos algunas preciosas noticias sobre la estructura moral y espiritual que supo dar al Noviciado, en el cual quería que se cultivaran, como fundamento de toda la vida religiosa, tres virtudes principalmente; «el espíritu de virilidad, de humildad y de diligencia»: «del Noviciado, decía a la M. Sabatés, hemos de sacar las almas fuertes, humildes y diligentes»: eran las características de su propia fisonomía moral, sobre las que Dios levantó un monumento de santidad admirable, y quería que sus hijas fueran lo mismo.

Las anotaciones de la susodicha novicia recuerdan que la Madre solía decirles: «Figuraos, hijas mías, que habéis ido al jardín y habéis cogido un canasto de frutas muy hermosas para regalarlas a un gran señor, a quien debeis muchas atenciones, pero, antes de presentárselas, os vence la golosina de tomar un bocado de cada fruta. ¿Qué os parece? ¿Os atreveriais a presentarlas así afeadas y mordidas?... Claro está que nó: pues eso hace la hermana que se deja vencer por la pereza en las cosas de Dios; por poco que sea se las dá después afeadas y mordidas».

Para desarrollar en las novicias iniciativas propias y saber de qué eran capaces, «quería que se aprovecharan los recreos, donde la Madre Maestra de novicias hacía sentar a todas en rededor de una imagen de la Virgen del Carmen, y señalaba por turno a una de ellas para que explicara un tema: quería que el tema y su explicación fueran espontáneos, y que saliesen de lo más íntimo del corazón de cada una». Aún los juegos de los días festivos, con el criterio de aquella mujer admirable, debían producir una enseñanza gráfica y objetiva que, elevando el espíritu de las jóvenes, las aficionara al trabajo y avivara en ellas el amor por Dios, la comprensión de sus misterios y el celo por su divina gloria. «Cada Domingo, dice la novicia, hacíamos juegos diferentes: un día hacíamos el juicio particular de una Hermana buena, otro día el de una Hermana mala. En algunas fiestas como la de Pentecostés, pasábamos los recreos, después de merendar, representando a los Apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo y salieron a predicar por el mundo, embriagados del amor divino. Unas figuraban grupos de gentiles y judíos, y otras hacían de Apóstoles que por grupos les explicaban palabra por palabra el Credo, y después bautizaban a los que se convertían. Figurábamos también las Parábolas evangélicas, v. g. la hermosa del Hijo Pródigo, haciendo la escena de su regreso

a la casa paterna, el recibimiento emocionante de su buen padre y el banquete con que quiso celebrar su vuelta».

Así aprovechaba la inteligente Madre hasta los ratos de expansión, identificando la vida misma de sus novicias con las doctrinas y las ideas que habían de enseñar a los otros con la palabra, el ejemplo y el sacrificio personal. Sobre todo quería inocular en ellas un amor intenso, profundo, ardiente a Jesús Crucificado y a su Santísima Madre adolorida al pie de la Cruz: «Llegaba el Domingo de Ramos, dice la novicia de los apuntes, y la Santa Madre nos decía. «Hemos llegado, hijas mías, a la semana Santa. ¿Sabéis que quiere decir Semana Santa?... Yo os lo explicaré: es semana de mucha contemplación y de grandes sacrificios por nuestro buen Jesús. ¡¡Qué tristes recuerdos los de estos santos días!!... Yo os doy licencia, hijas mías, para que os pongáis tristes y para llorar; para llorar por Jesucristo, y junto a la divina Madre que llora como nosotras por Jesús». «En toda esta semana, notábase en el rostro de nuestra Venerable Madre fundadora una palidez como de muerte: sus ojos estaban ensangrentados, señal inequívoca de sus ardientes lágrimas, y de las horribles penitencias y maceraciones a que sujetaba su inocente cuerpo. Un día, mientras la comía, se leía la pasión: casi todas nos sentíamos de tal manera impresionadas con la lectura, que

no acertábamos a llevar la comida a la boca y derramábamos a hilo las lágrimas.

La Santa Madre tuvo por fin que hacer parar la lectura: tanto era lo que había conseguido de sus hijas tan amante Maestra y Madre. Pero, en cuanto se cantaban el Sábado Santo, las Aleluyas, la Madre se transformaba de nuevo: salía por los claustros con una campanilla en cada mano agitándolas rápidamente, y nos daba licencia para meter todo el ruido que pudiéramos, con todos los instrumentos que halláramos a la mano. Su rostro recobraba su habitual jovialidad y andaba como fuera de sí de puro consuelo y gozo por la gloria de Jesús Resucitado».

Quería que sus religiosas tuvieran siempre en lo más hondo del alma el manantial santo de la pura alegría: «deseo, les decía, veros siempre contentas, que comáis con gusto y durmáis bien. Alegres sí, porque al buen Jesús le gusta muchísimo habitar en el corazón de una hermana que todo lo toma con santa alegría»; y cuando notaba que alguna estaba triste solía decir con mucha gracia: «Alerta, hijas mías, que el demonio anda por casa con la cola levantada». No quiero, les repetía, que ninguna esté triste en nuestra compañía». Gustaba asimismo, la Madre Fundadora de dar suma importancia a la llegada de las nuevas postulantes. «Cuando entraba una joven bajábamos todas las novicias a la portería y la recibíamos entre demostraciones

de la más pura y cortés alegría: le dábamos un abrazo y le decíamos: gracias al buen Jesús que tenemos otra hermanita, que nos ayudará a llevar la Cruz. Subía ella luego con nosotras, la presentábamos a la V. Madre, y ella la recibía con mucho cariño y le decía: «¿Está V. bien resuelta a dejar sus padres para consagrarse de corazón, toda entera al servicio de la caridad con los enfermos, enseñando a las niñas, en donde la ponga la santa obediencia por amor a Jesús Crucificado?... Y la joven contestaba afirmativamente. Entonces la Madre bajaba con la joven a la portería para consolar a sus padres y despedirlos llenos de santa paz». «Paréceme, decía en una ocasión la M. Joaquina, entre las emociones primeras que tuvo al llegar de su destierro, que los brazos se me alargan a grandes distancias y el corazón se me ensancha prodigiosamente para recibir, abrazar y guardar en él a las jóvenes que llegan y llegarán en abundancia a nuestro Instituto». Tenía realmente un corazón de madre: y de madre muy bien probada en la vida y en el amor.

Para con las niñas que acudían a sus colegios, muy luego florecientes, sentíase también como madre, y quería que las pequeñitas estuvieran con las Hermanas, como en su casa. «Nos exhortaba a que cuando estuviésemos en la clase, mirásemos a las niñas como carbones apagados, y que nos figurásemos oír a Jesús diciéndonos:

«Mira ese carbón: enciéndelo en mi amor si quieres darme gloria: esa niña te la encomiendo para mi gloria». «Nos decía también: «No permitáis que ninguna niña salga del colegio enfadada, sino que si hubiese habido motivo de disgusto, antes de la salida la habéis de tranquilizar y convencer de la que estimáis mucho: regaladle alguna cosita, para que la niña vuelva contenta al colegio. Con las que son muy tercas y de mal gobernar, no os irritéis demasiado, pues lo echaríais todo a perder, antes portaos con dulzura para ganarles el corazón, y, a veces haced como que no las véis; si lográis así ganarles el corazón les haréis mucho bien. Pero todo esto, no por complaceros a vosotras mismas, sino por el bien de las niñas y por dar gloria al buen Jesús». ¡¡Ojalá pudiéramos continuar entresacando de las notas de la Novicia, cuanto la sierva de Dios hacía para la formación de sus hijas y para prepararlas a la vida de acción que las esperaba a la salida del noviciado. Por lo poco que hemos apuntado podrá el lector darse cuenta de la admirable prudencia de la M. Joaquina como educadora, y de la precisión y objetividad de los preceptos o instrucciones que daba a las otras, adelantándose en más de cincuenta años a los preceptos de la moderna pedagogía, tan bien aplicados en los colegios que mantienen sus buenas hijas.

* * *

Los votos perpetuos y públicos.—Dadas las circunstancias, de todo punto anormales, que habían rodeado la cuna y la infancia del Instituto, no fué posible llegar a la estabilidad canónica necesaria, para las religiosas y para su Obra misma. Pero ahora la importancia adquirida por el número y la estimación de los Prelados y de los pueblos que la solicitaban continuamente para Hospitales y Colegios, dieron a entender a la Fundadora que había llegado el momento de formalizar definitivamente la situación de sus religiosas, por la profesión pública de votos perpetuos de las que ya estaban bien probadas.

Conseguida la necesaria autorización del Sr. Vicario Capitular (s. v.) el día 8 de Febrero del año 1844 celebróse la primera solemnidad pública del Instituto como tal, pronunciando sus votos perpetuos en la Casa Matriz la Madre Paula Delpuig de San Luis y Raimunda Rivas de S. Joaquín. No se varió en lo substancial la fórmula usada por las profesantes hasta entonces desde que la sierva de Dios la había consagrado por sus propios votos el día 6 de Enero de 1826 ante el Ilmo. Sr. Corcuera: pero de privada que era y hecha en el fuero de la conciencia, quedó firme y válida en el fuero externo eclesiástico, y quedó encuadrado el Instituto dentro del Derecho Canónico.

Fué este acontecimiento de gran consuelo para las Religiosas que hicieron lo propio en las distintas casas establecidas; pero sobre todo la M. Joaquina vió en ello el sello de Dios sobre una Obra tan penosamente sostenida hasta allí. Conseguió luego el uso perpetuo de la Capilla de Santa Eulalia para las novicias y pudo ampliar el sitio del noviciado para recibir las en mayor número. Pero a compás de aquellos pasos firmes y de tanta satisfacción no faltaron a la buena Madre amarguras íntimas que Dios le preparó donde menos podía sospecharlo al llegar de la emigración. Gobernaba la Diócesis de Vich, como Vicario capitular s. v. el M. Ilmo. Sr. D. Luciano Casadevall, decidido protector de las Carmelitas y que se entendió muy bien con la M. Paula, todo el tiempo que duró la forzosa ausencia de la M. Joaquina. Pero cuando llegó ésta fué por él recibida con notoria frialdad, como indica la Madre Paula Depuig, y aún tuvo que soportar en silencio el retraimiento calculado del confesor de la Comunidad que apenas quería escucharla. «¿Qué motivos había para que tratase con ese mortificante desvío a la sierva de Dios, quien parecía hubiese de alegrarse más de su presencia?...»

La M. Paula, que es la que lo hace constar como testigo de mayor excepción, no creyó prudente ser más explícita, siendo como era la confidente íntima de la M. Fundadora. Pero el P.

Nqnell, minucioso investigador de todos los incidentes aún pequeños de su biografiada, avanza una opinión que creemos muy razonable. La sierva de Dios, dice, tuvo que buscar un asilo en Berga por un tiempo, y después otro más largo en Perpignan contra las persecuciones personales de que era víctima por ser madre de un hogar notoriamente afecto a D. Carlos, por cuyo reinado peleaba en los campos de batalla D. José Joaquín de Mas y de Vedruna desde el primer día de las hostilidades, en lugar siempre preferente. Los que tuvieron que soportar las calamidades inevitables de la larga guerra sin participar de los entusiasmos carlistas, aún siendo buenos cristianos, no podían justificar la consiguiente perturbación civil y religiosa que la contienda acarreaba. Uno de éstos era el Sr. Vicario Capitular de Vich, quien, apreciando en lo que valía la Obra de la M. Joaquina, no podía tenerle simpatías personales por las causas dichas.

Aún nos atrevemos nosotros a indicar otra razón o motivo mejor documentado como veremos en el capítulo siguiente: parece que el señor Casadevall, en fuerza de considerarse único superior inmediato de las Carmelitas, dispersas y huérfanas durante la guerra, acabó por vencerse de que ese dominio debía perpetuarse y tratar con la Fundadora como lo había hecho con la M. Delpuig, sin reconocer en ella más

autoridad que la que él quisiera delegarla. Pero ante la vigorosa personalidad de la M. Joaquina, llamada por Dios y probada sobradamente para la obra en que estaba empeñada, debió sentirse contrariado el señor Casadevall. Permittedlo Dios, sin duda, para poner a su sierva cruces y tribulaciones en un camino que le parecía ya trillado, y en un momento en que el Instituto comenzaba a navegar viento en popa: pero ella tuvo que soportar en la proa vientos desfavorables sacrificándose por cumplir con su deber. Una de las negativas que más le mortificaron fué la terminante que recibió del Sr. Vicario Capitular para usar en público el hábito religioso completo, como se lo había pedido, cuando se dió cuenta de que las pasiones políticas se hallaban en calma. Tuvo que esperar aún cuatro años para ver sus deseos cumplidos.

* * *

Nuevas fundaciones.—Buena prueba del florecimiento del Instituto y del favor público de que gozaban las Religiosas Carmelitas de la Caridad cuando la M. Joaquina empuñó las riendas del Gobierno y se propuso afirmarlo bien, fueron las fundaciones verificadas en los cuatro años después de su vuelta de Francia. A los dos meses de estar en Vich, tuvo que atender el llamado del Municipio de San Juan de las Abadesas, donde las Hermanas se encargaron del Hos-

pital y de un hermoso Colegio de niñas. Tratando de esta fundación cuentan las crónicas el caso curioso de una probada obsesión diabólica con que el enemigo de las almas trató de impedir que las niñas de la población fueran al Colegio abierto por las Madres. Se propuso infundirles terror hostilizando a tres hermanitas con visiones horripilantes por el camino de su casa al colegio: cuando a pesar de ésto llegaban al Colegio, rompía muebles y utensilios de labor, rasgaba hoja por hoja los libros de estudio de aquellas buenas niñas; haciéndola pedazos los paños donde cosían o bordaban, hasta tal extremo que el Sr. Obispo tuvo que enviar allá un sacerdote autorizado para leer los exhórcismos que la Iglesia tiene para lanzar los demonios: después de lo cual se dieron por vencidos y tuvieron que aguantar la guerra que las Carmelitas les hacían educando para Dios a las niñas. Así se lo anunció la M. Joaquina, exhortándolas a ser constantes «pues antes se cansaría el diablo que Dios por quien trabajaban». En 1845 fueron llamadas las hermanas a Arbucias, y en 1846 hizose la fundacion de Balaguer y las Borjas Blancas: en 1847 abrió la Madre un hermoso plantel de educación para niñas en Rivas: y llevó las Hermanas a los hospitales de Olot y de Igualada, cumpliéndose después de catorce años largos para esta villa-ciudad la predicción del P. Esteban cuando consoló a la Fundadora por

las resistencias que imposibilitaron su establecimiento en ella al principio de su vocación.

A todas estas fundaciones iba la sierva de Dios siempre, como otra Teresa de Jesús, afrontando con santo valor y alegría todas las molestias de los caminos que hacía montada en humilde jumentillo; y las mil dificultades y entorpecimientos que a última hora le suscitaban los enemigos. Y cuando todo estaba allanado hacía ir a sus religiosas, las acompañaba un tiempo prudencial y se volvía a la Casa Madre de Vich para cultivar con todo esmero su plantel querido de donde tenía que proveer a tantas necesidades tan insistentemente expuestas a su celo y buen corazón.

En uno de esos largos intervalos de reposo fué cuando la Madre emprendió la tarea de completar las Constituciones escritas, por el P. Fundador, añadiéndoles algunas cosas que él no pudo detallar por haberlo sorprendido la muerte, pero que dejó dictadas substancialmente a su fiel discípula.

Con esas notas quiso la M. Joaquina fijar bien los fines del Instituto: detalló con toda precisión la clase de preparación que debían tener sus hijas antes de dedicarse a los trabajos propios de su vocación, explicando admirablemente las cualidades de las que deberían ser dedicadas a la enseñanza de las niñas. Puso luego la mano en la parte disciplinaria interna del Instituto, fijan-

do en tres años el Gobierno de las Superiores locales, «que han de estar siempre en lo eclesiástico sometidas y obedientes a los Prelados de las diócesis donde vivan». Quiere que la Superiora General sea vitalicia, como lo era en muchas Congregaciones, antes de la promulgación del Código del Derecho Canónico: y que debía mantener su cargo mientras «tenga, dice, claridad de entendimiento». Y para demostrar a sus hijas en cuanto aprecio tenía el espíritu infiltrado en su Regla por el Padre Esteban de Olot, a quien llamaba invariablemente «nuestro Fundador» insinúa la idea de que «su sucesora sea una de las primeras que entraron en el Instituto», y *que haya conocido al P. Esteban*. Bien sabía ella lo que puede en pro de la observancia regular la tradición conservada en las primeras impresiones y fervores con el recuerdo del Fundador, para entender bien el espíritu de las leyes.

A este propósito no podemos resistir a narrar aquí un hecho genial de la M. Joaquina, que demuestra lo arraigado que vivía en su alma el de espíritu aquel hombre providencial que la guió en sus primeros pasos. Hacía de esto diez y seis años; pero mirando hacia atrás y viendo el camino escabroso recorrido y el momento solemne en que se encontraba, totalmente huérfana de un padre como el que Dios le había llevado al cielo, sentía cada vez más vivo el deseo,

muy natural, de tener una imagen de aquel venerable capuchino, para su edificación y la de sus hijas. Ella conservaba grabado en su alma el retrato de su austera fisonomía, pero no podía reproducirlo en el lienzo: no sabía pintar poco ni mucho. Llamó, pues, un día, a la M. María Sabatós, Maestra de Novicias, y que pintaba bien, y le dijo: «quiero que me pintes un cuadro del P. Fundador; tiempo hace que estaba pensando a quien lo encargaría, y creo que tú lo harás bien». Pero, Madre, le dijo la Maestra, yo no conocí al P. Esteban. ¿Cómo voy a pintarlo sin tener algún modelo? A esto replicó la Madre dándole algunas indicaciones de lo que ella veía en su interior, y relatándole cuanto podía darle una idea exacta del personaje. Con esto la M. María Sabatós se fué y obedeciendo puntual, se puso a pintar: cuando hubo delineado su cuadro, fuese a ver a la Madre para ver si estaba bien; pero ella no le encontró parecido. Insistió no obstante en su mandato y le dijo: «mira, retírate a tu celda; haz oración; quiere de veras obedecer y encomiéndate al Padre para que él te enseñe a pintarlo». Y sucedió que aquella noche la M. Sabatós, preocupada con su idea, soñó con el P. Esteban: mostrósele éste muy claro y le dijo: «Mírame bien, ten lo y lo harás». Aquella imagen quedó fija en la mente de la que dormía, con toda viveza; y al levantarse se puso a pintar lo que había visto en sueño: y cuando después

de algunos días consideró acabado el cuadro, fué a enseñárselo a la M. Fundadora, quien le dijo muy alborozada: «ahora sí que lo has hecho exacto: así era. ¿Ves como te dije yo que lo harías bien?».

Recordaba después la M. Maestra a las novicias esta anécdota familiar para ponderarles, con una experiencia personalísima, lo que puede la santa obediencia.

CAPÍTULO XI

HACIA EL OCASO

Nuevo Obispo de Vich.—Cambio de régimen en el Instituto.—Las consecuencias.—Decae el vigor físico de la Fundadora.

Nuevo Obispo de Vich.—Doce años largos de orfandad llevaba la diócesis de Vich desde la muerte del ltimo. señor Corcuera: las vicisitudes de los tiempos impidieron darle oportunamente un digno sucesor, y fué gobernada en la vacancia por el Sr. Casadevall, como Vicario Capitular según hemos indicado en el curso de esta historia. Vino por fin el nombramiento del nuevo Prelado, y recayó en el mismo señor D. Luciano Casadevall, con gran regocijo de los vicenses, pues era muy activo y prestigioso.

Ya vimos en el capítulo pasado las relaciones

un tanto tirantes entre este señor y la V. Madre Fundadora, a pesar de ser él, acérrimo defensor de su Obra, y el testigo más abonado de la eficacia de su acción durante los tiempos turbulentos en los que le tocó gobernar la diócesis. La rotunda negativa que había dado a la Madre el año 1844 cuando le pidió usar públicamente el hábito, toca y manto adoptados por su Regla, se mantuvo inflexible durante otros cuatro años. Pero cuando llegaron las Bulas de preconización para el nuevo Obispo, insistieron las Religiosas en su petición, como albricias del alto puesto a que llegaba el Sr. Casadevall, y tuvieron el consuelo de recibirlas, pues se les permitió salir a la calle con hábito de monjas. Así se lo notificó a la Madre el Prelado por decreto del 28 de Enero de 1848; y desde aquel día las MM. Carmelitas usan el santo hábito que las distingue de todas.

Mientras la Madre pasaba el invierno de este año en Barcelona, sobrevino a la ciudad de Vich una nueva tribulación: fué bloqueada en Diciembre de 1848 por los soldados del célebre guerrillero carlista Cabrera, irreductible a los términos de paz tanto tiempo concertados, y que se hizo temible en Cataluña con sus fuertes montoneras llamadas «Matinés». Todo estaba en peligro ante aquella sangrienta acometida que renovaba los horrores de la pasada guerra. La sierva de Dios sufría lo indecible por la suer-

te de sus Hijas, y sobre todo por no poder comunicarse con ellas hasta mediados de Enero. El día 16 escribió una carta a la M. Maestra donde le decía: «Viva Jesús»: quiero que estés buena, y que lo estén todas. Para últimos de Febrero podrás venir a pasar unos días. Hija mía, si puedes, haz una visita al Sr. Obispo, de mi parte, y le dirás lo mucho que he pensado en él durante estos días, y lo mucho que por él he rogado para ayudarle a llevar su tribulación». En la misma carta se congratulaba «de que el R. P. Bach, confesor de la Casa Matriz, esté ya bien y en salvo», concluyendo así: «hijas mías, sabed que hasta el día de la Purificación de la Virgen, todos los días me hallaréis en espíritu en la cueva de Belén. Sí, hijas mías, adoremos juntas al buen Jesús: démosle de nuevo nuestros corazones, para que de nuevo y más ardan en su amor, y siempre amor, para siempre, en todo, con todo y por todo. Así sea: Amén. Vuestra miserable madre Joaquina del Padre San Francisco».

He aquí una carta admirable en medio de su sencillez maternal, que revela las profundidades de aquel corazón todo enardecido en el amor divino!!... ¡¡Con qué amable deferencia manda saludar a su Prelado!!... De ella se desprende también que éste les había concedido para confesor ordinario al mismo benemérito Padre Bach, del Oratorio de San Felipe, a quien en-

contraron en Perpignan y que tanto las ayudó durante su largo destierro.

En 1849, pasado el invierno, encontramos otra vez a la V. Madre Fundadora en Vich, preocupada intensamente de su querido Noviciado: allí es donde dió dos sencillas pero concluyentes pruebas de su don de oración aprovechándolas como enseñanza objetiva para las novicias.

Declaróse por la noche un voraz incendio. Como puede suponerse, las religiosas y las novicias corrieron despavoridas a reunirse con su santa Madre, la cual, con admirable presencia de ánimo las hizo llegar a todas al Oratorio, púsose en oración con ellas y les dijo: «nada temáis, esto es un ardid del demonio para quitarnos la Santa Comunión; que ninguna tome nada, todas han de comulgar, porque Jesús reserva a una de las presentes una gracia singular». Con lo cual recobraron todas buen animo, y el fuego no dañó a nadie, ni aún en la cocina donde había prendido.

A los pocos días, mientras la V. Fundadora, estaba con la Comunidad en la oración en el coro, oyóse un fuerte campanillazo en la portería; acudió presurosa la Hna. portera, y volvió luego para decir a la Madre que un caballero, muy principal a juzgar por las apariencias, la esperaba: que necesitaba hablarle urgentemente de un asunto importante. La Madre respondió

«no bajaré... no quiero bajar». Quedóse con esta seca respuesta la Hermanita portera sin saber qué hacer, pues no creía prudente volver con aquel árido mensaje; y cuando así estaba le repitió de nuevo: «vaya y cumpla lo mandado». Volvió, pues la Hermanita, la cual había dejado la puerta bien cerrada, el caballero en el recibidor y se había llevado consigo las llaves. ¿Cuál no sería su asombro cuando vió que no había nadie?... quedóse toda pensativa y se volvió a la oración. En cuanto terminó el acto de Comunión, la sierva de Dios, llamó a la portera y le preguntó sencillamente: «¿dónde dejaste al caballero que me llamaba?»... Ay .. Madre! replicó ella, no puede V. figurarse el susto que he tenido: volví y no encontré a nadie: no puedo explicarme por donde se ha ido el apuesto caballero». Entonces le dijo la sierva de Dios: «¡Ah, tonta! ¿No ves que era el demonio que quiso turbar nuestra oración?... Esto lo sabía yo: por esto le respondí con tanta decisión, que no quería bajar».

En Septiembre de este año de 1849 pasando la santa visita por las Casas del Instituto, aprovechó para llegar hasta Vallbona y ver a sus dos hijas religiosas en el Real Monasterio de aquel pueblo. Pensemos las emociones maternas de aquel gran corazón al ver y abrazar y besar después de tanto tiempo a sus queridas hijas!!... Y sucedió, que, parte las fatigas de los viajes,

parte sus gravísimas responsabilidades y la constante actividad en que vivía, con la fuerte emoción de la visita determinaron un grave y alarmante ataque de apoplejía que sobrevino a la sierva de Dios y que puso en peligro su preciosa vida. Sus afligidas hijas, la Comunidad toda y la M. Farriol que la acompañaba prodigaronle toda suerte de cuidados hasta que estuvo fuera de peligro: y entonces vino de las Borjas Blancas la Madre Claret de Sta. Teresa, Superiora de aquella casa y se la llevó allá hasta que recobró totalmente la salud.

Al regresar a Vich de nuevo para seguir ocupándose personalmente de toda la marcha del Noviciado, tuvo un consuelo extraordinario. Eran los últimos días del mes de Diciembre, cuando llegó a Vich su amado hijo D. José Joaquín que regresaba del largo destierro de diez años, impuesto por su inquebrantable fe en la causa del Catolicismo en España. La buena y santa Madre lo abrazó, lo besó y humedeció con tiernas lágrimas aquella frente altiva, irreductible ante todas las persecuciones y vejámenes de los enemigos de Dios y de la patria cristiana. Fijó luego su residencia y la de su familia en las Casas del Mas del Escorial, libradas de la forzosa enajenación judicial: su patrimonio habíase reducido a menos de la mitad; y fué preciso pensar ganarse la vida con su trabajo y el de sus hijos. Al mayorcito llamado Luis, le die-

ron una clase de dibujo en la Academia de esa ciudad: así se desprende de una carta cariñosa de su santa abuelita desde Barcelona, del 19 de Enero de 1850, por lo que le bendice y le exhorta a trabajar, a tener fe en Dios «que gusta de los que son humildes y trabajadores y obedientes a sus padres».

* * *

Cambio de régimen en el Instituto.—Hemos visto en el capítulo pasado el empeño que puso la M. Joaquina, en cuanto emprendió la reconstitución del Instituto en completar las reglas prescritas por el P. Fundador, con los apuntes del mismo que ella guardaba. Cuando concluyó su trabajo rogó al V. D. Antonio Claret, Fundador de la Congregación de los P. P. Misioneros del Inmaculado Corazón de María en Vich, cuna del mismo, que, antes de irse a Cuba para cuya arquidiócesis estaba presentado, redactara en limpio lo que ella había preparado, y agregase algunas reglas de buen gobierno que creyera oportunas para afirmar la canonicidad de las Constituciones de las Hermanas Carmelitas de la Caridad. Así consta de una carta muy posterior por la que el Ilmo. P. Claret escribía a la M. Paula Delpuig que le había pedido noticias de aquella revisión a él encomendada. No era cosa tan llana al eminente Prelado, satisfacer a un tiempo al Sr. Casadevall y a las muchas y bue-

nísimas hijas de la V. Madre Joaquina, felices hasta entonces con la Regla profesada, y amantes y apasionadas de su única Madre y Maestra. Sabía muy bien que el Prelado diocesano deseaba ejercer sobre la Casa Matriz y aún sobre todo el Instituto una superioridad inmediata y universal, aún en el régimen interno; y comprendía, por otra parte, que las Carmelitas Escorialesas (así las llamaba él) a quienes conocía y estimaba mucho, sufrirían con cualquiera modificación que las sacara de la inmediata sumisión a la Fundadora. Con todo, haciendo prodigios de prudencia emprendió su obra; pero en la Regla 4.^a establece que «hallándose la Casa Matriz en la ciudad de Vich, debe el Instituto ponerse bajo la protección y amparo del Prelado diocesano. Todas las religiosas tendrían sumisión, respeto y obediencia al Prelado que fuera del Obispado de Vich; éste será el que eligirá al Director General y a la Superiora General por el tiempo que le parezca».

«Cuando *reservadamente* se trataba la revisión, manifestó la Madre a dos de las Hermanas más antiguas que iba a modificarse el Gobierno del Instituto, con el nombramiento de un Director que sería Superior General. Súpolo ella en la oración y se lo manifestaba para prevenirlas y tranquilizarlas. Ellas, dejándose llevar de su natural viveza, le repusieron que no admitirían otra dirección que la suya: pero la Madre

les respondió severamente diciéndoles: «Hijas, ríndanse y obedezcan, que quien obedece siempre obra bien», añadiendo para consolarlas: «por lo demás estén tranquilas; con el tiempo las cosas volverán a su primitivo estado». Ambas profecías se cumplieron.

El Prelado vicense se hizo cargo del Instituto y nombró luego primer Director General del mismo al Rdo. P. Esteban Sala, sacerdote muy benemérito y que había rechazado la dignidad episcopal: mas la Santa Sede anuló aquel acuerdo, y restituyó las cosas a su ser normal, como diremos en el capítulo siguiente.

Saltaba a la vista el inconveniente de que el Obispo de Vich, mandara a las Carmelitas *en todas partes*, aún fuera de su Diócesis. Que tuviera a su cargo vigilar *todas las Casas* aún las establecidas en otras Diócesis; y que el Director General, *con toda autoridad delegada del Ordinario de Vich*, visitara canónicamente a las Religiosas en *todas partes* por la sola razón de tener ellas su casa Matriz en Vich. Es realmente inconcebible que todas estas anomalías, germen de perturbaciones inacabables, no llamaran la atención del Sr. Casadovall, ni pesaran en su criterio más que el celo que lo guiaba en bien del Instituto, sacado así de sus naturales caucos, e impedido para moverse orgánicamente. Pero... y aquí se nota con gran relieve la virtud de la Santa Madre; ella tenía fe segura y

firme en los designios de Dios: era aquel para ella un momento solemne en el ocaso de su vida del que dependía la unidad y la solidez de su Obra, y fió de Dios; obró con prudencia y tacto exquisitos, aún soportando de plano el golpe que personalmente recibía. Ella que había sido avisada por Dios en la oración de lo que ocultamente se preparaba, vió con el mismo espíritu sus inevitables consecuencias, aceptólas todas en cuanto eran para ella aflictivas; pero con la lógica de su carácter, firme y adaptable a un tiempo, aceptó lisa y llanamente los hechos: estaba muy acostumbrada a llegar al término deseado y previsto, siguiendo dócilmente las curvas de los caminos señalados por el dedo de Dios.

Creemos sinceramente que este es el momento en que podemos admirar con mayor entusiasmo el equilibrio moral y sobrenatural de aquella admirable mujer, con haber sido sometida a tan difíciles trances en su vida toda. Todas las dificultades anteriores le llegaban de afuera, de los enemigos de los que querían destruir su obra: ésta le vino de los de adentro, del Prelado mismo que mostró siempre reconocido interés por el Instituto. Se creaba un dualismo irreducible, puesto que habría dos Superiores Generales inmediatos. En las Reglas 5.^a y 6.^a se determinan algunas atribuciones separadas y de conjunto y concluyen: «no se hará ninguna

Fundación que no sea de común acuerdo entre la Madre General y el Director General. A los dos toca *por igual* vigilar sobre todo el Instituto. Y visitar cada uno *todas* las Casas. En catorce puntos más se dan Reglas particulares para cada una de los Oficios y Cargos de las Religiosas.

Tales fueron las adiciones hechas a la Regla de las M. M. Carmelitas por el V. P. Claret, aprobadas luego, después de un estudio prolijo, por el señor Casadevall y suscritas por los Sres. Obispos de Gerona, Barcelona y Teruel el día 7 de Octubre de 1850. Se aprovechó la oportunidad de haber llegado a Vich los Prelados nombrados, para la consagración episcopal del Ilmo. P. Claret preconizado Arzobispo de Cuba, y del Sr. Soler para Obispo de Teruel.

No cumple a nuestro propósito analizar una a una las Reglas indicadas, poniendo de relieve sus inconvenientes. Pero nos parece evidente, a todas luces que el Ilmo. P. Claret los vió y apareció debidamente: solo que le fué preciso contemporizar con las ideas del Ordinario Vicense, a quien conocía como verdadero amigo del Instituto, y acostumbrado a gobernarlo *de hecho* mientras duró la vacancia de la Sede, precisamente en los años mismos de la forzada ausencia de la V. Fundadora, y cuando todavía no

estaba del todo delineada la fisonomía canónica de aquella naciente Congregación.

Las consecuencias.—Fué un momento difícil el que se siguió a la publicación de las *Reglas-adicionales*. Dos de las Madres más antiguas habían protestado con toda espontaneidad, negándose a aceptarlas, en lo cual vió claramente la sierva de Dios los inconvenientes gravísimos que sobrevendrían si aquella actitud era imitada por otras Religiosas; si todas, como puestas de acuerdo, las rechazaban quedaba el Instituto en declarada resistencia con los Prelados de la Iglesia, y por lo tanto en una posición falsa, precursora de su total ruina. Si protestaba solamente un grupo, y otro, más o menos grande quedaba adicto al Prelado, se producía una división, síntoma inequívoco de muerte. Ante esta dolorosa disyuntiva, amparada en la oración, en el espíritu de Dios que la sostenía y demostrando tacto y habilidad admirables, supo evitar los dos escollos, sometiéndose tan lisa y llanamente a lo acordado por los Prelados, aceptándolo con tal singular alegría que consiguió maternalmente que cuantas estaban cerca de ella participaran de su tranquilidad: desbarató así el bien combinado plan del enemigo que quiso aprovechar lo acordado por los Obispos, para arruinar el Instituto.

Respecto de las ausentes, la misma Madre Joaquina se anticipó a las noticias oficiales, y a la impresión definitiva de la Regla y Constituciones, escribiendo cartas saturadas de habilidad, de buen sentido y llenas de firmeza. Vaya como ejemplar una que se halla archivada entre muchas, escrita el 8 de Octubre de 1850 a la M. Superiora de Solsona. «Hija mía, sabrás que nuestras ordenaciones han sido últimamente aprobadas; hasta las han firmado los señores Ilustrísimos y Excelentísimos. Se está sacando una copia de ellas para hacerlas imprimir y luego a cada una se les entregará un ejemplar. Los señores Ilustrísimos y Excelentísimos estuvieron todos en casa y salieron un rato a la huerta: nos concedieron muchas indulgencias. Hijas, recibid todas, un estrecho abrazo en el Corazón de Jesús, de vuestra humilde Madre espiritual, Hermana Joaquina de Mas del Padre San Francisco».

¡¡Qué tranquilidad de espíritu revelan estas frases familiares!!... Es realmente admirable esta mujer, que en momentos tan críticos, y tratando de un asunto que sabía iba a ser de trascendentales consecuencias, consigue hablar y escribir sobre él como de un acontecimiento doméstico trivial, y aún placentero, restándole, con calculada habilidad, el significado molesto que para ella y para sus hijas pudiera tener.

Hay que decir, en honor de la verdad, que el

Rdo. P. Esteban Sala, primer Director General del Instituto, aminoró mucho, por el momento, el efecto de aquel cambio, dejando en completa libertad de acción a la V. Fundadora. Dos veces únicamente aparece firmando un documento con la Madre, y una sola vez giró la Visita Canónica a las Religiosas, llenando después esta formalidad con algunas Cartas Circulares.

Inmediata y lógica consecuencia del cambio fué la renuncia que presentó el benemérito P. Bach, oratoriano, de su cargo de Director espiritual de la Casa Matriz, para el cual fué nombrado enseguida el mismo P. Esteban Sala, y con él se confesaba la sierva de Dios con toda llaneza y confianza siempre que residía en Vich: lo cual, en verdad, no deja de probar más y más la cordialidad sobrenatural y un procedimiento de consumada prudencia para anular casi por completo el inevitable dualismo de dos jurisdicciones iguales en el fuero externo. Así se vió la uniformidad más grande en el Instituto salvado de los escollos: la Madre escribe cartas, acepta fundaciones, traslada hermanas y admite novicias y da facultad para profesar a otras, sin que para nada suene el nombre del Director General. Y como no podemos suponer que la M. Joaquina se desentendiera por propio impulso de su Superior jerárquico, hemos de aceptar que éste la dejó en completa libertad, sabedor como nadie de sus virtudes religiosas

y de su consumada prudencia: prudencia que veremos confirmada en lo que nos queda que estudiar en la vida de la gloriosa Fundadora.

* * *

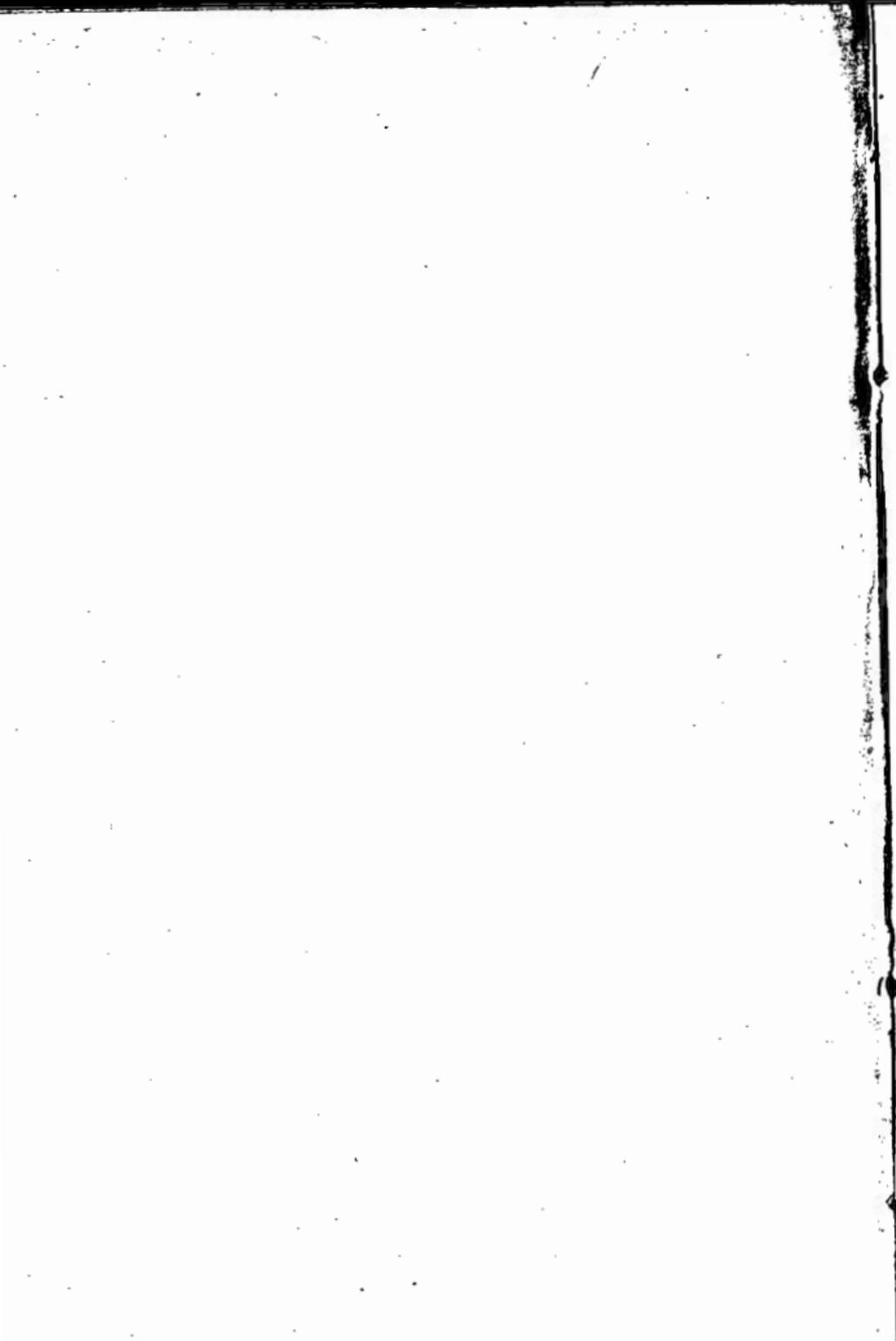
La salud de la M. Joaquina.—Entre tanto que la sierva de Dios resolvía con tan admirable tino las dificultades internas del Instituto, se movía en todas direcciones y atendía los ofrecimientos que diariamente se le hacían de nuevas fundaciones. Estableció a sus hijas en Moyá, en Falset, en Figueras, en Sampedor, en Bellpuig y en Caldas de Montbuy: poco después en Cadaqués a donde fué enviada de fundadora y primera superiora la M. Sabatós, cuando con harto dolor de la sierva de Dios, cesó por un tiempo de su cargo de Maestra de Novicias, debido a las mismas dificultades internas provocadas en el momento de la promulgación de las Reglas mencionadas anteriormente.

Siguió aún la Santa Madre atendiendo otras demandas de Hermanas agotando todos los recursos de personal, y agotando también su preciosa salud: así la vemos ir personalmente en estos años a San Feliú de Torelló, a San Feliú de Pallarols y a Malgrat. Florocía pues la obra de la M. Joaquina con notoria exuberancia por toda Cataluña: prueba elocuente y de hecho, que contradice cuanto contra el acertado Gobierno de la fundadora pudiera resultar de las sombrías

pinceladas de algunos cronistas. Los colegios de niñas principalmente tomaron gran incremento, ocupando desde entonces lugar preferente entre los fines del Instituto, pues reducidas las cosas civiles a la normalidad, las obras de caridad eran suficientemente atendidas por Congregaciones nacidas con este exclusivo objeto. La última fundación que personalmente aceptó la sierva de Dios fué la de Villafranca del Panadés. Tantos trabajos, viajes, preocupaciones y amarguras anteriores devoradas con tanto valor, acabaron por minar definitivamente el cuerpo ya enflaquecido y herido de muerte por el primer ataque de apoplejía sufrido en Vallbona. De tal manera se había entregado al trabajo después de aquel serio accidente, que fué precisa la intervención cariñosa de sus mejores hijas y aún de su Prelado para obligarla a cuidarse. Los últimos inviernos los pasó siempre en Barcelona. Regresaba a Vich al apuntar la primavera y aprovechaba lo mejor de la misma para visitar las casas y acudir a las nuevas fundaciones. Todos querían conservar por muchos años la vida de aquella valerosa mujer, que, como decía el P. Sala «era el alma, la cabeza, el corazón y el todo del Instituto».

Por ese mismo tiempo el Ilmo. señor Casadevall inició las gestiones necesarias ante el Gobierno de Isabel II de España para obtener la aprobación legal del Instituto; pero no tuvo el

gusto de verla, pues la muerte lo arrebató el día 11 de Marzo del año 1852. Este triste suceso dió ocasión a la M. Joaquina para demostrar su magnanimidad y virtud cristiana; sintió su muerte con honda pena y sincerísimo dolor manifestado a todas sus hijas por la desaparición de aquel celoso Prelado, defensor entusiasta del Instituto y promovedor de su estabilidad, pese a las incomprensiones de que hizo víctima a la V. Madre Fundadora, hasta cierto punto justificadas por las circunstancias en que le tocó actuar, pero permitidas por Dios Nuestro Señor para hacer resaltar la virtud sólida de su sierva, y la firmeza de su Obra, confiada a su divino beneplácito en medio de las mayores adversidades. En reemplazo del Ilmo. señor Casadevall, y después de casi dos años de vacancia, fué provista la Sede de Vich con la promoción a ella del Ilmo. Sr. D. Antonio Palau, heredero también del celo y aprecio de su antecesor por el Instituto.



CAPÍTULO XII

MUERTE DE LA VENERABLE FUNDADORA

**Los últimos fulgores.—Heces del amargo cáliz.—
Una pregunta y dos respuestas.—El fatal desenlace.**

Los últimos fulgores.—Era a fines del año 1852, y la Madre pasaba los últimos días que había de vivir en Vich, disponiéndose y disponiéndolo todo para retirarse a Barcelona; sentíase enferma y sabía que aquella enfermedad era de muerte. Poco, muy poco podía hacer personalmente, pero ante los acontecimientos que veía venir intensificaba más su oración envolviéndose en la luz de arriba, en sus comunicaciones con el Señor, mientras la envolvían abajo las lúgubres sombras de su ocaso y todos la consideraban ya a la luz mortecina del sepulcro. Se prescindió de ella:

y creyéndola inconsciente, la hicieron paladear los heces del amargo cáliz que había saboreado durante su larga y laboriosa vida.

Vamos, pues, a ver morir a esta insigne mujer con la gloria de los que mueren encumbrados con Cristo en el calvario, fulgurando luz en sus últimas palabras.

Presentáronse en aquellos días a pretender el santo hábito en Vich, dos apuestas jóvenes, muy decididas en su vocación; quiso verlas la Madre Joaquina, y, en viéndolas dijo claramente: «ésta, sí... ésta, nó...»; señalando con la negación precisamente a la joven que parecía mejor dispuesta y dotada de más relevantes cualidades y en atención a ellas era preferida de las Madres y del P. Esteban Sala. Quiso éste, cuando lo supo, probar por sí mismo si la V. Fundadora estaba en sus cabales, o bien había dicho aquello en una seminconsciencia. Le preguntó pues de nuevo, qué le parecía de las postulantes; pero oyó con asombro que la enferma con robusta voz, y pronunciando bien estas palabras dijo con resolución: «Esta, señalando a la misma joven de antes, no debe entrar: es voluntad de Dios que esté en su casa; y si la admitís en el Instituto, no permanecerá. tendrá que salir». No se hizo gran mérito del criterio de la Madre: *estaba enferma e inválida*: fué, pues, admitida aquella joven por quienes creyeron, más que a la Madre, a las deslumbrantes cualidades

de la postulante. Pero, al poco tiempo quedó ésta parálitica de un brazo de tal manera que, aunque se llamaron médicos y notabilidades, y se le aplicaron remedios tras remedios la novicia quedaba con su brazo muerto. Mucho les costó convencerse de lo incurable de aquel mal; por fin, determinaron enviar la novicia a su casa, como se hizo. Y ¡cosa admirable! en cuanto pasó los umbrales de ella, sanó perfectamente de su mal, sin que nadie pensara aplicarle remedio alguno. Fué una buena lección para las hijas de la M. Joaquina, quienes creyéndola inconsciente, no vieron que estaba alumbrada del cielo con una luz que debían tener bien conocida.

La última temporada que pasó en Vich, nuestra heroína, no vivía en la Casa Matriz por las razones que luego se dirán, sino en la Casa de Caridad, cuya Superiora era la M. Paula Delpuig. Llamóla pues un día la enferma a su celda, y cuando estuvo con ella, mirándola intencionalmente le dijo: «yo me voy a Barcelona: tú te quedarás y cuidarás de todo y... *del Noviciado*». Pensando la M. Paula que lo haría este encargo sin tomar bien el peso de sus palabras, le objetó que eso sería casi imposible, pues la atención de la Casa de Caridad, la absorbía por completo. Mas la V. Madre, con una entonación firme y severa, le dijo: «harás lo que te he dicho». Y «¿la Madre Claret, ¿quó hará? preguntóle ella:

«irá a otra parte» contestó la enferma. Y la Hermana Clemencia?... «ésta irá muy léjos»: aún avanzó la M. Paula otra pregunta sobre otra Hermana, y le respondió: «ésta, irá pronto al camposanto». Y, efectivamente, todo se verificó como la Fundadora lo predijo: la M. Claret, fué destinada luego a las Borjas; la M. Clemencia fué nombrada Superiora de la Casa de Madrid, primera fundación que se hizo fuera de Cataluña, mucho después del anuncio de la V. M. Joaquina, quien humanamente no podía entonces ni pensar en ello; y la Hermanita aludida murió muy luego. Creían los hombres que gobernaban el Instituto que la fundadora dormía, pero su alma muy despierta y unida con Dios por continua oración, veía desde muy alto y a larga distancia.

Pocos días después de aquella íntima escena entre la M. Paula y la M. Joaquina, dispuso ésta el viaje a Barcelona a donde iba para no volver. Recibióla en la Casa de Caridad su querida y predilecta hija la M. Veneranda Font indicada por todos para sucederla, supuestas sus virtudes de todos conocidas, y que era una de las que conocieron y trataron al P. Fundador, como lo había indicado la Madre en sus avisos para el futuro.

Acababa el año 1852 cuando la sierva de Dios, llegada a la última estación de su Calvario, comenzó a agravarse visiblemente. La M.

Veneranda cuidábala con filial cariño, señaló a la Hna. Apolonia Camps como su enfermera, y ella la visitaba siempre que sus ocupaciones la dejaban un tiempo libre. En una de esas íntimas comunicaciones, y con íntima confianza hizo esta pregunta: «dígame Madre ¿quién morirá primero, Ud. la Madre Sabatés o yo?... A lo que contestó con una amable sonrisa dibujada en los labios y en los ojos: «primero yo, después tú». Quedóse aquí en silencio y como pensando; por lo que su interlocutora le instó y le dijo: «y V... ¿morirá muy pronto?... «sí; respondió, no tardaré». No llegó a veinte meses el tiempo que la separaba de aquella profecía. «Y yo?... dijo la M. Veneranda:» «Tú vendrás muy pronto conmigo». Murió esta Madre trece meses después que la fundadora. Y... María Sabatés, insistió de nuevo, como si quisiera probar la firmeza de su cerebro: «La María, contestó, tardará mucho, mucho». Y así fué, pues a pesar de sus padecimientos y achaques, sobrevivió a la fundadora diez y siete años, para gran bien del Instituto.

Así demostraba Dios las confianzas que tenía con su sierva, para que sus hijas conservaran el recuerdo perdurable de aquella Madre relegada a la enfermería, y con la cual no se contaba ya oficialmente en el gobierno de la Congregación.

Heces del amargo cáliz.—No sin pensarlo mucho hemos querido marcar en el párrafo precedente la lucidez espiritual de la V. Madre cuando todos la creyeron incapacitada para ocuparse de las cosas del Instituto; era preciso anotar para entrar ahora en el relato de los acontecimientos que fueron lógicos dentro del concepto de esa supuesta incapacidad intelectual de la Madre.

Indicamos en el capítulo precedente que después de prolongada vacancia de la Sede Episcopal de Vich, fué llamado en 1852 a ocuparla el Ilmo. Sr. Palau. Una de las primeras providencias de este Prelado fué escribir una carta circular a las Hermanas Carmelitas de la Caridad, como Superior General nato del Instituto, según las «Adiciones a la Regla», aprobadas por su predecesor. Las saluda paternalmente, les anticipa que tiene cifradas grandes esperanzas en ellas y les anuncia algunas cosas que forzosamente debían interesarlas. Merece la pena copiar aquí los párrafos más salientes de la Circular.

«Al hacernos cargo de esta Diócesis, pusimos una mirada en vosotras, porque esperábamos que vuestro Instituto, colocado como está bajo la dirección y autoridad del Ordinario de Vich podía ser elemento de buen Gobierno y un vehículo de moralidad, no sólo para nuestra Dió-

cesis, sino para las restantes del Principado, y quien sabe, si con el tiempo, lo será también para todos los de la Monarquía»... «Están ahora practicándose las gestiones oportunas, y esperamos que a su tiempo será legalmente reconocido y tendrá todas las garantías de firmeza y estabilidad»... «La M. Fundadora si bien ha sido persona muy apta para el gobierno del Instituto, se halla hoy incapacitada por su deplorable salud. La que hacia sus veces (la M. Veneranda) persona muy aceptable también, se hace indispensable que esté al frente de la Casa de Barcelona; y para el buen gobierno del Instituto, conviene que la Superiora General esté inmediata a nuestras órdenes. El Director, don Esteban Sala, de cuyo celo y buen desempeño estamos altamente satisfechos nos ha hecho presente que no puede continuar en este cargo»... «Deseando, pues, dar a vuestro Instituto la más buena dirección y organización posible en las actuales circunstancias, hemos venido en nombrar Director General al Rdo. P. Bernardo Sala, Monje Benedictino; a la Hna. Paula Delpuig de S. Luis Vice-Superiora General: ésta se halla al frente de la Casa de Caridad de Vich». «Estad ciertas de que os amamos mucho en el Señor, y que especialmente amamos mucho vuestro Instituto: ya por el bien que de él puede esperarse, ya porque nos lo recomendó muy eficazmente nuestro antiguo amigo y ahora Hermano en el Epis-

copado, vuestro antiguo Director el Excmo. D. Antonio Claret»... «Nos reservamos dictar otras disposiciones que proporcionen al Instituto un feliz y brillante desarrollo»..... Esperamos de vuestra docilidad y de vuestro celo que nos ayudaréis a llevar a cabo *los proyectos que tenemos formado de vuestro Instituto*».

Ya nos dispensarán nuestros amables lectores esta larga cita, pero la creemos imprescindible para hacer resaltar bien la situación aflictiva en que Dios Ntro. Señor colocó a la Vble. Madre, durante los dos últimos años de su vida. Ella había dicho que la Superiora General debía ser vitalicia, o mientras le durase bien la cabeza: y como creyeron que la suya no estaba buena, le dan su Vicaria y la dejan totalmente a un lado. También había manifestado en las intimidades de sus hijas que pedía a Dios dos gracias: una quedar por un tiempo como niña pequeña sin poder valerse, y para que no la tomaran en cuenta: a lo más morir en absoluta pobreza, sobre un saco cubierto de ceniza. Dios Ntro. Señor la oyó en lo primero, pues fué tal estado a que le redujo su enfermedad, que la tenían que traer y llevar como a niña: y muchos dudaban de que pensara en algo. Las disposiciones que tomó el Prelado fueron sin consultarla; y el nuevo Director P. Bernardo Sala entró en su cargo decidido, al parecer, a hacerlo valer, y suplir de todo en todo a la Fundadora. El benemérito P.

Esteban Sala, Superior de los Hijos del I Corazón de María y uno de los Fundadores de la Congregación del V. P. Claret, había tenido tan en cuenta a la Madre en todo, y la consideró de tal suerte que apenas hizo sentir su jurisdicción sobre el Instituto: y cuando las energías de aquella valerosa Madre fueron decayendo, hizo sus veces la más antigua de sus hijas, la M. Veneranda. Pero con la nueva Dirección se tomó *ad litteram* lo establecido en las Reglas del V. P. Claret, y el efecto fué inmediato.

Bien sabía la santa Madre lo que le había costado uniformar el criterio de sus buenas hijas cuando se publicaron el año 1850: prodigios de prudencia, de su parto, y de espíritu de Dios; y de parte del Sr. Casadevall una interpretación lata de lo aprobado pudieron salvar las dificultades que se veían venir. Ahora sabe que se proyectan nuevas reformas: tal es la mente del Sr. Palau, y así lo intentó, como veremos más adelante, y ella no podía por su salud, ni debía por la total eliminación de su persona del gobierno de sus hijas, inducirlas a mirar a Dios y seguir adelante como lo hiciera antes.

Por otra parte supo que se emprendía la tarea de reformar el Noviciado, su *querido noviciado*, aquel plantel tan acariciado por sus cuidados maternales, por el que se había desvivido infiltrándole su espíritu y las tradiciones del

jamás olvidado P. Esteban de Olot, como Fundador principal; del Noviciado en donde se habían formado tan bien las buenísimas hijas que ya llenaban Hospitales y Colegios en todo el Principado de Cataluña. Tuvo con dolor intenso de su alma que trasladarse de la Casa Matriz a la de Caridad en los últimos meses que estuvo en Vich, para dejar libre paso al nuevo espíritu y a las reformas que se anunciaban «como de una mano firme que hace cumplir las leyes establecidas»; ella que había llenado aquella casa del ambiente del amor y de la santa alegría, consiguiéndolo todo con amor y por amor, con una seguridad asombrosa. ¿Cómo no había de partirsele el alma cuando supo que la M. María Sabatés, hechura suya, totalmente identificada con su espíritu, alma del Noviciado y Maestra nata del mismo quedó excluida de este cargo y destinada a otra fundación?... Así podrían sin duda imprimirse nuevos rumbos a las jóvenes novicias y al Instituto. ¡¡Pobre M. Joaquina, enferma, paralítica, tenida por inconsciente, cuando se daba cuenta de todo, y vivía unida a Dios, y fiada en El, pero sin poder comunicar su fe y su seguridad a sus hijas!!...

Es indudable que éstas sufrirían cierta extrañeza al ver por ejemplo como en la primera visita que hizo el nuevo P. Director General en Julio de 1854, anunció a las Madres, como lo cuenta la Hna. Catalina Vidal, que estaba en

Balaguer, «que quería hacer un arreglo general de todas las cosas del Instituto: este arreglo comenzó por llamarnos a todas a la capilla e imponernos *de nuevo* el santo Hábito después de bendecirlo, para que así fuéramos terciarias del Carmen con todas las gracias y privilegios anexos a la Orden Carmelitana, y dependiendo en esto de los Superiores de los Carmelitas. Terminada esa ceremonia nos hizo renovar los votos, aunque para nuestra conciencia los teníamos perpetuos. También nos dijo que no quería que rezásemos tanto, y al efecto, suprimió algunos actos comunes de piedad». Estos arres-tos y este afán de innovaciones llegaron a conocimiento de la V. Fundadora que había llevado el Instituto al estado floreciente en que se hallaba durante una vida trabajosa de casi treinta años, empeñada siempre en mantener el espíritu del P. Fundador, cuyas Reglas veneraba con religioso respeto y amor. Esto lo veían solamente las Hermanas de Barcelona que trataban de cerca a la Madre: y de lo que sufría tenemos un precioso testimonio dado por la M. María Jacoba Argila nieta suya, quien escribía, andando el tiempo, a la M. Paula Delpuig: «Sé por mi madre (doña Inés de Mas y de Vedruna) que me lo contaba varias veces, que cuando mi venerable abuela tuvo el accidente del cual quedó con el lado derecho paralizado y trabada la lengua, se tuvo el Capitulo en que Ud. fué nom-

brada Vicaria General, y que ella sufría mucho por la marcha de las cosas. Mi madre iba a verla constantemente; y una tarde la sacó en coche para llevarla de paseo hasta Pedralbes, donde vivían mis dos tías, religiosas de aquel Monasterio. En el camino, mi madre trató de consolarla, ponderándole los bienes que había traído la Fundación. Le decía: Dios la quiere a Ud. muy santa, y ha permitido todo esto que tanto la hace sufrir para significarle que el Instituto es de El, y que podrá vivir sin Ud... Dios quiere probarla más así, quitándole esa satisfacción natural tan justa; y Ud. quiere lo que Dios quiere... ¿no es verdad?... Y mientras mi madre le hablaba, mi venerable abuela apretaba, con su mano izquierda las dos de mi madre, para manifestarle que asentía a todo, y su adhesión a la divina voluntad».

Veamos en esta ingenua narración dos cosas muy al caso: primera, el cariño intenso y la sabiduría cristiana de doña Inés para con su anciana madre, prodigándole cuidados y suavizando sus penas con un bálsamo sobrenatural, cuyo uso había aprendido de ella en su infancia. Y segunda, cuan notoria sería la causa de aquellos sufrimientos, cuando una señora seglar, que, aun siendo hija de la Fundadora, debería ser extraña a las intimidades del Instituto, y más estando su santa madre casi muda para revelarlas, las podía apreciar con tanta claridad como

lo demuestran las atinadas reflexiones que sobre ellas hacia muy piadosamente.

* * *

Una pregunta y dos respuestas.—Pero, ¿por qué, dirá el lector, se procedió así en vida de la sierva de Dios?... Queremos dar aquí, antes de pasar adelante, satisfacción a esta razonable pregunta, apuntando dos contestaciones especialmente convincentes para todo espíritu cristiano: una de sabiduría humana, y la otra de arcana sabiduría de Dios.

La sabiduría humana dictaba al criterio del Ilmo. Sr. Palau y de su delegado el P. Bernardo Sala que, para encuadrar perfectamente al Instituto, con tanto tesón formado por la M. Joaquina, en el derecho Canónico y civil, mientras se tramitaban las formalidades del caso, ante la Santa Sede y el Gobierno de España, era preciso definir bien su personalidad jurídica, su objeto principal, y la forma de su gobierno. Cierta es que todo esto parecía claro y que nadie habría confundido a las M. M. Carmelitas en 1854 con ninguna otra congregación similar: tenía su jerarquía propia, y había actuado veintiocho años en la vida pública respondiendo a finalidades muy conocidas. En aquel mismo año el Prelado Metropolitano de Tarragona negociaba por su parte ante Isabel II el reconocimiento civil del Instituto esparcido en muchas Dió-

cesis de Cataluña: era pues conocido. Conocíanse bien en los Hospitales la abnegación y cuidados de las religiosas; y en los Colegios de niñas su celo y aptitudes para la enseñanza. Pero, parece, que los Directores Generales creyeron llegado el momento de hacer prevalecer en la Obra, las actividades pedagógicas sobre las benéficas con los enfermos de los Hospitales. Esto se ve bien en las tendencias y rumbos impresos al Noviciado, «con mano fuerte» según dice el P. Sala «y en las personas de más disposición que empezaron a entrar» dice el mismo. Así, en el momento de estar legalizado el Instituto y reconocido definitivamente por la Santa Sede, tendrían en sus manos un auxiliar poderoso en la instrucción de las niñas, precisamente cuando la relativa calma política, permitiría desarrollar labor eficiente en ese terreno trascendental casi sin cultivo en España agitada por tantas guerras y disensiones políticas. Así se explica bien la prescindencia que hicieron de la V. Fundadora, con quien, creyéndola inutilizada e inconsciente, no se podría contar para las innovaciones proyectadas.

El historiador de la M. Joaquina, P. Nonell, S. J. arremete briosamente contra esta prescindencia, y se esfuerza en no admitir los planes nuevos del Prelado Vicense. Nosotros respetamos su criterio, pero, por nuestra parte, nos esforzamos en encontrar justificación a los in-

tentos de un Prelado celoso del bien de las almas y que deseaba sinceramente el bien de las religiosas. Quizá estuvo mal informado: parece indudable que no fué acertada la elección de un delegado en el P. Bernardo Sala, el cual no supo presentar su acción de una manera aceptable a las que, por encima de todo, querían conservar la vida, la tranquilidad de la Fundadora y la tradición viva y palpitante del espíritu del P. Esteban de Olot.

Y si se tiene en cuenta el aspecto sentimental de la situación producida, diremos todavía que no pensaron ni por un momento hacer sufrir a la venerable anciana retirada en Barcelona: la creyeron, repetimos, inconsciente; podían pues, prescindir de sus afecciones personales; tenían al frente del Instituto a su Vicaria la M. Paula señalada por la Madre misma con mirada profética para «cuidarse de todo y... del Noviciado»; contaban además con la formación solidísima del espíritu religioso en las Hermanas todas, como lo demostraron conservándose unidas en medio de aquel aparato innovador y sumisas en todo a la voluntad de los Prelados; no tenían pues por qué fijarse en afecciones personales, muy dignas de respeto, pero a las que ellos debían sobreponer su responsabilidad, ante Dios y ante la Iglesia, del porvenir del Instituto.

Aceptados sinceramente los puntos de vista de aquellos hombres de quienes se servía Dios

para altísimos designios, paremos ahora la atención en las razones de divina y escondida sabiduría que existen para que las almas privilegiadas pasen por el crisol de tribulaciones como las que amargaron los últimos meses de la vida de la Madre Joaquina.

Todos los indicios históricos demuestran suficientemente que su inteligencia se conservó luminosa a pesar de la incurable hemiplejia que entorpecía cada día más sus miembros y trababa su lengua. Quedaba así aislada del contacto con el mundo, pero su espíritu reconcentrado fulguraba siempre que se trataba de Dios. Sufría pues en el alma: todo llegaba a sus oídos, abultado quizá y revestido de circunstancias agravantes; pero sufría porque no podía ponerse al habla con sus hijas y decirles como les decía hacía cuatro años: «¡¡Adelante!! vuestra madre sabe que es Dios el que nos guía, no os dividáis: obedeced, esperad, callad y llegaréis a donde El nos llama». No podía. Estaba retirada por inconsciente: y permitiéndolo Dios, podía suponer que su obra peligraba y que había fracasado en su vida.

Esta impresión terrible del fracaso ha sido la prueba suprema que el Señor ha enviado a muchos fundadores de Ordenes Religiosas, hoy florecientes, dejándoles morir con la visión de la inutilidad de sus trabajos. El Seráfico P. San Francisco, viva imagen de Cristo Crucificado,

casi ciego de tanto llorar porque «el Amor no era amado» tuvo que sufrir congojas terribles cuando, retirado del Gobierno de su Orden de Menores, vió las interpretaciones que muchos daban a su Regla, llenándola de *glosas*, y empeñados en adaptarla a la capacidad de los menos fervorosos. Y murió así, dejando su espíritu prendido en sus cuatro o cinco primeros compañeros que lo comprendían bien. San Alfonso M.^a de Ligorio, murió retirado de sus hijos, olvidado de muchos y viendo su obra amenazada de pronta ruina. San José de Calasanz, lo mismo: viejo, enfermo, humillado, descartado de los consejos de su Obra, murió cuando ésta iba a ser suprimida, rodeado de los queridos niños de su Escuela que eran toda su alegría y su esperanza. San Juan Bautista de la Salle, el gran educador de los tiempos modernos, tuvo que soportar en sus últimos años el ostracismo, la incomprensión de parte del Prelado que más lo había querido; y aún privado de celebrar en su diócesis la Santa Misa; murió con la visión de su personal fracaso, como si él fuera un estorbo para su Obra.

¿Quién no se pasma de los secretos de Dios ante la tortura de estas almas grandes que desaparecen de la tierra «en la noche oscura» y tildados de fracaso personal en la realización de sus más acariciados ideales?... Pero, mirando atentamente y considerando el florecimiento sor-

prendente de la Orden Seráfica, de la Orden del Stmo. Redentor, de «Las Escuelas Pías» y de las «Escuelas Cristianas», se adivina que sus fundadores debían ser víctimas de su obra, como condición de su robustez y propagación: y serlo en su alma, en lo que más duele, en el sacrificio de lo que más amaban: estas muertes son heroicas: y admiramos con profundo respeto la Sabiduría de Dios que así acrisola la santidad de sus mejores amigos y amasa con sus lágrimas postreras edificios inmortales. Pues esa muerte era la que el Señor preparaba a la Fundadora de las M.M. Carmelitas de la Caridad: quería que su sacrificio se consumara en la obscuridad; sintiéndose fracasada, más aún, como un obstáculo al desarrollo de la Obra que el Señor le había encomendado. Ella había buscado en todo con tesón inquebrantable el gusto de Dios: había sabido seguir todas las curvas de su azarosa vida, adorando en cada una el designio de Dios, no podía desmentirse a última hora: los últimos meses de su vida marcan una curva angustiosa en la obscuridad, y su alma se lanzó por ella, segura como siempre de que Dios saldría con la suya, aunque ella quedara sacrificada en los cimientos del edificio hoy secular. ¡¡Cuántas veces había llorado la agonía y la muerte de Jesús humillado y fracasado en el concepto de los hombres!!...

Ya dijimos más arriba como se transformaba todos los años, por el dolor y compasión, en la Semana Santa. El divino modelo de los que sufren humillaciones y olvidos la seducía; llegada, pues la suya, su semana de Pasión, supo vivirla como la había visto en Jesús, y supo morir como El, envuelta en el olvido, apareciendo, como Jesús, un baldón para los que la seguían: quedaba el triunfo de su obra, como el de Jesús, para después de la muerte: Cuando hayamos pensado bien en la sensación agónica de desamparo que experimentó Jesucristo en Getsemaní y en la Cruz, comprenderemos mejor la razón sobrenatural de los sufrimientos íntimos de sus mejores amigos. y tendremos la segunda contestación a la pregunta que los acontecimientos postreros de la vida de la Madre Joaquina sugirieron a nuestra curiosidad.

* * *

El fatal desenlace.—Tenía que llegar y llegó en circunstancias muy dignas de la atención de los lectores que nos han seguido hasta aquí.

Mientras se anunciaban reformas, y «se ponía mano fuerte en el Noviciado», y se hacían traslados de Religiosas, y aún se proyectaba cambiar el nombre del Instituto, como luego veremos, la sierva de Dios, imposibilitada físicamente, y moralmente crucificada, se acer-

caía a la crisis inevitable de todos sus males, y era fácil prever que cualquiera complicación en ellos pondría brusco término a su preciosa vida. Esta era toda de oración: ya podría ser que no se ocupara de las cosas de abajo, pero de Dios... se ocupaba intensamente. Oigamos un momento a la buenísima Hermana Apolonia Camps, su solícita enfermera: «Cuando se puso más mala, después del primer sueño, puedo decir que, casi todas las noches me llamaba como una niña, hasta que me levantaba, que era lo más pronto que podía. Y cuando ya estaba con ella le preguntaba ¿Qué quiere Madre? .. y ella me decía invariablemente, vísteme... Pero, Madre, si es muy pronto todavía, no son sino las once de la noche y yo tengo mucho sueño. Pero me replicaba: vísteme, vísteme: y así que comenzaba a vestirla se sonreía amablemente. En cuanto la tenía vestida, la sacaba de su a'coba, la sentaba en un sillón y le decía: ya está bien: ahora ¿qué hacemos?... a lo que reponía vivamente, «santiguete y recemos el Trisagio», esto era siempre. Quedóse una noche en mi lugar la M. Veneranda, y como de costumbre comenzó a llamar ¡¡Apolonia, Apolonia!, y contestóle dicha Madre, no soy la Apolonia, soy la Veneranda: y repuso inmediatamente: «tanto si eres una como otra, vísteme y recemos el Trisagio». Se ve que su devoción favorita, la de la Stna. Trinidad ocupaba toda su mente, y hacía de

continuo en la tierra lo que muy pronto proseguiría en el cielo, cantar el Santo, Santo, Santo. Notemos de paso en esta candorosa relación, que la M. Joaquina asociaba perfectamente las ideas, *que no era inconsciente*. Su deseo ardiente de recibir la Sagrada Eucaristía creció en los últimos meses de su vida: y como el Capellán de la Casa de Caridad se resistiera muchas veces y se negara no pocas a llevarla la Sgda. Comunión creyéndola adormecida, dijo un día con sereno pesar: «no duermo: y el P. Capellán responderá ante Dios por no traerme a N. Señor Sacramentado».

Aún relataremos otro episodio familiar de aquellos memorables días que habla muy alto en favor de las ideas que revolvió en su mente próxima a apagarse para este mundo: refiérela la Hna. Dolores Luis así: «Cierta día, suspirando la venerable enferma por la patria del cielo, mientras sentada en un sillón estaba en el jardín de la Casa, exclamó de pronto: ¡¡Arriba, arriba!!... Las Hermanas, no penetraron luego el sentido de sus palabras, la tomaron en brazos y la subieron al segundo piso. Ella para darles a entender que no era aquello lo que quería volvió a decir con mayor fuerza: «arriba... arriba». Tomáronla de nuevo en brazos y la subieron al tercer piso. La pobrecita enferma, como admirada de que no la entendiesen y deseosa de dárselo a conocer, repitió de nuevo su exclamación:

«¡¡Arriba, arriba!!». En este momento, la M. Veneranda, dejándose llevar un poco de su carácter pronto, dijo así: «dichoso arriba y dichoso abajo!!». Pero la V. Madre, al notar aquel acto de impaciencia, le dió una mirada tan fija, expresiva y penetrante, que la M. Veneranda, comprendiendo todo lo que las anteriores palabras y aquella mirada le decían, rompió a llorar en amarguísimo llanto».

En este estado de alma llegó nuestra heroína al supremo trance. Eran las tres de la madrugada del día 28 de Agosto de 1854. El cólera morbo hacía estragos en la ciudad condal y en todo el Principado de Cataluña: la Casa de Caridad donde estaba la Fundadora como aislada, enferma, se hacía estrecha para atender los atacados por el terrible flagelo, y las Hermanas debían multiplicarse para acudir a todo, con desprecio absoluto de su salud y de su vida: muchas pagaron su tributo muriendo del contagio. En aquellas circunstancias y en aquella hora tuvo la M. Joaquina el segundo ataque de apoplejía. Acudió su enfermera y algunas que pudieron darse cuenta de la novedad: acostumbradas a verla sufrir creyeron que vencería también aquella crisis. Pero a las seis de la madrugada sobrevinole el ataque furioso del cólera, haciendo presa en aquel cuerpo de tal forma que cundió la alarma luego y todas vieron inminente el fatal desenlace. Llegó la M. Vene-

randa que hacía seis días que guardaba cama. No había tiempo que perder; dolores espantosos, el vómito incontenible, el amarotamiento y casi onnegrecimiento del rostro de la paciente convencieron a todos de que llegaba la muerte. Acudió también el Capellán, y observando que recobraba el conocimiento, que cesaban los vómitos y que la enferma pedía con ansias comulgar, le prodigó este supremo consuelo, le puso la Extrema-Unción; y manteniendo ella plena conciencia y admirable presencia de ánimo, exhaló su último suspiro a las once y media de la mañana, rodeada de la M. Veneranda y de cuantas Hermanas pudieron desentenderse, sin faltar, de la atención de los otros coléricos.

Existen relatos, que parecen aún ecos del dolor de aquellas buenas hijas en presencia de su madre, y escritos con sus lágrimas, demostrando la consternación que se apoderó de todas ante la tremenda realidad que no acertaban a creer. Haremos de ello gracia a nuestros lectores, quienes adivinarán sin esfuerzo las escenas que se desarrollaron en aquella alcoba que fué el último peldaño de un largo calvario. Contaba al morir la V. Madre Joaquina de Verduna de Mas del P. San Francisco, setenta y un años, cuatro meses y catorce días. Hacía dos años que estaba inutilizada y apartada del Gobierno del Instituto: había deseado morir olvi-

dada y sobre un saco cubierto de ceniza; no logró ésto, no pudo pedirlo en aquel supremo trance; pero sí alcanzó la gracia de que su muerte pasara, por el momento, como desapercibida, debido a la epidemia reinante: apareció una de tantas víctimas. Sus mismas hijas tuvieron que hacer el sepelio en el cementerio de la ciudad y seguir su trabajo y su heroico sacrificio por los coléricos.

CAPÍTULO XIII

LUZ DEL CIELO SOBRE EL SEPULCRO

El sepelio.—La M. Paula Delpuig.—El eco de la voz maternal.—La voz de Roma: aprobación canónica y civil del Instituto.

El sepelio. — Con la sencillez y apresuramiento propios en épocas de contagio, su buenas hijas prepararon las exequias de la V. Madre Joaquina. Había muerto en aquella Casa de Caridad de Barcelona donde había ejercitado actos heroicos de amor al prójimo en los albores de su vida religiosa; y parecía que su destino era quedar confundida con los muchos desgraciados que morían aquel año en la Casa, y pasar por sus libros de registro como una de tantas víctimas del contagio. Así quiso Dios oír la oración de su sierva cuando le pedía morir olvidada y despreciada.

Pero conseguida aquella gracia el Señor quiso glorificarla desde su mismo lecho de muerte. Aquel cuerpo encorvado por los años y por los achaques; aquellos ojos marchitos por la fatiga y por tribulaciones íntimas; aquel rostro macilento por el dolor, y desde hacia dos años, casi sin expresión por la parálisis; onnegrecido y horriblemente afeado por el ataque furioso del cólera morbo que la atormentó durante las últimas cuatro horas de su vida, comenzaron a demostrar una reviviscencia maravillosa: era la floración de ultratumba.

«Colocamos, escribía la Hna. Dolores, su cadáver amortajado con nuestro santo hábito, en una sala junto a la habitación donde había muerto: y llamó la atención a todos la mudanza súbita que se notó en el rostro de nuestra bendita Madre». «Volviéronle los colores naturales, dice a su vez la Hna. Apolonia, tanto que parecía estar en apacible sueño. Se le puso un color de rosa en sus mejillas y un color de clavel en sus labios: la tuvimos cuatro días en casa, y se puso tan flexible y tan fresca que las personas que entraban a verla decían: parece que está dulcemente dormida!! La Hna. Magdalena Ubach, testigo presencial añade: «le duró muy pocas horas la enfermedad y quedó, más que amoratada, negra. Pero en seguida su cadáver en vez de desfigurarse como todos los de los coléricos quedó muy bonito y fresco. La tuvimos tres días

y algunas horas en casa y no despedía mal olor». Fíjese bien el lector que esto sucedía en la calurosa Barcelona en pleno verano y en medio de un horrible contagio. «Le salió, prosigue la Hermanita, sobre el labio superior como una rosa de color morado y verde, muy suaves los colores, siendo el encanto y la admiración de cuantos la miraban».

La M. Veneranda sobreponiéndose a todos los apremios de tiempo que se le imponían en medio del contagio, hizo levantar acta notarial del fallecimiento, y en la tarde del mismo día 28 de Agosto dió aviso oficial a la Rvda. M. Paula Delpuig, Vicaria General, haciendo notar lo mismo que las Hermanas precedentes que «se quedó tan hermosa que parecía dormida: con un color rosado en las mejillas como si se las hubieran pintado». Depositó los amados restos de la Madre, embalsamados con lágrimas y besos de sus desconsoladas Hijas, en un féretro forrado de plomo, y puso adentro una testificación que hace honor a la previsión de aquella mujer fuerte y prudente, que sabía que había de morir muy pronto. En una botella de cristal sellada y lacrada encerró este documento: «Este cadáver es de nuestra amada Fundadora doña Joaquina de Vedruna de Mas, natural de esta ciudad de Barcelona, puesto en este ataúd forrado de plomo y vestido con nuestro mismo hábito. Y para que conste lo firmo en esta misma Casa de Caridad

en donde ha fallecido. Barcelona, 29 de Agosto de 1854. Hermana Veneranda Font».

Por fin venciendo la resistencia del público que acudía cada vez más numeroso a ver a la Madre muerta, fué preciso darle humilde sepultura en un nicho comprado en el cementerio común de la ciudad, cuyas señas se conservaron cuidadosamente archivadas. Al llegar allí y abrir el ataúd, según costumbre para la identificación del cadáver, fué tal el asombro de empleados y sepultureros que no podían creer que aquella Religiosa hubiera muerto de un ataque del cólera: tan blanco, colorado y hermoso estaba, dice ingenuamente la Hna. Apolonia: terminando su testimonio jurado con estas palabras empapadas en lágrimas de un cariño bien probado: «Dios quiera que tenga yo el consuelo de verla en el cielo, así como tuve el gusto de servirla en la tierra, con tanta satisfacción mía».

A mayor abundamiento y concentrando sobre el sepulcro de la sierva de Dios la luz de un testimonio insospechable, pondremos aquí algunas expresiones del largo y pragmático comunicado Oficial que de la muerte de la Madre dirigió al Instituto, el P. Director General, Bernardo Sala. En esa comunicación y en su tono característico «emprende *el honroso* deber de enumerar las virtudes de la V. Madre: «No quiero enumerarlas todas, dice, sino sólo aque-

llas que, siendo propias de vuestro estado, pueden seros más útiles y provechosas».....
«Se distinguió por su gran fe y confianza en la divina Providencia, por su ardiente amor a Dios y al prójimo; por su total desprendimiento de las cosas de la tierra; por su aplicación al trabajo y al cumplimiento de sus deberes... y... finalmente *por su gran prudencia y tino en la dirección y Gobierno del Instituto*: tan parecido en esto a la gloriosa Santa Teresa de Jesús»....

«No es extraño, que, pertrechada con tantos y tan grandes dones hiciera lo que hizo, y que alcanzara de Dios singulares gracias, en favor de cuantos a ella se encomendaban; gracias que sería largo referir»... Concluye el extenso documento exhortando a las Hermanas a ser fieles a su vocación para que no sean por su rebeldía hijas degeneradas e indignas de tan esclarecida prosapia». Dejemos a un lado la dureza de la frase que acomodaba perfectamente en el carácter de aquel benedictino austero y legislador, y pensemos en el testimonio póstumo precioso que sus palabras deponen en favor de la Fundadora a quien no supo comprender durante su vida, y cuya Obra andaba reformando en aquellos mismos días. Nosotros conocemos bien a la M. Joaquina y sabemos que el Director General dice la verdad, y que desmiente con ella muchos de sus actos propios.

El retrato espiritual de la llorada Madre llevávanlo sus Hijas impreso en el alma; y para su consuelo fué posible obtener también un retrato corporal y fué así. Nunca había consentido la sierva de Dios, que le sacaran fotografía: se negó con tanto tesón que nadie se atrevió a molestarla más. Pero la M. Veneranda, de carácter vivo y ejecutivo, quiso aprovechar los últimos meses de la vida de la Madre, para conseguir un retrato: y valiéndose del estado de concentración mental en que estaba de continuo la enferma, un día mientras rezaba sentada en su sillón, sin que ella se diese cuenta, y teniéndolo todo listo hizo entrar al profesional, y obtuvo sin dificultad la amada imagen. Años después, el famoso pintor de Manresa, don Francisco de Paula Morell, guiado de las indicaciones que le hicieron las Hermanas que habían conocido a la Madre en sus mejores años, ejecutó una pintura muy acabada, según lo testifica por escrito la Hna Catalina Vidal de Jesús que vivió con la Fundadora en Vich, desde 1848 hasta 1850, y llevaba esculpido en el alma aquel rostro amado y venerado.

* * *

La M. Paula Delpuig de San Luis.—Este es el nombre, muy conocido de nuestros lectores, sobre el que debemos parar la atención en este lugar; es el suyo; y no quedaría completo nues-

tro relato sin dar alguna idea de esta santa Religiosa a quien el Instituto debe su definitiva consolidación. Es aquella jovencita modesta a quien la M. Joaquina encontró en la Rambla de Barcelona, y a quien, con grande asombro de la interpelada, invitó a ser de las suyas, sin haberla visto jamás. Fué aquella la voz de Dios que le comunicaba así su vocación, a la que correspondió tan lealmente que muy pronto la veremos camino de los altares, siguiendo los pasos de la V. Fundadora. Fué siempre leal, íntima y fiel hasta la muerte: ella sostuvo el naciente Instituto durante la forzosa huida de la M. Joaquina a Berga y a Perpignan, durante más de ocho años; y ella fué sostenedora fiel y constante de la Obra de Dios, tan odiada por los malos y tan zarandeada por los buenos, llevados de un celo exagerado.

La M. Paula supo como nadie las amarguras secretas de aquella mujer heroica y clarividente ante los intentos de reforma que dieron por resultado ser ella nombrada Vicaria General en vida de la Madre; tuvo la virtud de saber esperar la hora de Dios, de colocarse en el punto de vista luminoso de su amada Maestra y Madre, y por esto aceptó el último encargo suyo cuando al salir de Vich, para no volver más le dijo: «Cuidarás de todo... y del Noviciado», presagiando en estas marcadas frases, el nombramiento que iba a

recaer en ella. Sabía que la destinada en la mente de la Fundadora para sucederle inmediatamente había sido, hasta entonces, la Madre Veneranda, porque era su primera discípula y había conocido al Padre Esteban de Olot; pero también sabía que había espíritu profético en aquella venerable enferma y se resignó a la voluntad de Dios y al consejo persistente de sus confesores cuando repetidas veces renunció su cargo: «Lo que me pasó, escribe ella misma, al ser nombrada Superiora General, no lo digo, porque sería muy largo; mi pena fué grande: tuve sentimiento considerándome la más ignorante, la más mala, y la más incapaz de todas. Mi inclinación fué siempre el retiro: sentía mucho el viajar. Me presenté al señor Obispo don Antonio Palau manifestándole mi sentimiento y mi renuncia; pero no fui oída». Dios lo quería: y el acierto, la prudencia, la fortaleza con que la Madre Paula gobernó el Instituto por espacio de treinta y cuatro años, demostraron que no se equivocó la Fundadora al fiar de ella todo, en momentos en que todo vacilaba.

En este año 1925 ha quedado terminado el proceso informativo diocesano preliminar para la introducción de la Causa de Beatificación en Roma de esta digna sucesora de la M. Joaquina.

* * *

Eco de la voz maternal.—Pero lo que más luz proyectaba sobre el sepulcro de la V. M. Joaquina es el triunfo mismo de su Obra vuelta a «su primer estado», como ella lo pronosticaba en los momentos en que se cambiaba su régimen y se ponía el germen de tantas dificultades. Fuéle preciso ser víctima; pero las Obras de Dios no tienen mejor fundamento que la inmolación de quienes la emprenden en su nombre.

Por lo que toca al exterior, a lo que el mundo podía apreciar, el estado del Instituto era plenamente satisfactorio a la muerte de la Fundadora. Su desarrollo era prodigioso, su prestigio sorprendente. Veinticinco casas; además de la Matriz-Noviciado, contaba diseminadas por todo Cataluña. Cuatro de ellas eran Hospitales, seis Colegios para niñas, doce eran mixtos; es decir, las Hermanas tenían la atención de enfermos y de niños de escuela; dos eran Casas de Caridad, y la otra era Asilo de huérfanos y enfermos. Este número de casas y las ciento veintiuna religiosas que las atendían era realmente considerable, teniendo en cuenta que de los veintiocho años que llevaba de existencia el Instituto, doce de ellos, desde 1831 hasta 1843, habían sido totalmente estériles para el aumento de su personal, debido a las calamitosas circunstancias referidas en este libro. Aún eran más las funda-

ciones frustradas por falta absoluta de personal: todo lo cual demuestra con toda evidencia su vitalidad, y habla muy alto en favor de la Madre y de las hijas. Atendiendo, pues, a la situación externa, no se ve cómo la M. Paula Delpuig pudo escribir, que «en aquellos tiempos el Instituto estuvo a punto de perecer».

Pero miremos a su interior, a lo que sucedía en su formación íntima, y en el desarrollo de la jerarquía tal cual la reglamentaron en 1850, y entonces veremos la desconsoladora realidad que tuvo ante sí la M. Paula, al quedar huérfana de tan santa Madre.

Más de dos años hacía que las casas no recibían visita de la M. Fundadora; estuvieron privadas aún del acostumbrado aliento de sus preciosas cartas. Al Gobierno maternal había sucedido el del P. Bernardo Sala, que ponía en ello todo el empeño de su mandato como Director General. La Casa Matriz estaba en deplorable estado, como se deduce de las palabras de la M. Paula: «la encontré sin pan, sin local destinado a las novicias.

Sigue la M. Paula indicando las muchas penurias materiales que en aquella Casa sufrían las Religiosas y lo que ella no dice, lo cuenta minuciosamente la crónica de aquellos días amargos que siguieron a la muerte de la Fundadora, previstos por ella y que no lograron anular un punto su heroica confianza en Dios.

Turbóse hasta cierto punto la tranquilidad de muchas Hermanas que hasta entonces habían vivido contentas observando la primitiva regla, con la cual se sentían muy felices y con la que el Instituto había alcanzado tan alto grado de prosperidad y de prestigio ante propios y extraños.

Aquel tejer y destejer en que se veían como desorientadas, sabiendo que el Prelado Vicense había enviado a la Santa Sede nuevas Constituciones, por las que cambiaba hasta el nombre tradicional del Instituto, y que se llamarían en adelante, si Roma asentía a lo propuesto, «Religiosas de la Inmaculada Concepción», produjo hondo malestar entre las buenas Hermanas.

Este malestar y el peligro de desaliento y abatimiento religioso era la visión terrible de los últimos días de la Vble. Fundadora, quien con magnánimo y profético espíritu les había dicho, como formulando un hermoso testamento: «obedezcan, obedezcan, obedezcan siempre»; «no teman nada: las cosas volverán a su primitivo estado».

Trasladada aquella alma hermosa al cielo, cumplió su promesa de velar sobre el Instituto; por el mismo camino por donde la perturbación amagaba más de cerca llegó la palabra de paz y de tranquilidad: Roma habló y por esa palabra soberana, Dios confirmó la verdad de cuanto había dicho la M. Joaquina.

La palabra de Roma: aprobación canónica y civil del Instituto.—Puestas las cosas en situación tan crítica, como el Ilmo. Sr. Palau había notificado a la M. Paula, no quedaba sino aguardar el supremo juicio de la Iglesia. Estudiado el negocio en Roma, con la solicitud y madurez que requería, la Santa Sede, el día 14 de Septiembre de 1860 expidió el *Decretum Laudis* por el cual el Santo Padre: 1.º *Aplaude y bendice el Instituto de Hermanas Carmelitas de la Caridad; y quiere que, así como le nombra, sea tenido como Congregación de votos simples, bajo la dirección de una Superiora General.* No les dá, pues, el título de *Terciarias*, ni reconoce al Ordinario de Vich el de Superior nato del Instituto. «2.º *Differe para más adelante el juicio de las Constituciones presentadas por el señor Palau*» y... «3.º *Concede que las Religiosas gocen de todas las indulgencias de los Carmelitas, sin llamarse Terciarias, ni depender en cosa alguna de los Superiores del Carmen. Basta para ello que reciban el Santo hábito del Ordinario del lugar en donde residen o de algún Delegado suyo.*»

He aquí el triunfo póstumo de todos los ideales de la M. Joaquina: ella sacó a sus hijas de las zozobras y congojas en que estaban metidas, y que pudieron dar en tierra con el Instituto.



REINA Y MADRE DE LAS HERMANAS CARMELITAS
DE LA CARIDAD.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



Junto con el *Decretum Laudi* envió la Sagrada Congregación una hoja de observaciones sobre el Gobierno interior de las Religiosas Carmelitas de la Caridad. Rechaza, sin apelación, el que, una Congregación difundida en muchas Diócesis dependa, en su organización interna, del Prelado de alguna de ellas; pues, según los cánones, son súbditas del Ordinario del lugar en que viven, conservando incólume el régimen interno de la Congregación. Por lo mismo *no acepta* la Sagrada Congregación que la Superiora General sea nombrada por el Obispo, sino que se tenga, a su tiempo, el Capítulo de las Hermanas en el que ellas se elijan Superiora General. Para eso exhorta a formular las respectivas reglas.

Y, finalmente, manifiesta la necesidad de que el Instituto dependiera *de hecho* de la Superiora General y de un Consejo de Asistentes Generales de la misma.

Velaba, pues, la M. Fundadora desde el cielo por su Obra, fructificaban sus lágrimas, triunfó su espíritu de sacrificio, y las Carmelitas «obediendo siempre, obraron bien y vencieron las dificultades».

Hicieronse las enmiendas indicadas por la Santa Sede a las Constituciones escritas por el P. Esteban de Olot, capuchino, arregladas posteriormente por el Vble. P. Claret y «todo volvió a su primitivo estado». Tal es el precioso

testimonio que el mismo P. Claret daba en dos cartas escritas a la M. Paula, una desde Aranjuez del 24 de Mayo de 1864 en la que le dice: «he visto los trabajos que se han hecho ya y me han gustado mucho: se limitan a la formación del modo como se ha de gobernar la Congregación. Lo demás de las Reglas del P. Esteban de Olot, que yo redacté y copié por habérmelo pedido la M. Joaquina, quedarán como estaban». Y desde Roma el 26 de Marzo de 1870: «ninguna observación se ha hecho por parte de la Santa Sede a la primitiva Regla que yo escribí y puse en limpio por habérmelo pedido la M. Fundadora».

Tales fueron los preliminares necesarios para la aprobación definitiva de las Reglas y del Instituto de las MM. Carmelitas. Este fué aprobado canónicamente por decreto de Roma del 16 de Marzo de 1870. En él se recalca mucho la finalidad educadora de las MM. Carmelitas: «Trabajen, dice, guiadas por los Ordinarios, en su santificación propia y en la de los prójimos: principalmente con toda diligencia y esmero en inspirar a las niñas el santo temor de Dios, e imbuirlas en las buenas y santas costumbres... pues en los tiempos que atravesamos nada puede ser más grato ni más aceptable que atender a la educación de la juventud cristiana...»

No faltaba sino la aprobación de las Constituciones. Una vez practicadas las amputaciones

de lo añadido en 1850, y llenada la reglamentación para establecer el régimen y generación de la jerarquía, se obtuvo la primera aprobación *ad experimentum* el 13 de Diciembre de 1876; y cuatro años después, el 20 de Julio de 1880, vióse por fin coronada la obra emprendida por la sierva de Dios en 1826, bajo la dirección del hombre providencial a quien ella llamó siempre con cariño, nuestro Padre Fundador, el apóstol del Ampurdán. Simultáneamente, con la aprobación de la Iglesia, tramitábase la del poder civil.

Las órdenes y Congregaciones Religiosas se hallaban expulsadas de España desde los aciagos días de 1835. Al amparo de ciertas condescendencias y de bonignas interpretaciones iban restableciéndose algunas durante el reinado turbulento de Isabel II. Nuestras Carmelitas habían podido sostenerse, crecer y multiplicarse gracias a su obra benéfica en los hospitales, reclamada por las mismas calamidades públicas. Pero era preciso darles existencia legal, sobre todo desde que prevalecía en su vida pública la finalidad educativa, tan resistida por el instinto de las sectas, cuando son religiosos los que se la proponen y ejercitan.

Muchas gestiones, memoriales y empeños se presentaron al Gobierno de la Reina; la cual, por fin, expidió el real Decreto del 2 de Julio de 1861 desde Santander por el que reconoce

la existencia legal de las MM. Carmelitas de la Caridad a quienes denomina «Hermanas Escorialesas de Ntra. Señora del Carmen, establecidas en Vich»; sosteniendo el nombre popular que en un principio las distinguía desde que tuvieron su cuna en la casa solariega del Mas del Escorial.

CAPÍTULO XIV

LO SOBRENATURAL

Fama de Santidad de la Fundadora.—Traslación e identificación de sus restos.—Milagros sobre su tumba.—La Causa de Beatificación.—Más milagros.

Fama de Santidad.—Debemos en este capítulo pasar los límites de los hechos puramente humanos, enlazándolos con lo divino, y confesamos que acometemos con mucha timidez nuestro trabajo en este orden de ideas. Persuadidos como estamos de la santidad de nuestra heroína, no quisiéramos decir cosa alguna que adelantara un punto el juicio de la Santa Iglesia nuestra Madre, ni poner aquí nada que degenerara en un providencialismo, a nuestro juicio, muy perjudicial a las mejores causas. Pero no se puede desconocer el

hecho fundamental que la Iglesia tiene siempre en cuenta en su proceso sobre la santidad de sus hijos, la opinión de los contemporáneos. De todo el conjunto de la historia de la Vble. Madre Joaquina resalta la afirmación de que fué tenida por santa por cuantos tuvieron la suerte de tratarla de cerca. Las páginas de este libro dan una idea aproximada de lo que debían parecer la vida, palabras y obras de aquella mujer extraordinaria a quien tocó vivir en tan variados estados y atravesar tan difíciles situaciones en su larga y azarosa existencia. La hemos visto nosotros pasar por todas con esa calma y equilibrio moral, signo inequívoco de la fijeza de sus ideas cristianas y de la profundidad de su fe, y de la firmeza de su unión con Dios. Es axiomático en la doctrina católica de la santidad que la continuidad de la virtud, manifestada en el cumplimiento de la voluntad de Dios, en esos deberes que marcan la realidad de la vida a cada uno, es la base inmovible de toda la perfección cristiana: y... ¡¡qué pocos son desgraciadamente, los que pretenden elevarse a las cumbres apoyándose en esa augusta realidad donde Dios está señalándonos el deber humilde, amoroso, sacrificado, sin escenario ni espectadores!!!...

Doña Joaquina de Vedruna de Mas, mantuvo ese equilibrio admirable desde los primeros albores de su vida consciente. El Emmo. Sr. Car-

denal D. Joaquín Lluch y Garriga, Carmelitano, Arzobispo de Sevilla, decía a una de las nietas de la Fundadora «donde estaba Doña Joaquina se estaba seguro de que no se ofendería la caridad: todos lo sabían»: él, que fué uno de los Padres del Concilio Vaticano, la tuvo siempre por Santa.

Emprendió ella su Obra educadora y benéfica bajo la austera dirección del Vble. Capuchino P. Esteban de Olot a quien Dios puso en su camino para que la guiara en su vocación; y ya hemos visto con qué exactitud siguió los seguros pasos de aquel varón de Dios. Probada más tarde por tribulaciones y contradicciones en su propio hogar, y en la familia espiritual que formó para la Iglesia de Dios, todos la vieron siempre ecuaníme, fiada de Dios, despreciadora siempre de lo terreno, orientada firmemente a lo sobrenatural. Huelga decir aquí que sus religiosas la tuvieron aún en vida, por santa; ellas y muchas personas de alta posición social, como el Sr. Marqués de Puertonuevo en Barcelona, y el Prelado y pueblo entero de Perpignan atribuyeron a su mediación gracias singulares obtenidas de Dios. Repetidas veces la vieron sus hijas arrobada dulcemente en éxtasis, durante las oraciones de la Comunidad: y ella, lejos de aceptar la admiración consiguiente, se corría toda y se sonrojaba sinceramente contrariada por aquellos fulgores sobrenaturales que tras-

parentaban su alma. Fué éste uno de los aspectos más seguros de su santidad, el horror al escenario, el empeño constante por seguir los caminos trillados y humildes. Todos notaron principalmente en la M. Joaquina el espíritu profético de que Dios la dotó. Anunciaba los acontecimientos más lejanos, en el tiempo y en el espacio, con una naturalidad sorprendente, como lo hemos podido notar en su vida, y lo notaron quienes vivieron con ella, adquiriendo seguridad en sus palabras para mirar sin recelo el porvenir. Indicaremos todavía aquí el cumplimiento literal de dos pronósticos de la Madre después de su muerte.

Había dicho a la M. Veneranda en 1853 «tú me seguirás muy luego» y ésto se cumplió cuando aquella, que parecía destinada a sucederle en el cargo de Superiora General del Instituto, murió el día 10 de Octubre de 1854, apenas pasado el año de la muerte de la Madre. También había predicho a la M. María Sabatés, cuando desde la fundación de Cadaqués le escribía contándole el fausto inusitado que desplegó aquel pueblo para recibirlas, y las aclamaciones de la gente: «llegará ahí tu Viernes Santo: no lo dudes»; esto lo escribió de su puño y letra en la carta contestación que hizo escribir por otra Hermana. Y, efectivamente, el año 1868, de trágicos recuerdos para España, la revolución triunfante sacó a la M. Sabatés y a sus

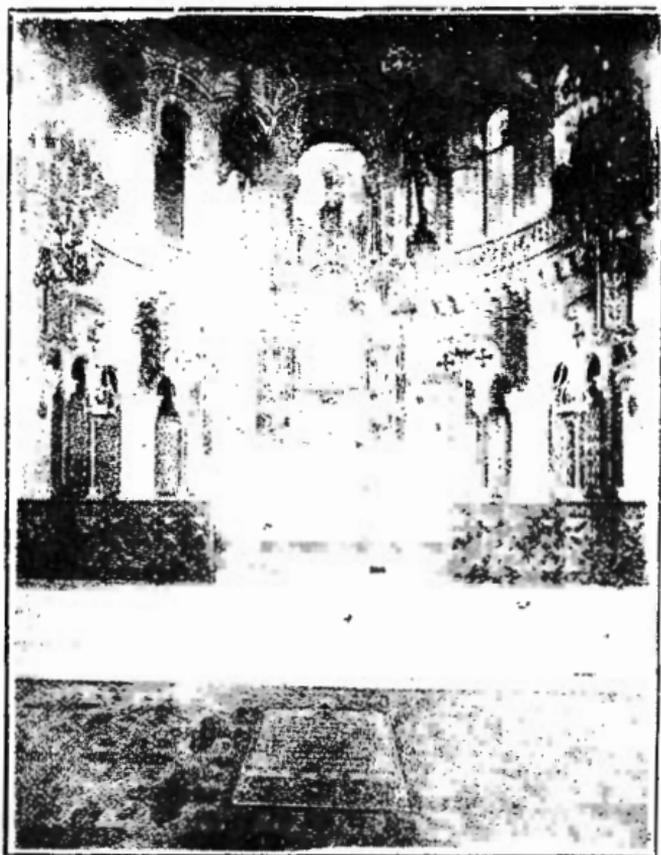
Hermanas, de la Casa y del pueblo con grande ignominia sin que el pueblo lo estorbara. Así se cumplió a mayor abundamiento, otra profecía, de la Madre, pues la M.M. Sabatés volvió a Vich y recibió de nuevo el cargo de maestra de novicias, abandonado por imposiciones extrañas a la Santa Madre: y aún en este detalle «las cosas volvieron a su antiguo estado». En aquel puesto de honor y de responsabilidad sorprendió la muerte a la insigne Maestra de Novicias, la cual, llena de achaques, devorada lentamente por horroroso cáncer, y padeciendo hemorragias mortales vivió aún diez y siete años, según lo había predicho la Fundadora.

Como una prueba palpable del sentir unánime del Instituto en favor de la santidad de la Madre, se mantuvo por muchos años en la Casa de Caridad de Barcelona una costumbre, establecida, sin duda, en el primer aniversario de su muerte, por la M. Veneranda. El día 28 de Agosto, después del desayuno reuníase toda la Comunidad en la habitación donde la M. Fundadora había muerto: una de las Hermanas pronunciaba en alta voz estas sencillas palabras: «hoy hago tantos años que murió aquí santamente nuestra Madre» y todas se sentaban a conversar fraternalmente durante una hora, recordando episodios y palabras y documentos de piedad de la llorada Madre.

* * *

Traslación e identificación de sus restos.— Como una comprobación más de la fama de santidad adquirida por la M. Joaquina debemos mencionar las exquisitas precauciones tomadas por la M. Veneranda sobre el cadáver aún caliente para que no quedara confundido entre los centenares de coléricos que en aquella infausta fecha se enterraban en los cementerios barceloneses: el contagio era espantoso: antes de las veinticuatro horas del fallecimiento de la Madre había sucumbido el Capellán que la asistió en sus últimos momentos, y una de las Hermanas de aquella misma casa, y otras siete más pagaron tributo al contagio, héroes de la caridad.

Y lo que la M. Veneranda inició para librar de la confusión los amados restos, lo completó posteriormente la Madre Paula Delpuig. No podía ésta resignarse a morir sin rendir el homenaje que su conciencia le exigía a la santa memoria de su Madre y Maestra. Acometió pues la empresa de exhumar sus restos y trasladarlos a Vich. Con todas las precauciones del caso y levantando acta de fe pública de cuanto se hizo, buscó el féretro de madera forrado en plomo en el nicho señalado donde fué puesto en 1854; hizo fabricar una caja tallada y hermosa donde los encerró de nuevo y el año 1881



INTERIOR DE LA IGLESIA DE LA CASA MATRIZ. EL
SEPULCRO DE LA M. JOAQUINA, AL PIE DE LAS
GRADAS DEL PRESBITERIO.



fueron llevados a Vich, recibidos con todos los honores que merecían y depositados en la Tribuna de la Capilla de la Casa Madre. Más tarde se colocaron en un sarcófago en la nueva Capilla de San Rafael y desde el 2 de Abril de 1923 descansan en el centro del pavimento de la Iglesia junto a las gradas del presbiterio.

Y no se contentó con ésto, sino que, en posesión ya de su tesoro, inició un expediente ante el Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili, Obispo de Vich, para que se levantara un acta solemne después de identificados los restos de la M. Joaquina. Realizóse este trabajo por peritos legales y profesionales el año 1884; se registraron uno por uno los huesos contenidos en la caja: reuniéronse en un solo Documento público todos los testimonios de fallecimiento sepelio, y exhumación verificados en Barcelona y el día 11 de Junio se hizo la entrega solemne de todo al Prelado, quien levantó el acta correspondiente, guardándola en el Archivo Episcopal: selló con su propio sello la caja cerrada, y entregó la llave al Instituto como guardián nato de aquel tesoro. Así prevenía aquel gran Prelado los acontecimientos que su corazón amigo de las M.M. Carmelitas presentía para la glorificación de la M. Fundadora.

Uno de los Prelados más entusiastas admiradores de la sierva de Dios y el que más instó para que cuanto antes se recogieran sus escri-

tos y se escribiera su vida, fué el Vble. Primer Obispo de Madrid-Alcalá Dr. D. Narciso Martínez Izquierdo, mártir de su deber, asesinado inicualemente al entrar en la Iglesia para pontificar los oficios divinos el día de Ramos del año 1886.

A instancias del señor Izquierdo emprendió su tarea el primer biógrafo de la Vble. Fundadora en 1892 el entonces Arzobispo de Sevilla, y después Emmo. Cardenal Sanz y Forés. La opinión que a este esclarecido Príncipe de la Iglesia le mereció su insigne biografiada se trasluce en cada una de las serenas páginas de su obra, escrita con sobriedad y espíritu sobrenatural admirables.

Milagros sobre su tumba.—No es nuestro intento referir aquí por menudo todos los prodigios hechos por la Madre y atestiguados suficientemente por sus agraciados devotos. Indicaremos solamente algunos para edificación de nuestros piadosos lectores y para ratificar la opinión pública de santidad en que fué tenida la sierva de Dios. Son algunos de los que pudo recoger hasta 1906 el P. Jaime Nomell para su historia de la Madre Joaquina de Vedruna. Llama desde luego la atención una gracia concedida por intercesión de la Vble. sierva de Dios a su nieta la Sra. Dña. Dolores de Mas

en favor de su marido don Miguel Bertrán en Vich.

Era el año 1874, durante la última guerra civil. El día 24 de Agosto llegó a marchas forzadas y entró en Vich la columna del General Gobiernista Morelló. Los principales habitantes de la ciudad, poseídos del pánico, la abandonaron, dejándola sin autoridad, y expuesta a todos los desórdenes: en esta situación se hizo cargo de la Alcaldía don Miguel Bertrán. Como el General Morelló no encontrase bagajes ni vituallas para seguir su camino, enfurecióse de tal manera contra el Alcalde, que mandó ponerlo en capilla para fusilarlo en el mismo día. Lo insultó, lo apostrofó indignamente, y por fin rompió en una avalancha de blasfemias horribles. El Sr. Bertrán, cristiano a las derechas, no pudo soportar aquel impío lenguaje y le dijo: «General, si V. E. quiere fusilarme, fusíleme... pero... no blasfeme». Todo el pueblo se conmovió al saber la sentencia del tirano; pero nadie se atrevió a interceder por su víctima; tenían miedo a las furias de aquel loco; en este trance y cuando llegaba ya la hora de la ejecución, la señora Dolores de Bertrán acudió a la intercesión de su santa abuela prometiéndole un triduo de oraciones a la Santísima Trinidad, y, animosa se fué a ver a Morelló. ¿Cuál no sería la impresión de los centinelas que pasaron el recado cuando oyen decir a su enloquecido general con relati-

va calma «que entre». Entró; pidió sencillamente la vida de su marido, y el general como detenido en su furor por fuerzas superiores, la oyó complacido y en el acto mandó sacar de capilla al desgraciado Alcalde y lo dejó libre y feliz en su hogar. Cuando pasado todo el peligro se supo en la ciudad la invocación hecha a la M. Joaquina, nadie dudó de que el Sr. Bertrán le debía la vida y la libertad.

Existe el testimonio jurídico sobre la curación prodigiosa efectuada en 1893 en favor de la Hermana Pilar Peypoch de la Stna. Trinidad.

En 1897 se verifica otro milagro en favor de la Sra. Dña. Desamparados Ximénez y Mora, en Valencia. Era esta señorasumamente gruesa, y un día cayó al suelo con tan mala suerte que del golpe le resultó un tumor blanco del cual sanó, después de muchos remedios inútiles, con solo hacer un triduo de oraciones a la Stna. Trinidad invocando los méritos de la M. Joaquina.

La Hna. Eduvigis Tirado de San Miguel, entraba un día en su celda, y sin saber cómo se le enredaron los pies en el manto que le colgaba; cayó de golpe y se fracturó la rodilla; era el 11 de Enero de 1900. Sin creer en la gravedad del accidente comenzó a curarse de la hinchazón que se manifestó luego; pero como no cedía a sus remedios, consultó médicos los cuales no atinaron tampoco con la gravedad del mal. En

vista de la persistencia de los dolores y del mal aspecto que tomaba la rodilla, vióla un hombre entendido del pueblo, el cual dijo que tenía la rótula partida en cuatro partes. Ante este diagnóstico alarmáronse las Religiosas, llevaron la enferma a un Doctor especialista y fué del mismo parecer y se pensó en operarla inmediatamente. Era ésto el día 14 de Agosto del siguiente año: habían pasado siete meses y la operación presentaba muy mal pronóstico. Pero la enferma en su aficción pidió que no la operasen y se encomendó fervorosamente a la M. Joaquina comenzando una novena a la Santísima Trinidad. Al quinto día de su devoción, un tanto aliviada de su mal fué a dar un paso largo, cayó y se rompió la otra pierna. Ella no obstante siguió su novena; mientras se llamó al Doctor para el segundo accidente, aplicóse constantemente un pañito usado por la Vble. Fundadora y los Superiores la llevaron a Barcelona para más seguridad. Al salir de Vich, la dijo el médico: lleva Ud. la rodilla izquierda partida por medio y la derecha en cuatro partes: acuérdesese. Era el 2 de Septiembre y cuando en Barcelona se preparaban para las operaciones, sucedió que el Doctor, lanceta en mano, vió que no tenía nada y le dijo en catalán: «Ud. se cura sin medicinas: yo no puedo intervenir: está Ud. buena».

Igual gracia testifica haber recibido por inter-

cesión de la sierva de Dios en 21 de Julio de 1902 la Hna. Concepción Bretó de la Stna. Trinidad. La Hna. Magdalena publica en 1905 la gracia recibida prodigiosamente viéndose libre de horrorosos escrúpulos que la tenían a dos dedos de la demencia, sólo invocando el nombre de la Vble. M. Joaquina.

En favor de la Sra. Inés Padilla Fernández, se manifestó la M. Joaquina devolviéndole la salud instantáneamente como lo testifica en La Unión, su hijo político, sargento de carabineros en el mismo año: «Estaba la enferma, anciana de 68 años, tan en los extremos que los médicos la desahuciaron negándose a darle remedios: todo era inútil. Pero en ese trance se le aplicó un pañito de uso de la Madre Joaquina, y se notó en el acto la reacción produciéndose el completo restablecimiento a los ocho días».

* * *

Causa de beatificación.—Fué gracia singularísima de Dios Nuestro Señor que la vida de la primera sucesora de la Vble. M. Joaquina se prolongara extraordinariamente. Vivió la M. Paula hasta el año 1889, después de gobernar el Instituto y llevarlo a su mayor apogeo durante treinta y cuatro años. Constituye así la M. Paula una tradición viviente que enlaza las Superiores actuales con la Fundadora, y bien saben todos lo que esta continuidad puede en

favor del espíritu de una organización religiosa que ha de arrostrar las vicisitudes de los tiempos, los vaivenes de la fortuna y el cambio incesante de las cosas y de las ideas mundanas, manteniendo invariable el ideal por el que se juntan todos los que profesan la vida religiosa, encarnado personalmente en los Fundadores y en sus inmediatos discípulos: se mantiene la fisonomía espiritual con los rasgos típicos de familia y se progresa sin cambiar.

Sostenido pues sin solución de continuidad el recuerdo de las virtudes de la Madre Fundadora, y creciendo con las gracias obtenidas su fama de santidad, creyóse llegado el momento de iniciar el proceso para elevarla a los altares.

De ahí el Decreto de instrucción de la causa de Beatificación y Canonización de la Madre Joaquina de Vedruna de Mas del P. San Francisco, promulgado solemnemente en Roma el 13 de Enero de 1920.

Hace, como es costumbre, una sucinta relación de los rasgos principales de su vida, y concluye en un párrafo dispositivo así: «La fama de la santidad de la sierva de Dios, aún viviente, en su triple estado de soltera, casada y religiosa, más resplandeciente y dilatada desde su muerte hasta el presente, sobre todo por su Vida admirable, hecha pública por los escritos de varones esclarecidos, el Cardenal Sanz y Forés y

el P. Jaime Nonell, S. J. movió al Rvmo. Sr. Obispo de Vich a formar con su autoridad ordinaria el proceso informativo sobre esta misma fama, a tenor de las normas antiguas y recientes. Terminadas debidamente las actas del mismo y presentadas a la Sagrada Congregación de Ritos, observados los trámites jurídicos se trató de la introducción de la Causa. Pues que a instancias del Rvmo. D. Carmelo Blay, Postulador de la misma Causa, teniendo en cuenta las letras postulatorias de algunos Emms. Cardenales de la Santa Romana Iglesia, de muchos Rvmos. Arzobispos y Obispos, singularmente de España, y de Cabildos de Iglesias Catedrales, de Generales de Ordenes y Congregaciones Religiosas de uno y otro sexo, precediendo la Superiora General del Instituto de Hermanas Carmelitas de la Caridad, juntamente con las Superiores de los Monasterios de las Cortes de Sarriá y de Pedralbes, y de otros varones y mujeres de la nobleza; y no obstante nada que impidiera pasar adelante, una vez hecha la revisión de los escritos de la Sierva de Dios, el infrascrito Cardenal Antonio Vico, Obispo de Poio y Sta. Rufina, Ponente o Relator de esta causa, propuso en las sesiones ordinarias de la Sda. Congregación de Ritos, reunidas en el Vaticano, en el día abajo señalado, la siguiente duda para que fuera estudiada: «¿Si ha de señalarse la Comisión de Introducción de la Cau-

sa, en el caso, y para el efecto de que se trata?» Y los Emmos. y Rvmos. Padres encargados de velar por los ritos sagrados, después de la relación del mismo Cardenal Ponente, oído en sus palabras y en sus escritos el Rvdo. P. D. Angel Mariani, Promotor General de la Fe, discutidas y examinadas diligentemente todas las circunstancias, juzgaron que debía responderse: «Que debía señalarse la Comisión de Introducción de la Causa si fuere del agrado del Santísimo Padre».—Día 13 de Enero de 1920.

Después hecha relación de todo esto al Santísimo Señor Nuestro Benedicto Papa XV, por el infrascrito Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, Su Santidad, ratificando el rescripto de la misma Sda. Congregación, se dignó señalar de su propia mano la Comisión de la Introducción de la Causa de Beatificación y Canonización de la Sierva de Dios JOAQUINA DE VEDRUNA DE MAS, FUNDADORA DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS CARMELITAS DE LA CARIDAD, el día 14 de los mismos mes y año.

Los señores señalados por la Sda. Congregación de Ritos para la Comisión de Introducción de la Causa de Beatificación y Canonización fueron los siguientes: Presidente, Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo, Dr. Muñoz; M. Iltres. Sres. Jueces Dr. Serra, Dean y Vicario General, Dr. Colell, Arcediano; Dr. Alejos Arcipreste y Dr. Casadejus, Penitenciario: Subpromotores de la

Fe, Dr. Sotorras y el Dr. Gassó; Notario eclesiástico Sr. Cabanes; Vicepostulador, Sr. Viñals y Rdo. Font N. A., Sustituto.

Más milagros.—Apenas expedido el Decreto de que acabamos de hacer mérito se notó mayor corriente de devoción hacia la M. Joaquina, interesándola en muchas y graves necesidades del cuerpo y del alma, comprometiéndose los recurrentes a publicar las gracias obtenidas y a dar limosnas para ayudar a la Causa de Beatificación. La Revista «Mi Colegio» editada mensualmente en Vich, como órgano de la vida docente de las M. M. Carmelitas, trae desde el año 1921 columnas enteras llenas del relato de curaciones y gracias obtenidas por la intercesión de la Madre.

No copiaremos todas; sería, a nuestro juicio redundante en este libro. Pero, no podemos dejar sin copiar entera la relación de dos curaciones a todas luces prodigiosas que están ya sometidas a jueces competentes de la Causa de Beatificación. He aquí la primera con el atestado de los doctores: «Don Gregorio Hidalgo de Torralba y Fernández, Médico cirujano y don Guillermo Rojas Galeya, licenciado en Medicina y Cirugía, con patente de la clase tercera y ejercicio en esta población profesor de la Sección de Medicina del Hospital de Santiago:

Certifico: Que la Señorita Pilar Pasquau Gutiérrez, de veintidós años de edad, natural y vecina de esta ciudad, sufrió el día 14 de Septiembre del presente año a las cinco y media de la tarde una herida contusa a consecuencia de haber estallado una botella que contenía agua oxigenada a doce atmósferas, uno de cuyos vidrios hirió el ojo derecho en la esclerótica del ángulo interno produciendo una sección oblicua de delante a atrás y de dentro a afuera de una extensión de centímetro y medio saliendo por dicha herida, y a la vista de todos los presentes en aquel momento, los humores vítreos y acuoso del ojo y una pequeña hemorragia. Como consecuencia de estas pérdidas, el globo del ojo perdió la tensión ordinaria y el ojo se hundió en el fondo de la órbita. La paciente no veía absolutamente nada y solamente la retina daba una sensación escasísima al acercársele una luz viva. En esta circunstancia y, como a juicio de los que suscriben, no había esperanzas de recuperar los humores perdidos y por lo tanto la vista, según su pobre saber, decidieron de acuerdo con la familia interesada traer un especialista de enfermedades de ojo y entrogar a sus sabias manos este imposible. A este efecto, a las dos horas de ocurrir este accidente se personó en el domicilio de la accidentada el oculista más notable de estos contornos Doctor D. Juan Martín Aguacil de reconocida fama; después de

examinada con todo detenimiento la herida del ojo enfermo pronosticó que desgraciadamente la enferma necesitaría como único recurso un ojo de cristal que él pondría una vez que se hubieran atrofiado las membranas que le quedaban, y propuso como paliativo la instalación de una disolución de atrofina. En esta situación pasamos la noche del catorce y todo el quince sin que la enferma recobrará su vista ni el ojo su tensión.

El día diez y seis en la mañana en nueva visita que hicimos a la enferma, nos dijo que si habría algún inconveniente que pusiera sobre la cortina que tapaba el ojo una pequeña reliquia de la Madre Joaquina de Vedruna de Mas que le habían mandado con toda fe las Religiosas Carmelitas de la Caridad que se habían enterado de esta desgracia, contestando nosotros que no sólo no había inconveniente en ello sino que, habiéndose defraudado nuestras esperanzas en vista de las horas transcurridas sin solucionar asunto tan interesante, no nos quedaba otro recurso que los auxilios del cielo. La enferma se puso la reliquia y nuestra sorpresa no tuvo límites al encontrarla en nueva visita hecha el mismo día por la tarde con que el ojo ganaba en tensión; este fenómeno se acentuó en días sucesivos y el 17 y el 18 empezó la enferma a distinguir, además de la claridad, el bulto de los objetos que se le ponían delante y sucesivamen-

te fué dándose cuenta de su figura, contorno y la cualidad de todo lo que se le presentaba. A los doce días de ocurrir este accidente la herida estaba completamente cicatrizada, la tensión del ojo es la misma que en el sano y la visión fina y correcta como la de su gemelo...

Según el pronóstico, no solo nuestro sino también del especialista que vió a esta señorita, este accidente había ocasionado la pérdida total de la visión del ojo derecho y como ni este señor ni los que suscriben han visto nunca semejante curación, no podemos menos de confesar que no tiene explicación racional, teniendo que acudir al orden sobrenatural que explica todo lo que nuestra imaginación cree imposible.

Y para que así se haga constar a instancias de la señorita interesada firmamos el presente documento en Ubeda (Jaen) a doce de Octubre de mil novecientos veintiuno.—Guillermo Rojas Saleya.—Gregorio H. Torralba.—Victoria P. de Pasquau.—Siguen otras veinte firmas.

La otra curación prodigiosa la refiere doña Joaquina Cánovas, madre del niño Fernandito Navarro.

«Mi hijo Fernandito se acostó con calentura y dolor en una pierna. El médico no le dió importancia al principio; mas después de unos días, viendo que no cesaba la fiebre, calificó de grave la enfermedad y mandó sacar una radiografía (que conservo); en vista de la misma dijo

que el niño tenía caries en el hueso, y que de él procedía el pus que se manifestaba. Añadió que, si resistía la enfermedad, quizá dentro de tres o cuatro años podría andar. Así tuve a mi Fernandito en cama durante cinco meses, con temperaturas de 39 y 40°, devolviendo todo lo que tomaba, de manera que se quedó como un esqueleto.

Le vió también un médico homeópata, y dijo estaba tuberculoso. En esto una hermana mía que está en el Hotel Victoria de Madrid, me animó a que llevase el niño allí para que le viera el médico D. José Carrillo que vive en el Hotel. Hice el viaje con mucha pena, porque el niño estaba gravísimo y con tan mal aspecto que un viajero al entrar en el coche me dijo: «Señora, tape a ese niño, que no está permitido llevar cadáveres así en el tren.—Mi hijo no está muerto, contestó.—Pues lo parece y huele a difunto».

El citado facultativo, después de visitar al niño, habló con un médico del Instituto de Inválidos de Carabanchel quién reconoció al enfermito, después de cloroformizarlo sacaron otra fotografía, y por fin me dijeron que había que escayolarlo. Como yo veía al niño tan mal y me daba mucha pena que le pusieran en esa cura, determiné llevarlo a la Facultad de Medicina de San Carlos. Allí el Catedrático le expuso en clase ante los alumnos, y preguntándoles

que les parecía podría hacerse con aquel niño, uno de ellos contestó que «escayolarlo»; el profesor repuso: «De ninguna manera; ¿no vé Ud. que ese sería el modo de hacer que el pus invadiera todo el esqueleto?» --Recetáronle unas inyecciones y quisieron animarme que con constancia y tiempo quizá se conseguiría algo, pues se había dado algún caso de curación de esos tumores tuberculosos. Pero a mi hermana le dijeron todos que me aconsejara regresar cuanto antes a casa, porque el niño estaba en gravísimo peligro de muerte.

Con el corazón oprimido iba yo en el tren de vuelta a Cartegena contemplando a mi hijito hecho un esqueleto, y de aspecto tan impresionante que varios viajeros al asomarse a la portezuela se marchaban prontamente. Quiso la Divina Providencia que al llegar a la estación de Alquerías, una Religiosa del Instituto de las Carmelitas de la Caridad, acompañada de una joven, subiese al coche y llena de caridad se interesase por mi enfermito. No había que ponderar la gravedad del mal, pues a la vista estaba. Le conté que un tumor tuberculoso en el fémur iba minando cinco meses hacía la vida de mi hijito, y que en Madrid acababan de desengañarme los facultativos; por lo que regresaba a mi casa con la más honda pena. La religiosa me animó a tener confianza en la intercesión de su Madre Fundadora, me dijo que lo encomen-

dara al niño, que ellas también lo harían. Me dió una estampa y me prometió mandarme una reliquia de la Madre Joaquina.

No sé lo que me pasó, pero se me pusieron los pelos de punta, [me entró un escalofrío y dije: «Madre bendita, ¿con quién mejor que con mi hijo que es tan inocente, puedes hacer un milagro? y se lo pedí con tanta fe que creo me lo hizo.

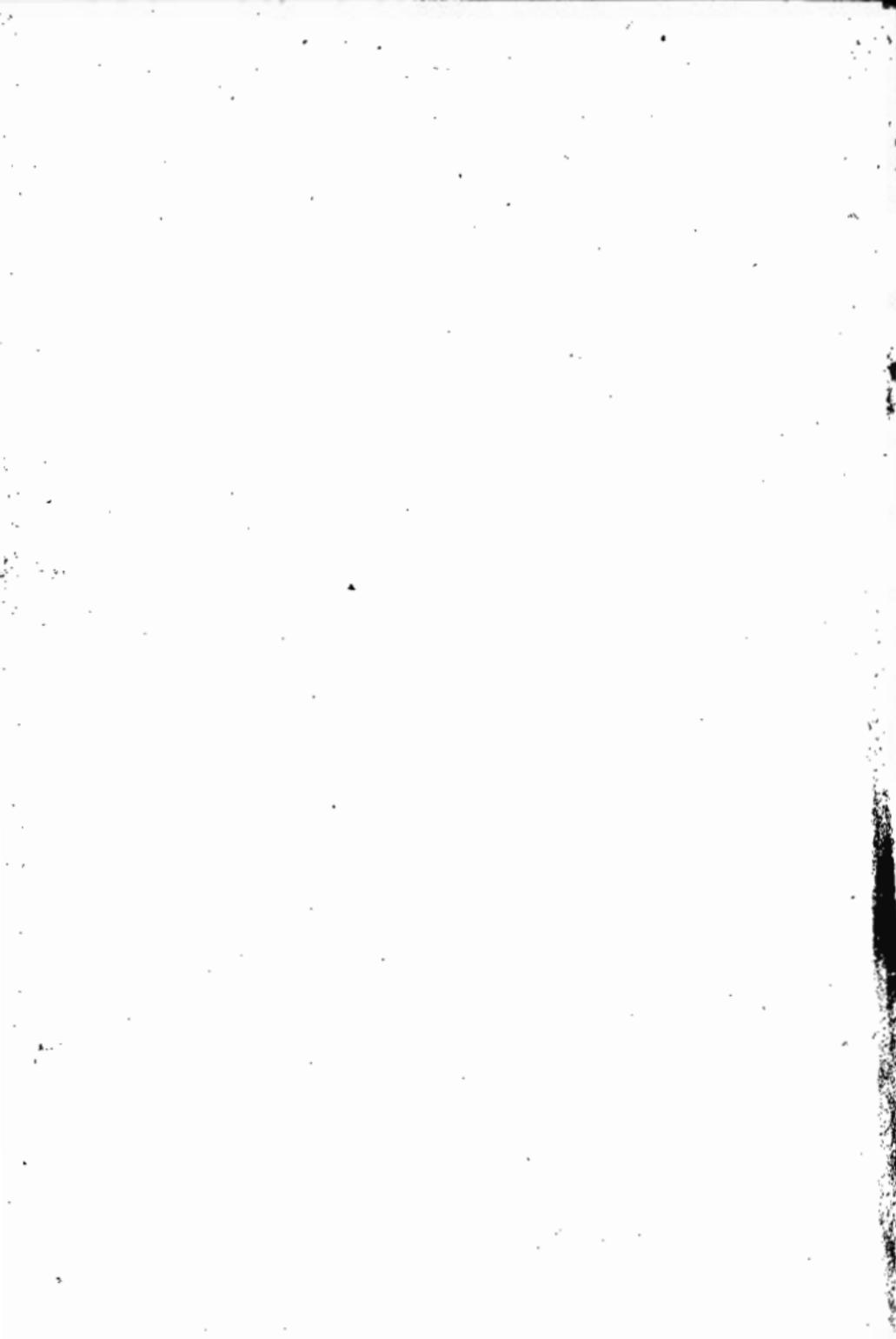
En la estación de Cartagena esperaba mi esposo y algunos vecinos, para llevar al niño en un cochecito a casa. El mismo día llamé al médico y al practicante que habían visitado y curado la herida del niño durante los cinco meses antes de llevarlo a Madrid. Me preguntaron todos con mucho interés qué me habían dicho allí los facultativos; y no quise decirles que opinaban estaba muy grave, solo dije que traía unas inyecciones y que si las resistía, al cabo de unos años curaría.—«Pues has hecho bien en venir: me dijeron; nosotros seguiremos cuidando de él como antes lo hacíamos».

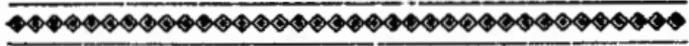
Se dispusieron a hacer una cura; mas, al reconocer al niño, con gran sorpresa me dijeron: «Tu hijo está curado, la herida viene casi cerrada, el pus ha desaparecido y no hay necesidad de medicamento ninguno, dentro de ocho días estará bien del todo».

Al oír esto dije para mí: «¡Ay, madre bendita ¿es posible que tan pronto hayas hecho el mi-

lagro? El médico al ver una curación tan rápida e inesperada temió que la herida se cerrase en falso. Pero sacó otra radiografía y en ella pudo cerciorarse de que la curación era perfecta, como lo certifica dicho señor. El niño empezó a andar enseguida, está desconocido, robusto y sano como nunca». Hasta aquí la madre.

Podemos decir que la joven acompañante de la religiosa que iba a La Unión y vió al niño como un cadáver en el tren, no le reconoció; cuando, pocos días después, al llegar a Cartagena para entregar la prometida reliquia de la Madre Joaquina, encontró al niño jugando en el jardín, y con el aspecto más alegre y sano que puede imaginarse.





CAPÍTULO XV

FLORECIMIENTO DEL INSTITUTO

Desarrollo hasta el año 1892.—Estado general hasta 1924.—Fundación de la obra en América.—En la Argentina.—En Chile.—Obra de las Misiones.—A última hora.

Desarrollo hasta el año 1892.—Antes de poner término a la grata tarea aceptada, y como ratificación de lo providencial de la Obra emprendida en 1896 por la sierva de Dios, queremos en este último capítulo, condensar en números lo que representa de esfuerzos y sacrificios y gracias del cielo la vida del Instituto prolongación de la de sus Fundadores y su mejor corona.

Cuando murió la Vble. M. Joaquina el 28 de Agosto de 1854, el Instituto constaba de veinticinco casas de trabajo, más la Casa Matriz y No-

viciado de Vich. Trabajaban en ellas predominando ya la obra pedagógica, ciento veintiséis hermanas.

Vencidas las primeras dificultades producidas por los intentos innovadores de que hablamos en el capítulo XIII, gracias a la admirable prudencia de la M. Paula y al espíritu de docilidad y de fe infiltrados fuertemente en la inmensa mayoría de las Religiosas, el Instituto comenzó a avanzar rápidamente.

En 1855 traspasó las fronteras de Cataluña y se estableció en la capital de la Monarquía. Parte muy principal tuvo en este paso decisivo el Excmo. e Ilmo. Sr. Dn. Antonio M. Claret, Arzobispo de Cuba, que conocía muy bien el Instituto, y deseoso de que el beneficio inmenso de que él reportaban las Provincias Catalanas se extendiera por toda la Península, trabajó para que fueran conocidas en Madrid. Ayudaron eficazmente a este intento el Excmo. Sr. D. Santiago de Tejada, caballero de la Orden de Santiago y Senador del Reino; D. Manuel de Vicuña, D. Andrés Ma. Novoa y D. Antonio Herrero Traña, quienes adquirieron y cedieron al Instituto un hermoso edificio en la Plaza de San Francisco el Grande, costearon las obras para la instalación de las religiosas y tuvieron la gloria de poner en la real Villa coronada los fundamentos de una obra cuyos beneficios duran aún cada día más notables.

A partir de esta fecha las M. M. Carmelitas fueron extendiéndose por todas las provincias de España llamadas insistentemente por los Prelados, deseosos de establecer en sus Diócesis colegios de sólida instrucción y educación cristianas. El año 1856 tenían a su cargo treinta y cinco casas, las doscientas veinte Religiosas de que constaba el Instituto. El año 1859, diez Carmelitas de la Caridad pidieron pasar al Africa, donde asistieron en los Hospitales de sangre hasta que se acabó la guerra. En 1866 eran las Religiosas quinientas cincuenta y los colegios setenta. En 1876 trabajaban en noventa y dos colegios y casas, seiscientas cincuenta y ocho Religiosas Carmelitas. En 1886 las casas eran ciento veinticinco y las Religiosas mil cincuenta y seis. Cuando en 1892 publicaba el Excmo. Cardenal Sanz y Forés la Vida de la M. Joaquina, formaba ya el Instituto dos Provincias religiosas, la de Cataluña y la de Castilla. Tenía la primera noventa y siete casas y la segunda treinta y una, y el número de hijas de la Vble. Fundadora subía hasta mil doscientas setenta, que prodigaban la instrucción y cuidados de caridad a veintisiete mil quinientas y tres personas, la inmensa mayoría de las cuales eran niñas de sus colegios cada día más florecientes.

* * *

Estado general hasta 1924.—Dado el número de las religiosas y la extensión creciente de su campo de acción, fué preciso abrir otro Noviciado. Pensóse en Madrid como centro de la provincia de Castilla, y efectivamente se instaló solemnemente con un escogido grupo de jóvenes postulantes el 16 de Noviembre de 1860. Pero probado por experiencia como poco a propósito para el recogimiento de las novicias, fué trasladado a la Villa de Cascante en Navarra el año 1867. Allí se cultivaron muchas y muy excelentes vocaciones, hasta que haciéndose estrecho el local y deseando mayor amplitud para las novicias, como siempre lo procuraba la Vble. Fundadora, el 7 de Noviembre del año 1881, la Rvma. Madre Paula inauguró personalmente la Casa Noviciado de Victoria, capital de la provincia de Alava, en las Vascongadas y allí está aún floreciente y muy querido de todos, instalado en los hermosos edificios donados por Dña. Rosario Le Wall y Alvarez de Sousa.

Desde el año 1892 continuó el crecimiento progresivo del Instituto y en 1896 eran ya ciento treinta y siete las Casas fundadas, atendidas por mil cuatrocientas cincuenta Religiosas. En 1906 habían aumentado en ocho las casas, casi una por año, eran ciento cuarenta y cinco, y las Religiosas mil setecientas; es decir que cada año

había aumentado el número de vocaciones en veinticinco religiosas. En el año 1916 florecieron ciento cuarenta y dos casas, con mil novecientas treinta: un aumento de otras siete casas y de doscientas treinta religiosas. Y en 1924 cuando se celebró el 22 de Abril en Madrid el magnífico Congreso Nacional de Educación Católica, uno de los presentes, el Excmo. señor don Gonzalo Morales de Setién, Capellán de S. M. el Rey, pudo ostentar al Instituto de la Vble. Madre Joaquina como uno de los más florecientes y más genuinamente español, el más español sin duda por su origen y actividades en los noventa y ocho años que a esa fecha llevaba de existencia. Ciento cincuenta y siete colegios eran entonces los que tenían a su cargo las dos mil setenta y ocho religiosas Carmelitas esparcidas por España y América, y educaban a la española, sólidamente, prácticamente, piadosamente a treinta y siete mil seiscientas sesenta y cinco alumnas.

«¿Qué método emplea, decía emocionado el conferencista, el Instituto de la M. Joaquina?... Es ocioso decir que hace un siglo, o sea en los años de la Fundación, apenas había otros centros de enseñanza que los Oficiales, es decir, la escuela clásica del pueblo, en donde poco más se enseñaba, que a leer, escribir y contar: y ésto con métodos muy primitivos. Las Carmelitas, viviendo en aquella época y en aquel ambiente,

tuvieron que seguir en un principio la pauta trazada; pero a medida que avanza el siglo XIX se perfecciona la enseñanza, y las hijas de la M. Joaquina adoptan las primeras en sus colegios los métodos didácticos, se adelantan a los más modernos procedimientos pedagógicos». Añadiremos nosotros: su método es cíclico-concéntrico moderado, sin caer en los extremos hoy reprobados; y han implantado en sus aulas toda clase de aprendizaje práctico: de modo que las niñas, aún las demás elevada categoría social, pueden, si quieren, salir de las manos de las M. M. Carmelitas aptas para la vida real y práctica, que debe ser la aspiración de toda mujer que no se crea un mero mueble decorativo de salón o de paseo.

Las Carmelitas enseñan Magisterio, Comercio y Bachillerato en veinte de sus Colegios de España y América. En todos enseñan higiene y Economía Doméstica, con métodos teórico-prácticos. La asignatura de Religión, la más práctica de todas, por lo mismo que, pese a los que no la quieren o no la conocen, se mezcla *de por sí* en todas las cosas y circunstancias de la vida, es en los Colegios de las Carmelitas completísima, avanzando hasta las clases de Apologética y Liturgia. «Las características, pues diremos con el Excmo, señor Morales de Setién, del Instituto de Religiosas de Carmelitas de la Caridad son: su condición de españolismo neto, no sólo por

su fundación sino también por las circunstancias de su desarrollo y la clase de educación que da a sus alumnas. Su sencillez y modestia, por las que su actuación en el campo de la misión docente española se acomoda con exactitud a las disposiciones legales y a las tradiciones de religión y amor a la familia y a nuestra patria, proverbiales en el pueblo español. La utilidad práctica en el bien de las alumnas que siempre ha procurado en las instrucciones que les da, sea cual fuere la posición social de las mismas». Continúan, en una palabra, la acción personal de la Vble. Fundadora, quien, a sus excepcionales dotes de santidad y gobierno, unía un conocimiento claro de la vida real, y había probado su vigorosa fisonomía religiosa y moral en el yunque de la contradicción, haciendo en España obra educadora, cuando todos se ocupaban en hacer obra política, y los enemigos de Dios, en descristianizar a la juventud.

Fundaciones en América.—Siendo tal la índole del Instituto y tan floreciente su desarrollo en la Península bien podía conjeturarse que llegaría un día en el que transbordaría el Atlántico y vendría a plantar sus reales en el mundo que Colón descubrió para Dios y para España.

El día 4 de Noviembre del año 1912, la tercera sucesora de la Vble. M. Joaquina, Rvma. M.

Margarita Arolas, enviaba a la Argentina las primeras Carmelitas, que fueron las R. R. M. M. Concepción Figuerola de Ntra. Sra. de Loreto, Eustaquia de Echeverría de S. Casiano y Dolores Mascaró de Ntra. Señora del Carmen.

Dichas Madres conocieron durante la travesía a un caballero chileno llamado don Domingo González Eyzaguirre, hermano del Rvmo. e Iltmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Chile, don Juan Ignacio González Eyzaguirre. Trabaron amistad y él las animó a que llegaran hasta la República del Pacífico donde podrían trabajar mucho.

Sin perder tiempo hicieron el viaje; el Iltmo. señor González Eyzaguirre que ya tenía noticias del Instituto por su hermano, las recibió con mucha benevolencia, y la dejó en manos del Provisor de la Arquidiócesis Sr. D. José Horacio Campillo el cual, no hizo por el momento más que asegurarles que se haría la fundación y entre tanto regresaron a Buenos Aires.

* * *

En la Argentina.—Allí era donde Dios quería que las Hijas de la M. Joaquina comenzaran su apostolado docente americano. Hacía tiempo que el Cura de Snipacha, Sr. Dunleavy, irlandés de nación, asistido por una Comisión de señoras, deseaba abrir un Colegio para señoritas, cuando Dios Ntro. Sr., le hizo conocer por me-

dio del R. P. Rector del Seminario de Buenos Aires a las M.M. Carmelitas. No hubo que vencer grandes dificultades: el momento era propicio para las Madres pues tenían personal a la mano y la colonia irlandesa, muy numerosa en aquella población las recibió con verdadero cariño y entusiasmo.

Puestas ya en camino se animaron a intentar una fundación en la misma capital Federal de la República, lo que se logró satisfactoriamente, y pudo abrirse en 1913 el hermoso Colegio de M.M. Carmelitas en una casa quinta de la Población Belgrano, siendo cada día creciente el éxito de sus clases. Hoy después de haber adquirido sólido prestigio social, poseen las Madres su gran casa y colegio propios en el mismo barrio de Belgrano centro de población muy distinguida. Además en este año de 1925 han abierto otro Colegio en el corazón mismo de la ciudad.

En el año 1918 fueron también buscadas las Madres por el Sr. Obispo de Santa Fe, mediante las buenas amistades de su Secretario D. Andrés de Olaizola, para que aceptaran el ofrecimiento hecho por los señores de la Colonia vascongada de Carcarañá D. Antonio M.^a de Aguirre y D. Antonio M.^a Berasain. Dióse cuenta del ofrecimiento a la Rvma. M. General, la cual envió en 1819 como Visitadora a la Rda. M. Polonia Lizarraga del Stino. Sacramento, que

llegó a la Argentina con escogido personal para la nueva fundación. El día 23 de Febrero pudo inaugurarse solemnemente la fundación: las religiosas recibidas procesionalmente por el Sr. Párroco D. Miguel Bustíns fueron agasajadas por los señores Fundadores y por todo el pueblo y en Marzo se abrió el Colegio, hoy muy floreciente.

* * *

En Chile.—Mientras la Rda. M. Eustaquia de Echeverría cimentaba el Instituto en la Argentina, no se olvidaba de los ofrecimientos de Chile, urgiendo al Sr. D. J. Horacio Campillo para que se convirtieran en realidades las promesas tan bondadosas y sinceras hechas por el Prelado. Así pudo organizarse la primera expedición a la República del Pacífico compuesta de la misma Rda. M. Eustaquia de Echeverría, M. Julia Ruiz de Gauna de la Visitación, como Superiora de la Casa que se fundaba en Santiago: y cuatro religiosas más. La actividad y celo de la M. Eustaquia consiguió que se abriese el Colegio a medio curso del año 1913. el 18 de Julio, en una hermosa casa de la céntrica calle Catedral, donde desde entonces ejercen una acción brillante educadora, ganando cada día más prestigio.

De este entusiasmo primero nació luego otra fundación en la misma República en la ciudad

de San Felipe, Arquidiócesis de Santiago. Fué iniciador de ella el entonces Vicario General del Sr. González Eyzaguirre, M. Iltre. Sr. D. Martín Rücker Sotomayor, hoy Obispo de Chillán, ayudado eficazmente por el señor Párroco y por el señor García. Abrióse el Colegio el día 26 de Mayo de 1914 por la R. Madre Eustaquia de Echeverría y otra religiosa, en la confianza de la llegada inmediata del personal salido de Buenos Aires para esta fundación.

Bien establecidas en San Felipe, dueñas de su hermosa Casa y colegio y del aprecio sincero de la población, las Carmelitas se han extendido todavía a dos nuevas fundaciones en la misma Arquidiócesis de Santiago. Son éstas las de Viña del Mar y Melipilla.

El mismo don Domingo González Eyzaguirre, por cuyas instancias llegaron a Chile, fué el que se interesó para que abrieran un Colegio en la [populosa ciudad de Valparaíso o en el Balneario de Viña del Mar. Después de muchos tanteos se optó por este último.

Es Viña del Mar una preciosa ciudad de 60,000 habitantes edificada en la orilla misma del Océano, de un clima apacible en invierno y verano y comunicada por hermosas vías con el gran puerto del Pacífico, Valparaíso. La población es muy densa y las Madres tendrían una hermosa labor que ejecutar. Vencidas mu-

chas dificultades, abrióse por fin la Casa el 24 de Octubre de 1921.

La iniciativa para fundar en Melipilla, ciudad importante por estar en el centro de una hermosa zona agrícola del Valle Central, partió del Rdo. P. Santiago Solá, S. J. quien se interesó mucho con la V. Provincial, Rda. Madre Eustaquia de Echeverría, en que aceptara un apreciable legado que se les ofrecía para implantar su obra allí. Llenados algunos trámites el 27 de Febrero de 1923 tomaron de él posesión las Religiosas. El 11 de Marzo fué solemnemente inaugurado por la Rda. M. M.^a Teresa Iturriague de la Stna. Trinidad, quien puso allá una acogida Comunidad.

La inauguración fué un verdadero acontecimiento en la ciudad, cuyas autoridades todas, civiles y militares, acompañaron al Sr. D. Ramón Merino, Cura Párroco y al Sr. D. Emilio Madrid, síndico y bienhechor insigne de esta casa. Hoy son allí las Madres una Institución de primer orden y se han conquistado el aprecio y confianza de toda la ciudad y comarca.

* * *

Obra de las Misiones.—Fieles las Religiosas Carmelitas a las tradiciones de ardiente celo cultivado por las primeras hijas espirituales de la M. Joaquina, jamás olvidaron la conversión de los infieles.

Ya recordarán nuestros lectores que doña Joaquina de Vedruna tuvo sus impulsos misionales en los comienzos de su vocación a la vida religiosa. Quería ir al Africa a convertir a los moros: a estos impulsos respondió su sabio y prudente director el P. Esteban de Olot, diciéndole: «no tiene Ud. necesidad de ir al Africa: bastantes moritos hay aquí». Aquietóse la Madre, pero el ardor de su caridad para con Dios y para con el prójimo le urgía siempre.

Pues bien, en este siglo, llamado con razón de las Misiones, por el progreso de la propaganda entre los pueblos infieles, las Hijas del Instituto fundado por aquella santa mujer, han respondido admirablemente al eco de aquellas aspiraciones misioneras. Véase lo que dice a este propósito la Revista titulada «El Siglo de las Misiones» de Junio de 1925, editada en Burgos.

«Dignísimos son de mención todos los Colegios de las Religiosas Carmelitas de la Caridad, de España y América, pues no tienen casa donde no se trabaje muy de veras por las Misiones. El motor principal de este nuevo movimiento hállase en la Casa Generalicia de Vich (Barcelona). Serán unas 40,000 niñas, y como institución parece ser la mejor organizada. La obra Misional en este Instituto toma diferentes nombres, según los Colegios. En los de alumnas normalistas se denomina «Juventud Normalista

Carmelitana»; en otros Colegios, «Marías de los Sagrarios de China»; en otros simplemente «Junta Misional». Cada entidad se rige por el reglamento que le es propio. Tienen sus días de reunión, comuniones periódicas, etc. Las niñas pequeñas pertenecen a la Obra de la Santa Infancia. El Instituto educa unas 43,000 alumnas y todas trabajan en la obra misional. También pertenecen a ella buen número de ex-alumnas. Es difícil decir todo lo enviado a las misiones desde tanto tiempo. En el año 1921 sumó el metálico 14,000 pesetas, habiendo ascendido progresivamente en los últimos años a 28,200 y a 40,775 pesetas, y en el de 1924 aumentó sin duda alguna esta cantidad. Estas cifras serían mayores si a ellas se uniesen las enviadas por algunos Colegios, que se han contentado con que las escribieran los ángeles. Además se han remitido a las Misiones gran número de ornamentos para iglesia, prendas de vestir para toda clase de personas, piezas de tela, papel de estaño, escapularios, juguetes, etc. Se han formado becas para seminaristas indígenas, etc., y se han creado Escuelas en China e India. En 1923, entre todas las casas del Instituto, se reunió la cantidad de 10,000 pesetas para formar en Guinea Española una «Reducción».

Y de tal manera las Hijas de la Vble. Madre Joaquina tomaron como propia esta obra apos-

tólica que desde el año 1921 se sortearon para cada Casa del Instituto las Misiones entre infieles y cada casa trabaja por la suya como en cosa propia.

Todo este esfuerzo en favor de las misiones realizado por iniciativa de las M. M. Carmelitas, secundadas por las alumnas de sus colegios es además una enseñanza objetiva de primer orden para las niñas, acostumbrándolas a trabajar en las obras de celo. El Emmo. Cardenal Arzobispo Primado de Toledo, Dr. Enrique Reig, felicitando a la Rvma. Madre General por este hermoso trabajo, le dice así en carta autógrafa, del 7 de Julio de 1923: «Lógranse con ello tres cosas: secundar con gran eficacia los reiterados llamamientos del Soberano Pontífice y de los Prelados, lo cual constituye la mejor característica del buen católico; acudir en socorro y fomento de la propagación de nuestra santa Fe, y de la dilatación del reino de Cristo, que es la manifestación más genuina del verdadero cristiano; educar la juventud en la virtud de la caridad y en el sentimiento de la solidaridad o comunión de los fieles, que es fundamental en la pedagogía social religiosa».

No se puede decir más ni mejor en pocas palabras que lo que dice el insigne primado del Episcopado Español.

* * *

A última hora.—Para corroborar lo que en este capítulo dejamos dicho respecto al espíritu misionero que anima al Instituto de la Vble. M. Joaquina y que sus buenas hijas procuran inocular en el alma de sus mismas alumnas, no podemos resistir al deseo de estampar en estas páginas unas preciosas notas que nos llegan de la Ciudad Eterna donde, durante el Año Santo, se celebra la grandiosa exposición misional organizada por nuestro Smo. Padre el Papa Pío XI.

La Rma. Madre General acompañada de su Secretaria y de la E. R. M. Eustaquia de Echeverría habían ido a Roma, llevando al Santo Padre el óbolo de los colegios del Instituto en favor de las Misiones, formado por una valiosísima colección de vasos y vestidos sagrados que hacían un total de 4.864 objetos.

El Sumo Pontífice les concedió audiencia especial, durante la cual le presentaron el catálogo de los objetos, y le explicaron su origen. Oyólas el Papa sumamente complacido, y les dijo: «Oh! gracias, mil gracias. Expreso todo mi reconocimiento. Aquí todos dan y todos piden. Mi gratitud es profunda. Yo bendigo a ustedes y todas sus intenciones: bendigo a todas las religiosas y a sus familias; a todas las alumnas y personas afectas, y a sus familias también. Trans-

mítanles mi agradecimiento por su sacrificio, trabajo y privaciones».

Quiso que la colección fuera expuesta públicamente y les anunció recibirla él personalmente.

Mientras se preparaba la audiencia solemne les fué especialmente concedida la hermosa sala «Matilde» en el interior del Vaticano y allí colocaron todos los ornamentos en el debido orden, anunciándolo con este significativo rótulo:

A SUA SANTITÀ

OMMAGGIO delle Religiose Carmelitane della Carità (Spagna)

CASE, 157 — SUORE, 2.100 — ALUNNE, 45.000

He aquí cómo expresa el «Osservatore Romano» la magnífica impresión que produjo la exposición de las M.M. Carmelitas.

Exposición de Ornamentos sagrados para las Misiones en la sala Matilde del Vaticano

«No todos podemos ir a esparcir entre los infieles la semilla de la palabra evangélica; pero todos podemos contribuir en algún modo a la divina obra de las misiones. Y no solamente con la plegaria. Una prueba evidente de ello

han ofrecido las Hermanas Carmelitas de la Caridad con su rica exposición de ornamentos sagrados para las Misiones pobres, preparando al mismo tiempo un verdadero gozo artístico para la vista y profunda conmoción para el corazón.

«La amplia sala Matilde es un esplendor de seda, de raso, un reverbero deslumbrador de oro y de plata, una nevada de cándido lienzo, de blondas y encajes. En grandes cantidades, dispuestas con gusto exquisito ricas casullas, capas pluviales, conopeos, albas, sobrepellices, toallas primorosamente bordadas, custodias, cálices y copones artísticamente labrados.

«Pero el valor material, con ser incalculable, desaparece comparado con el impulso del fervor misional de tiernos corazones que ello representa. Porque la exposición es fruto de ocultos y constantes sacrificios de millares de niñas, organizadas y enfervorizadas para trabajar en pro de las Misiones por las Hermanas Carmelitas de la Caridad en los numerosos colegios que dirigen en España y en Sud-América. En lugar de malgastar en dulces y juguetes, cada niña ofrece los céntimos que de sus padres recibe para adquirir ricas telas que por sus propias manos son luego amorosamente transformadas en ornamentos sacros para el decoro del culto en las pobres iglesias de las Misiones. El Martes día 8 por la tarde el Padre Santo se ha dignado benignamente visitar la exposición, donde

estuvo largo rato examinando cada objeto en particular. Su Santidad aparecía visiblemente conmovido y tuvo palabras de aliento y de alto encomio para la Superiora General, a la que dió al salir su Apostólica Bendición, entendiendo extenderla a toda la Congregación y a todas sus Casas».

En efecto; a las seis y media del día de la Natividad de la Virgen, espléndidamente iluminada la Sala, fué anunciada la aproximación de la comitiva que acompañaba al Sumo Pontífice. Precedido de los guardas suizos y de dos Caballeros de capa y espada, que rindieron armas al pasar Su Santidad, acompañado de un Cardenal y de uno de sus Secretarios particulares, penetró en el salón llenándolo con la imponente majestad de su venerable figura, pero atrayendo los corazones su benigno aspecto y tiernas palabras. Besaron la augusta mano las Madres arrodilladas junto a la puerta, y reconociéndolas al punto Su Santidad, las levantó con paternal ademán y se dirigió a examinar el donativo. Caminaba lentamente fijándose en todos los pormenores, y tocando los montones de lencería iba diciendo: «Esto, esto es lo práctico, lo que falta a los pobres misioneros». Luego iba repitiendo: «Magnífico, hermoso! España, oh, la generosa España!» Leyó complacidísimo el rútilo-dedicatoria; y tomó en sus manos varios de los vasos sagrados, especialmente el que regaló

en su primera comunión la niña M.^a Rosa Boixeda Pagés, alumna de nuestro Colegio de San Rafael de Barcelona, que tiene esta inscripción: «*Jesús, te pido perdón y amor*». El Papa la leyó y se conmovió profundamente.

La Rma. Madre que caminaba respetuosamente a su lado, le explicó que todas las Comunidades habían contribuido a esta ofrenda; que todas las alumnas, aun las pequeñitas, cooperaron en la confección de las prendas; y el Padre Santo, con cariño inexplicable repetía: «*Millares de manos angelicales trabajando para las Misiones! qué caridad!*»

No es posible describir ni casi imaginarse la ternura, la intimidad de tal espectáculo. El Vicario de Cristo, Jefe augusto de la santa Iglesia, entretenido benigna y tiernamente en contemplar y agradecer en nombre de las Misiones, los sencillísimos trabajos del Instituto!

Finalmente, se coronó la visita con otra muestra de especialísima bondad. En el momento en que, arrodillados los presentes, y dada solemne Bendición iba a salir el Sumo Pontífice, detúvose junto a la puerta y volviendo a contemplar con inmenso gozo el hermoso espectáculo, exclamó con fervido acento (en francés).—«El Instituto de Carmelitas de la Caridad! ciento cincuenta y siete Casas, ciento cincuenta y siete bendiciones! dos mil doscientas religiosas, dos mil doscientas bendiciones! cuarenta y cinco



De todo corazón bendicimos la Superiora General, su Consejo
Religioso y Alumnas del Instituto de las Carmelitas de la Caridad
por lo mucho que trabajan en beneficio de los Menores, haciendo votos
para que cada vez mas aumente su celo por la propagacion del Reino de Cristo
Toluca 8 de Septiembre de 1917

Francisco X.
pariente en Cristo



mil alumnas, cuarenta y cinco mil bendiciones a ellas, a sus familias, a todos! Y salió, dejando a las Madres cual puede imaginarse, pero no explicarse con palabras.

Ya el día 17 de Agosto el Sto. Padre había enviado una Nota oficial desde el Vaticano, por medio del Emmo. Cardenal Gasparri, aplaudiendo la iniciativa feliz de las Madres, agradeciéndoles vivamente el obsequio, y enviándoles la Bendición Apostólica de todo corazón.

Ahora, después de haber recibido solemne y amablemente el óbolo misional, y después de una audiencia tenida privadamente con el Emmo. Cardenal Vico, Protector del Instituto, envíales su bendición escrita que copiamos aquí.

La cual acompañó el Emmo. Purpurado con la siguiente carta:

Roma, 18 de Septiembre de 1925.

RMA. M. SUPERIORA GENERAL

Muy estimada Madre: He recibido la adjunta carta en la que el Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad le da las gracias en nombre del Santo Padre por los valiosos obsequios que V. R. le ofreció en su última visita en nombre de su Congregación y en el de las alumnas de sus Colegios.

«Por separado le envió la fotografía del mismo Santo Padre con su Bendición. Y debo decirle yo también de parte del Papa, a quien he visto esta mañana, que ha notado con mucha complacencia de qué manera tan digna de alabanza las alumnas de sus Colegios se han privado a sí mismas de golosinas y diversiones para aplicar su importe al óbolo de San Pedro. Todo eso torna a loa de las Maestras y de las alumnas, además de que el Padre Santo mira siempre con sigular cariño todo cuanto sale de la piedad de la juventud, pues eso llama la bendición de Dios sobre ella.

«Cumplido así, con el mayor gusto, el mandato de Su Santidad me es grato suscribirme de V. R. muy atento S. S. que la bendice y a sus compañeras de viaje y a todas las Religiosas.—A. CARD. VICO».

CONCLUSIÓN



QUI ponemos fin a estas páginas escritas para edificación de las hijas y admiradores de la Vble. M. Joaquina. Es muy fácil hacer el epílogo de este libro. La existencia de nuestra biografiada fué una constante adaptación a todos los movimientos de la gracia divina. Dios la llevó a su destino, haciéndole pasar por todos los estados en que puede encontrarse una mujer, y en todos ellos la encontramos dispuesta a seguir la indicación de sus deberes en cualquiera circunstancia, quizá difícil, que se le atravesase en el camino: siempre rectilínea, tranquila, sobria, valerosa, sin creer que hiciera cosa alguna que no debía hacer. Es admirable su ecuanimidad en los trances, no pocas veces angustiosos, que la hemos visto atravesar. Para seguirla no hay que fantasear situaciones prodigiosas ni caminos sorprendentes. Es la suya una senda plana pero sublime, por la que va con seguridad a Dios.

Empeñarse cada uno en adaptar los gustos de Dios y sus caminos, a planes preconcebidos y extraños a la realidad donde El nos llama; o no querer ver a Dios sino en lo sorprendente y milagroso, como si en ello solamente estuviera el dedo de Dios, es equivocarse desde el principio, y correr mucho quizá pero fuera de camino. Lo que es preciso santificar, elevar, divinizar, es la vida misma informándola de lo sobre natural. Si Dios quiere poner a sus amigos entre rayos de luz que llamen la atención de los que les observan, no es cosa que a nosotros toca; es el beneplácito divino: son gracias *gratis datas* que más bien se dan para los que miran que para los que las muestran; lo mejor, lo más seguro es «seguir la escondida senda de los Santos que en el mundo han sido». Tal es la sierva de Dios cuya vida hemos escrito. Puede por lo mismo ofrecerse a la imitación de todo cristiano, cualquiera que sea su estado y condición.

La docilidad amable en seguir la dirección de los que guiaban su conciencia en nombre de Dios; la heroica sumisión a las indicaciones de los que, en el fuero externo, gobernaban sus actos en nombre de la Iglesia, es una lección de trascendental importancia, en estos tiempos de agudo individualismo, de subjetivismo místico y de anarquía espiritual. No ver a Dios, ni su gusto, ni sus designios; sino a través de gus-

tos y de ideas personalísimas es enfermedad de muchos que quieren al parecer ser perfectos.

Y desconcertarse ante las pruebas de la obediencia o abatirse por las incomprendiones de que puede una persona buena ser víctima, por permisión divina, es síntoma de amor propio, muy refinado y con él no se va hacia arriba sino que se desciende siempre. Ya hemos visto a la Vble. Madre Joaquina en estas pruebas sintomáticas de las almas grandes y escogidas; es uno de los aspectos de su vida que llama más la atención y es digno de ponerse por modelo de palpitante actualidad.

Por eso hoy sigue triunfante el camino de los altares; la Iglesia nuestra Madre la ofrecerá luego al culto público para mucha gloria de Dios Nuestro Señor; para mucha honra del Instituto secular que la reconoce por Madre y Fundadora, y para mucho provecho de cuantos quieran perfeccionarse y santificarse en el estado de vida a que Dios les llamó, y aún ser apóstoles de caridad para esta sociedad que se muere por ausencia de Dios.

Ave María.

FIN



ÍNDICE

	Pág.
Dedicatoria.....	3
Licencia eclesiástica.....	4
Licencia de la orden.....	4
INTRODUCCIÓN.....	5
PROTESTA.....	13

CAPÍTULO I

La paloma en su nido

Joaquina de Vedruna Vidal.....	15
Un poquito de filosofía.....	17
El primer vuelo.....	18

CAPÍTULO II

Un nuevo hogar

Una sorpresa.....	21
Almendras en dulce.....	22
La esposa.....	23
La madre.....	25
Prueba dolorosa.....	26

CAPÍTULO III

Muere don Teodoro de Mas

Dos heroísmos.....	29
La viudez.....	31

	Pág.
El Manso del Escorial.....	33
Corona de la madre santa.....	34

CAPÍTULO IV

El Padre Esteban de Olot

El hombre de Dios.....	37
Mensaje del cielo.....	39
Últimos preparativos.....	40
Ante el nuevo director.....	42

CAPÍTULO V

La Hermana Joaquina de San Francisco de Asís

Simpatía entre la santidad, el dolor y la inocencia	45
Terciaria franciscana.....	48
El Obispo de Vich.....	50
Tendencia reformista de la revolución.....	52

CAPÍTULO VI

El Instituto de Carmelitas de la Caridad

La esposa de Cristo.....	57
El Noviciado.....	60
El primer Colegio de niñas.....	62
La Regla del Instituto.....	64

CAPÍTULO VII

La prueba de Dios

Vía dolorosa.....	69
Fundación de Tárrega.....	72
Muerte del P. Esteban.....	76
Nuevas fundaciones.....	78
Se satisface una curiosidad.....	81

CAPÍTULO VIII

Nuevos avances y nuevas cruces

	Pág.
La casa de Caridad de Vich	85
Traslado de la Casa Matriz y muerte del Ilmo. Sr. Orcuera.....	88
La Madre Joaquina en la cárcel.....	91
Desde Berga al destierro.....	93

CAPÍTULO IX

La gloria de la Hija del Rey

La Madre Joaquina en el destierro.....	99
El alma del Instituto.....	101
Fisonomía genial de la V. Fundadora.....	104
Doblemente madre	110

CAPÍTULO X

A velas desplegadas

Al volver del destierro.....	115
Reapertura del noviciado.....	121
Los votos perpetuos y públicos de las Carmelitas	128
Nuevas fundaciones.....	131

CAPÍTULO XI

Hacia el ocaso

Nuevo Obispo de Vich.....	137
Cambio de régimen en el Instituto.....	143
Las consecuencias.....	148
Decae el vigor físico de la Fundadora.....	151

CAPÍTULO XII

Muerte de la Venerable Fundadora

	Pág.
Los últimos fulgores.	155
Heces del amargo cáliz.	160
Una pregunta y dos respuestas.	167
El fatal desenlace.	173

CAPÍTULO XIII

Luz del cielo sobre el sepulcro

El sepelio.	179
La M. Paula Delpuig	184
El eco de la voz maternal.	187
La voz de Roma: aprobación canónica y civil del Instituto.	190

CAPÍTULO XIV

Lo sobrenatural

Fama de santidad de la Fundadora.	195
Traslación e identificación de sus restos.	200
Milagros sobre su tumba.	202
La Causa de Beatificación.	206
Más milagros.	210

CAPÍTULO XV

Florecimiento del Instituto

Desarrollo hasta el año 1892.	219
Estado general hasta 1924.	222
Fundación de la obra en América.	225
En la Argentina.	226
En Chile.	228
Obra de las Misiones	230
A última hora.	234
CONCLUSIÓN.	241



